

Vino y pasión

Brenda Jackson

Argumento

Aquel matrimonio era un asunto de negocios... hasta que la pasión cambio las reglas del juego

El millonario Spencer Westmoreland tenía el plan perfecto para salvar el viñedo de Chardonnay Russell: se casaría con ella si a cambio le daba un hijo. Pero Chardonnay no debía albergar la esperanza de que fuera a enamorarse de ella.

Chardonnay no tenía más remedio que aceptar la proposición de aquel arrogante ejecutivo. El problema era que la simple idea de convertirse en esposa de Spencer le aceleraba el corazón y despertaba en ella un enorme deseo. Pronto empezó a querer lo que estaba estrictamente prohibido...

Vino y pasión (2008)
Titulo original: Spencer's forbidden passion (2007)
Serie: 11º Westmoreland
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1572 – 20/2/08
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Spencer Westmoreland y Chardonnay Russell

Prólogo

—Tenemos un problema, Spence.

Spencer Westmoreland cerró los ojos un momento para intentar borrar dos cosas de su mente: la expresión de su madre, que se encontraba al otro lado de la habitación, y el ilustrante sonido de la voz de su abogado, con el que estaba hablando por teléfono.

Los volvió a abrir y comprobó que su madre seguía mirándolo con cara de: «Me pregunto quién será el siguiente». Estaba en Bozeman, Montana, adonde había ido para asistir a la boda de su prima Casey con su amigo de la niñez, McKinnon Quinn. La pareja todavía se encontraba dentro de casa, haciéndose fotos. Y el resto de la gente estaba en el enorme granero que había sido convertido en una espaciosa sala de baile para la recepción.

Todo el mundo parecía estar pasándoselo bien, sonreía, parecía feliz. Todo el mundo, salvo él, que acababa de recibir una llamada de su abogado. Stuart Fulmer era uno de los hombres más competentes que conocía, un hombre que llevaba todos los asuntos con precisión y rapidez, lo que significaba que si él pensaba que había una crisis, la había.

—Está bien, Stuart, ¿cuál es el problema?

—El viñedo Russell.

Spencer arqueó una ceja y decidió irse a un rincón de la sala para tener más privacidad, y para distanciarse de la mirada inquisitiva de su madre.

Hacía unos meses que se había enterado de que aquel viñedo, una propiedad de ciento veintiuna hectáreas, situada en el valle de Napa, estaba a la venta. Había ido al valle a ver el terreno y se había enamorado de la zona inmediatamente. Según sus averiguaciones, los Russell estaban teniendo problemas económicos y luchaban por conservar el terreno. Spencer había enviado a su abogado a hacerles una oferta más que generosa. Cuando la propiedad fuese suya, tenía planeado dejar el negocio del vino y convertir el lugar en un paraíso vacacional, construir un hotel de lujo y caminos para andar, montar en bicicleta y hacer excursiones. Sería un lugar perfecto al que escaparse.

Lo último que había sabido del tema era que las negociaciones iban avanzando poco a poco y que sólo tardarían unos días más en cerrar la compra. ¿Qué había podido fallar?

—¿De qué clase de problema estamos hablando?

—De una joven llamada Chardonnay Russell.

—¿La nieta de la señora?

—Eso es. No sé cómo, pero ha conseguido que el viejo cambie de

opinión.

Spencer frunció el ceño, aquello no le gustaba nada.

—Eso es inadmisible. Yo pensaba que ya teníamos el trato prácticamente cerrado.

–Y lo teníamos.

—¿Y cómo pueden permitirse el lujo de no vender? —preguntó.

Un par de personas que no estaban lejos se volvieron a mirarlo, había levantado la voz.

—No pueden. Pero yo creo que la chica está haciendo lo posible por encontrar la financiación necesaria para no tener que vender. Al fin y al cabo, el terreno ha sido suyo desde hace más de cincuenta años. Supongo que no quiere que la familia tire la toalla ahora.

—Eso es admirable por su parte, pero quiero esa propiedad. Haz lo que tengas que hacer.

—Va a ser difícil, Spence.

Spencer se frotó la cara, frustrado. Era la primera vez en los quince años que conocía a Stuart que lo oía enfadado. ¿Y todo por culpa de una mujer? ¿Cómo de complicada podía llegar a ser una mujer soltera? Decidió que lo averiguaría por sí mismo.

—Mira, Stuart, deja que me ocupe yo de todo, volaré a Napa mañana por la mañana y me reuniré con los Russell. Por favor, comunícales que voy a ir.

Oyó suspirar aliviado a Russell.

—Te lo advierto, Spence, será mejor que vayas preparado. Tal vez la chica tenga nombre de vino, pero es como el veneno.

Spencer no pudo evitar sonreír al oír aquellas palabras de los labios de uno de los hombres más educados y correctos que conocía. Chardonnay Russell debía de ser de armas tomar.

—Gracias por la advertencia. La tendré en cuenta.

Capítulo Uno

—Ya ha llegado ese hombre, Donnay.

Chardonnay Russell levantó la cabeza y miró a su madre, que parecía preocupada. Dejó a un lado el lapicero y el cuaderno que tenía en la mano y se levantó. Odiaba ver cómo agonizaba su familia con los problemas económicos que tenía en esos momentos. El viñedo siempre había dado muchos beneficios, pero habían tenido que gastarse los fondos extra en la factura del hospital de su abuelo, que había estado hospitalizado durante el último año, y en las medicinas.

Estaban en tan mala situación, que ningún banco había querido darles un préstamo. Su última esperanza era un banco al que había ido un par de días antes, en San Francisco. El señor Gordon, su director, se había mostrado optimista.

—¿Donnay?

Su madre, nerviosa, interrumpió sus pensamientos. Chardonnay sonrió y atravesó la habitación mientras pensaba que su madre era una mujer muy guapa. No había conocido a su padre. De hecho, lo único que sabía de él era que su madre lo había conocido y se había enamorado de él con dieciocho años. Chad Timberlain era un soldado que había ido al viñedo a trabajar un verano, durante un periodo de excedencia, y luego había vuelto a su puesto antes de averiguar que había dejado embarazada a su madre.

—Que espere, mamá. Seguro que no será la primera vez.

«O tal vez sí*, se dijo a sí misma. Se había metido en Internet un rato antes a buscar información acerca de Spencer Westmoreland. Tenía treinta y seis años y había ganado su primer millón de dólares antes de los treinta. De acuerdo con lo que había leído, aquel magnate se había retirado el año anterior con más dinero del que podría gastarse nunca. Era evidente que estaba aburrido y quería un juguete nuevo: el viñedo de su familia.

—¿Dónde están el abuelo y la abuela? —preguntó Donnay. Sabía que sus abuelos estaban todavía más preocupados por su reunión con el señor Westmoreland que su madre.

—En la cocina. Janice ha acompañado a nuestro invitado al estudio, donde está esperando.

Ella asintió.

—Está bien. Ha llegado el momento de reunimos con el señor Westmoreland, y recordad, los tres, que habéis accedido a dejar que lo haga yo todo, a mi manera.

Spencer paseó por la habitación y observó los premios enmarcados que colgaban de las paredes. Sonrió con ironía. Lo estaban haciendo

esperar adrede. No se habría convertido en un próspero hombre de negocios si no supiese cómo era el juego. Sabía perfectamente que la mejor manera de poner tenso a un adversario era haciéndolo esperar. Entretenerlo para ganar tiempo. Poner a prueba su paciencia y su aguante.

Sacudió la cabeza y sonrió todavía más. Aquella táctica era una pérdida de tiempo con él, pero Chardonnay Russell no lo sabía. Tenía sus motivos para pensar que era ella quien mandaba allí, y se sorprendería al ver que no era así.

—Siento haberlo hecho esperar, señor Westmoreland.

«Sí, seguro que sí», pensó él mientras se giraba al oír aquella voz suave y femenina. No pudo pensar nada más al volverse y encontrarse con los ojos más maravillosos que había visto nunca. Eran de color gris plata y Spence se preguntó si serían lentillas de colores, aunque pronto se dio cuenta de que no lo eran cuando miró a las otras tres personas que acababan de entrar en la habitación. Todos tenían los ojos del mismo color.

Spence recobró la compostura y dijo:

—No pasa nada.

Aunque lo cierto era que sí pasaba. Chardonnay Russell era una mujer impresionante. Había visto a muchas mujeres guapas en su vida, pero tenía delante a una belleza muy poco común.

Era alta. Esbelta y con curvas. Llevaba puesta una blusa blanca de manga corta y una falda rosa agitanada. Y los rasgos de su cara eran exquisitos. Llevaba el pelo moreno y brillante suelto sobre los hombros. Tenía las pestañas largas, la piel color moca, una nariz perfecta y unos labios que daban ganas de besar. Los pendientes de aro que colgaban de sus orejas la hacían parecer todavía más sexy. Y hacían que él se sintiese todavía más excitado.

Era la primera vez que a Spencer se le hacía un nudo en la garganta al ver a una mujer. Había algo flagrantemente erótico en ella y mientras la miraba a los ojos, sólo podía pensar en entrelazar su cuerpo con el de ella entre unas sábanas de satén.

—Creo que deberíamos presentarnos —empezó ella, interrumpiendo el detallado examen que Spence le estaba haciendo.

El observó cómo se movían aquellos tentadores labios, pero no la escuchó. Estaba completamente concentrado en aquel seductor paquete y en cómo le gustaría abrirlo y disfrutar de él.

—Está usted en desventaja —continuó diciendo Chardonnay—. Nosotros sabemos quién es usted, pero usted no nos conoce, ya que, hasta ahora, hemos estado tratando con su abogado, el señor Fulmer.

Spencer observó cómo atravesaba la habitación y se fijó en que tenía las piernas largas y la cintura estrecha. Y para empeorar todavía más las cosas, olió su perfume. Tenía una habilidad innata para los

negocios, pero controlar semejante deseo era otro tema.

—Yo soy Chardonnay Russell —dijo tendiéndole la mano—. Esta es mi madre, Ruth Russell, y éstos mis abuelos, Daniel y Catherine Russell.

Spencer tomó la mano de Chardonnay y, nada más tocarla, una corriente eléctrica le recorrió todo el cuerpo. La sensación le irritó y le hizo apretar la mandíbula. Aquél no era el mejor momento para que le recordasen que no había estado con una mujer desde hacía más de siete meses. Desgraciadamente, el rápido palpitar de su corazón no le permitía olvidarlo, y eso le impedía pensar con claridad.

—Señorita Russell —dijo soltándole la mano rápidamente. Luego se acercó a saludar a su madre y abuelos. Se fijó en que el abuelo no tenía buen aspecto y recordó haber leído en uno de los informes que los problemas económicos de la familia se debían a las facturas de hospital del hombre.

—Ahora que ya nos hemos presentado, sentémonos.

La voz de Chardonnay le hizo recordar para qué estaba allí.

—Sí—contestó él.

—Como ya le he dicho al señor Fulmer, el viñedo ya no está a la venta. Y quiero advertirle, señor Westmoreland, que si da por hecho que va a poder hacernos cambiar de opinión al respecto, está muy equivocado —anunció Chardonnay nada más sentarse.

A Spencer le gustaban sus agallas. Era evidente que aquello no iba a ser pan comido.

—Todo lo contrario, señorita Russell, en los negocios, uno nunca debe dar nada por hecho, sobre todo, si pretende conseguir lo que quiere.

Vio cómo ella fruncía el ceño.

—¿Y usted piensa que va a conseguir lo que quiere, señor Westmoreland, a pesar de que acabo de decirle que ya no queremos vender?

—Sí, eso pienso —replicó él con arrogancia—. Sobre todo, porque todavía no han oído mi nueva oferta.

No pudo evitar sonreírle con chulería, algo que estaba seguro de que le molestaría. Pero, en esos momentos, le daba igual. Tenía otro tipo de adrenalina corriéndole por las venas. La adrenalina que sentía siempre que tenía enfrente a un duro adversario.

—Les sugiero que me permitan que les presente mi nueva propuesta —añadió.

Donnay levantó la cabeza del informe que estaba leyendo.

—Lo que tiene planeado hacer con nuestras tierras es inaceptable.

Vio que Spencer la miraba impasible, y que contestaba sin parpadear:

—No debería preocuparle lo que vaya a hacer con la propiedad cuando la adquiera. Lo único que debería importarle es el precio que le estoy ofreciendo por ella.

Donnay frunció el ceño. El estaba sentado en el sofá, enfrente de ella, bebiendo tranquilamente el vino que su abuelo le había ofrecido antes de que empezasen a hablar de negocios. Uno de los mejores de su viñedo.

—No, no nos preocupa, por eso hemos decidido no vender. Y después de leer su propuesta, estoy segura de que mi familia y yo hemos tomado la decisión acertada.

—Se equivoca, señorita Russell. Mire bien la propuesta —contestó él en tono irritado, echándose hacia delante—. Estoy dispuesto a pagarles medio millón más de lo que les había ofrecido mi abogado. Me parece una oferta más que generosa. ¿De verdad pueden rechazarla?

Donnay se mordió el labio con nerviosismo. Lo cierto era que no podían. No quería ni pensar en lo que pasaría si el banco no le daba el préstamo que había pedido. Miró a su madre y a sus abuelos. Dependían de ella para que tomase la decisión más acertada para la familia, en especial para su abuelo, que tenía problemas de corazón y diabetes. No obstante, Donnay se negaba a que alguien como Spencer Westmoreland se aprovechase de su situación.

Pero debería haber imaginado que se había metido en un aprieto nada más entrar en la habitación y verlo allí, impecablemente vestido con un traje de Armani y cara de estar dispuesto a comprar o vender lo que le complaciese. Además, era guapo y sexy. Era muy alto, tenía la piel color café y el pelo muy corto y moreno, una boca generosa y los ojos más oscuros que había visto nunca. De hecho, tenía una mirada tan intensa que cada vez que la miraba a los ojos hacía que un escalofrío le recorriese la columna vertebral.

—Le he hecho una pregunta, señorita Russell.

Ella lo miró, no le gustó su tono de voz. Suspiró y se volvió hacia su familia. Su abuelo asintió y sonrió levemente, dándole la valentía necesaria para poder contestar a Spencer Westmoreland. Tenía que confiar en que iba a ocurrir un milagro y que el amable director de banco de San Francisco iba a ayudarlos a resolver sus problemas económicos.

Tal vez fuese una locura arriesgarse, pero Chardonnay suspiró, miró a Spencer Westmoreland a los ojos y le dijo:

—Sí, podemos rechazarla, y eso es lo que estamos haciendo.

Luego, se puso en pie.

—Ya lo hemos entretenido suficiente, señor Westmoreland, y nosotros también tenemos mucho trabajo que hacer. Mi familia aprecia el interés que ha mostrado por el viñedo Russell, pero, como le

he dicho antes, ya no está a la venta.

Spencer se levantó y cerró el maletín. Guardó silencio unos segundos y luego dijo:

—Si cree que ha oído mi última palabra, se equivoca —luego sonrió y añadió—: Es usted una digna adversaria, señorita Russell.

Ella se puso muy recta.

—No se moleste con nosotros, señor Westmoreland. Búsquese otro viñedo. Y si intenta crearnos problemas, lo lamentará.

El sonrió todavía más y la miró de un modo que hizo que Chardonnay sintiese un escalofrío.

—Le prometo que no seré yo quien le cause problemas, pero le aseguro que, al rechazar mi oferta, es usted misma la que se ha buscado los problemas. Que tengan un buen día.

Cuando Spencer estaba a más de un kilómetro del viñedo Russell echó el coche de alquiler a un lado de la carretera y se detuvo a llamar por teléfono. No podía dejar de pensar en lo guapa que era Chardonnay y en lo atraído que se sentía por ella. Era la primera vez en su vida que una mujer lo excitaba tanto.

Y sabía que, a pesar de que no habían estado solos en la habitación, ella también se había sentida atraída por él.

—¿Stuart? Soy Spence. Quiero que averigües a qué banco le han pedido el crédito los Russell y que me lo comuniques lo antes posible.

Colgó el teléfono y se quedó allí sentado un rato, disfrutando del paisaje. Hacía un día estupendo para principios de diciembre, y las tierras que lo rodeaban eran preciosas. Quería comprar aquella propiedad. Y no era sólo eso lo que quería.

También quería a Chardonnay Russell.

Frunció el ceño y reflexionó. Todos los Westmoreland solteros estaban cayendo como moscas y, a juzgar por la mirada de su madre en la boda de McKinnon y Casey, esperaba que él fuese la siguiente víctima. ¿Por qué iba a defraudarla?

Después de la traición de Lynette Marie, la idea de casarse por amor le parecía imposible. Había llorado la pérdida de su prometida, que había muerto en un accidente de moto acuática cuatro años antes en las Bermudas. Y después de la autopsia, se había enterado de que estaba embarazada de seis semanas. Eso significaba que se había quedado embarazada durante los dos meses que había estado trabajando en las islas, y que él no era el padre del niño.

Se agarró con fuerza al volante. No había ninguna posibilidad de que se casase por amor, pero sí podía casarse por deseo. Además, con treinta y seis años, había trabajado muy duro para conseguir la fortuna de la que disponía, había llegado el momento de que pensase en su futuro y de que hiciese algunos cambios importantes.

Aunque no esperaba encontrar el amor, como les había ocurrido a sus tres hermanos, Jared, Durango e Ian, sí era hora de que se estableciese, se casase y asegurase su futuro con un hijo que algún día pudiese heredar todo lo que tenía.

No pudo evitar sonreír al pensar en todos los bebés que habían nacido aquel año en la familia Westmoreland. Su prima Delaney y su marido, el jeque Jamal Ari Yasir, habían tenido su segundo hijo, una niña llamada Ariella. Su primo Daré y su mujer Shelly también habían tenido una hija en agosto. Durango y Savannah habían tenido otra niña en septiembre; y sus primos Thorn y Stone y sus esposas estaban esperando aumentar también la familia. El niño de Thorn y Tara nacería a finales de mes y el de Stone y Madison, en febrero.

Spencer arrancó el coche. Mientras seguía conduciendo hasta Chablis, donde se alojaba, supo que la siguiente vez que su camino se cruzase con el de Chardonnay le haría una oferta. Una oferta que, en esa ocasión, no podría rechazar. Se aseguraría de ello. El siempre perseguía lo que deseaba y no paraba hasta conseguirlo. Y lo que deseaba era una fusión íntima con Chardonnay.

Capítulo Dos

—Te llaman al teléfono, Donnay. Ella, que estaba ocupada haciendo un inventario, se volvió a mirar a su madre. — ¿Es el banco?

—No, me parece que se trata del señor Westmoreland —dijo tendiéndole el teléfono a su hija.

—Muchas gracias, mamá—dijo en tono irónico, tomando el teléfono—. ¿Por qué no le has dicho que no estaba? —susurró tapando el auricular.

—Porque tal vez sea una llamada importante.

Ella puso los ojos en blanco y resopló.

—Lo dudo. Ese hombre sólo quiere seguir presionándome.

Cuando su madre se hubo marchado de la habitación, se puso el teléfono en la oreja.

Lo último que le apetecía era hablar con el hombre cuya imagen seguía teniendo tan clara en su mente. No había podido evitar pensar en él desde que se había marchado de allí el día antes y, lo que era todavía peor, había pensado en él aquella noche. Había cometido un error fijándose en el hombre en vez de concentrarse en que era un individuo poderoso y con carácter. No cometería dos veces el mismo error.

—Soy la señorita Russell.

—Señorita Russell, soy Spencer Westmoreland. La llamo para preguntarle si le gustaría cenar conmigo esta noche.

Donnay sintió que una oleada de sensaciones le recorría el cuerpo al oír aquella seductora voz. Apretó los labios, intentando decidir si colgar el teléfono o seguir con la conversación.

—¿Por qué iba a querer cenar con usted?

—Para salvar el viñedo de su familia.

Donnay arqueó las cejas.

—Siento defraudarlo, pero el viñedo Russell no necesita que nadie lo salve.

—¿Está completamente segura de eso?

Donnay apoyó la espalda en un botellero. No, no estaba completamente segura; sobre todo, porque no había tenido noticias del banco. El señor Gordon le había dicho que le daría una respuesta hacia el mediodía. Aunque esperaba que les diese el préstamo, también sentía que debía averiguar qué carta tenía Spencer Westmoreland escondida en la manga

—Estoy dispuesta a escucharlo, pero para eso no hace falta que vayamos a cenar.

—Para mí, sí hace falta. Así es como suelo proceder con todas mis negociaciones.

—¿Y si yo prefiriese no cenar con usted?

—En ese caso, no oiría lo que tengo que ofrecerle.

Donnay echó la cabeza hacia atrás. Aquel hombre ya les había ofrecido mucho dinero por el viñedo el día anterior, más dinero del que ella y su familia habían esperado.

—¿No recuerda que ayer le dije que no estamos interesados en ninguna oferta?

El rió suavemente, y a Donnay le gustó el sonido.

—Claro que sí, pero espero conseguir hacerla cambiar de opinión.

—Eso no será posible, señor Westmoreland. Como le dije ayer, el viñedo ya no está a la venta.

—¿Y va a darle la espalda a mi oferta sólo con la esperanza de que algún banco salga en su ayuda?

Donnay se sintió incómoda.

—¿Qué sabe usted de mis conversaciones con los bancos? —se le hizo un nudo en el estómago y tuvo una sospecha.

—Sólo lo he dado por hecho, teniendo en cuenta que hace un par de semanas su familia estaba desesperada por vender el viñedo y, de repente, ha dejado de estarlo. Además, es mi trabajo conocer la situación financiera de mis posibles socios.

A Donnay no le gustó cómo sonaba aquello.

—No somos socios.

—Crea lo que quiera. Pero, hablando de la cena. Iremos a Sedricks. Pasaré a recogerla sobre las seis. ¿Le parece bien?

Ella deseó poder decirle que no, pero miró por la ventana y vio el viñedo a lo lejos, y se dijo que hacer eso no sería inteligente. No tenía la intención de des- prenderse de aquellas tierras, por muy seguro de sí mismo que pareciese estar Spencer Westmoreland, pero le daba la sensación de que él estaba tramando algo, y la única manera de averiguar qué era, era yendo a cenar con él.

—Sí, a las seis está bien.

—Estupendo. Hasta luego entonces.

Nada más colgar con él, Donnay llamó a Wayne Gordon al banco. Se sintió más tranquila al oírle decir que tenía buenas noticias para ella. El préstamo que había pedido había sido aprobado. Donnay se sintió feliz. Spencer Westmoreland no los había vencido. El comentario que había hecho un poco antes acerca de sus trámites con el banco había sido sólo para desestabilizarla.

Sonrió. Se divertiría mucho al hacerle saber al señor Westmoreland que esperaba que saliese de sus vidas para siempre.

Spencer sonrió mientras se ponía cómodo en la limusina que había alquilado para aquella noche.

La llamada que había recibido un rato antes de Stuart lo había

puesto de buen humor. Las cosas estaban saliendo tal y como él había planeado. Pensó en la oferta que iba a hacerle a Chardonnay y sintió una oleada de calor. La idea de hacerle el amor con el fin de que le diese un hijo hizo que le ardiesen las entrañas. Aunque sabía que ella no querría aceptar su propuesta.

Volvió a sonreír. No le cabía la menor duda de que lo rechazaría, de que lucharía contra él con todas sus fuerzas, y, por eso mismo, Spence estaba decidido a no darle opción. No si ella quería conservar el viñedo de su familia.

Miró por la ventana tintada de la limusina y disfrutó de la belleza del paisaje del valle de Napa. Se había enamorado de California la primera vez que había estado allí, con una beca para asistir a la Universidad del Sur de California. A pesar de adorar Atlanta, California se había convertido en su lugar de residencia permanente. Después de licenciarse en económicas y realizar un MBA, había comenzado su carrera en la banca con una de las instituciones financieras más prestigiosas de San Francisco.

Le encantaba volver a Atlanta cuando había reuniones familiares, pero siempre estaba deseando regresar a Sausalito, la pequeña ciudad costera situada al otro lado del Golden Gate. La ciudad solía compararse con las de la Costa Azul debido a su estilo mediterráneo y a sus impresionantes vistas.

La casa de Spence era una estructura elegante de dos pisos con un terreno de una hectárea y media y vistas a la bahía de San Francisco. No obstante, tenía que admitir que el valle de Napa era tranquilo y tenía encanto. Estaba alejado del ajetreo y el bullicio del tráfico y era un lugar idílico. El lugar perfecto para instalarse y formar una familia.

Chardonnay se miró en el enorme espejo, preguntándose por qué se estaba esforzando tanto en estar guapa aquella noche, aparte de porque iban a ir a Sedricks, un restaurante muy elegante.

Se giró levemente y sonrió. El vestido negro sin tirantes y escotado en la espalda se le pegaba al cuerpo, marcando unas curvas que tenía tendencia a olvidar cuando no iba vestida así. No recordaba la última vez que había tenido una cita de verdad con un hombre. Después del desastre de Robert Joseph, que había sido su profesor de la universidad y con el que había salido un par de años antes, se había acostumbrado a tener cuidado con los hombres, en especial con aquéllos que esperaban que las mujeres satisficiesen todas sus necesidades.

Tenía veinticuatro años y estaba en el último año de carrera en la Universidad de Los Ángeles, estudiando horticultura, cuando había conocido a Robert, que estaba divorciado y le sacaba quince años. Robert la había deslumbrado y habían estado juntos durante casi un

año. Un mes antes de que ella se graduase, él apareció con la noticia de que había arreglado las cosas con su ex mujer e iba a volver con ella. Donnay se había dado cuenta entonces de que no había sido para él nada más que un divertido pasatiempo. El dolor le había enseñado una valiosa y dura lección acerca de los hombres.

Inclinó la cabeza y el pelo, que le llegaba a los hombros. Rió al sentirse seductora. El sonido vibró en la habitación y le hizo darse cuenta de que llevaba semanas sin reírse. Le había afectado mucho ver en peligro el único hogar que había tenido, pero volvía a tener motivos para estar contenta.

—Estás muy guapa.

Se volvió al oír la voz de su madre y sonrió.

—Gracias, mamá. Me siento guapa esta noche. Y estoy deseando decirle a Spencer Westmoreland que no tenemos ningún motivo para vender el viñedo, por mucho dinero que nos ofrezca por él.

Su madre cambió el gesto, preocupada.

—Ten cuidado, Donnay. Me da la impresión de que al señor Westmoreland no le gusta perder.

—A mí también me da la misma impresión, pero no me preocupa. Cómo se tome la mala noticia no es mi problema.

—Lo sé, pero aun así, Donnay, es...

—Mamá —la interrumpió, agarrándole la mano—. No te preocupes. Sabré manejar al señor Westmoreland —sonrió y volvió a mirarse al espejo, pensando en lo arrogante que era el hombre con el que había quedado—. La cuestión es si él sabrá manejarme a mí.

Spencer bajó de la limusina cuando el conductor le abrió la puerta. Le dio las gracias con un movimiento de cabeza antes de caminar a buen paso hacia la enorme casa.

A pesar de que el sol ya se había puesto y había muy poca luz, podía recordar perfectamente la casa de los Russell. El día anterior había recorrido aquel mismo camino para llegar hasta ella, un camino de piedras bordeado por numerosas plantas con flores que parecían darle la bienvenida.

Empezó a sentir que el ansia se apoderaba de él según iba avanzando y al llegar a la puerta y llamar al timbre el corazón le latía a toda velocidad. Intentó ignorar el nerviosismo, y no pensar que ninguna otra mujer le había causado aquel efecto, pero tuvo que admitir que siempre había una primera vez para todo. Mientras no afectase a su sentido común, podría soportar un poco de locura en una fría noche del mes de diciembre.

La puerta se abrió y apareció Chardonnay, tan bella que Spence prácticamente se quedó sin habla.

Apretó los labios con fuerza at notar que su sentido común lo

abandonaba, y luchó contra esa sensación. Le gustaba tener siempre el control de todas las situaciones, pero en ese momento le daba la sensación de que lo estaba perdiendo.

Ella retrocedió para dejarlo entrar.

—Tardaré sólo un minuto en buscar un chal —dijo alejándose.

Spence vio su espalda desnuda. Aquel vestido era perfecto para su cuerpo y resaltaba sus esbeltas curvas y la gracia de aquellas piernas largas, maravillosas. El sintió el efecto en la entrepierna, y agradeció haberse puesto un abrigo largo.

Observó cómo Chardonnay tomaba un chal de encima de una mesa, se lo ponía alrededor de los hombros y se daba la vuelta. Sus miradas se encontraron en ese preciso momento y pasó algo entre ellos. El lo sintió, y estaba seguro de que ella también lo había sentido ya que se quedó quieta, sin apartar la mirada.

Entonces oyeron una puerta que se cerraba en el piso de arriba, rompiendo el encanto del momento. Chardonnay inclinó la cabeza y frunció el ceño. El sonrió.

—¿Está lista? —preguntó Spence. Cuanto antes se la llevase de aquella casa, de aquellas tierras y la metiese en su limusina, mejor.

Ella asintió y sonrió también. Atravesó la habitación con la gracia de un cisne y se detuvo delante de él.

—Estoy lista.

Mientras Donnay se instalaba en los cómodos sillones de cuero de la limusina aspiró el familiar olor a uvas maduras que notaba en el aire. Aquélla era una zona de vinos. Las colinas, los valles, los campos y prados así lo proclamaban. Había nacido allí y había muchos miembros de su familia enterrados también allí. Aquél era su legado. Pero, sobre todo, era su hogar.

A través de la ventanilla tintada y, a pesar de la oscuridad, observó las tierras por las que iban pasando. Estaba contenta de que su familia ya no tuviese que preocuparse por perder lo que era suyo y tener que vendérselo a alguien que no apreciaba el valle tal y como era. A alguien que quería destruir esas tierras en vez de cultivarlas. A alguien que quería convertir lo que siempre habían sido viñas en un área recreativa para ricos y famosos. Un lugar de vacaciones.

Y esa persona estaba sentada a su lado, aunque a una distancia decente, y no había abierto la boca desde que la limusina había arrancado. Donnay se había quedado sorprendida al salir de casa y ver la limusina aparcada fuera. Aunque debería haberlo imaginado. Spencer Westmoreland era un hombre al que, evidentemente, le gustaba disfrutar de su riqueza.

Dado que el interior del coche estaba a oscuras, Donnay observó su silueta, bañada por la luz de la luna. El no la estaba mirando. De hecho, parecía tener la vista fija en el exterior, aunque ella dudase que

estuviese viendo algo. Y eso significaba que, o estaba sumido en sus pensamientos, o la estaba ignorado.

La idea de que estuviese haciendo lo último no tenía por qué molestarle, pero le molestó. Al fin y al cabo, era él el que la había invitado a cenar. Donnay se preguntó si ya se habría imaginado que iba a tener que despedirse de aquel trato. Aunque eso era poco probable. Seguramente estaba pensando en cómo convencerla para conseguir lo que quería.

Ella tenía la esperanza de que, después de aquella noche, le quedase claro que su familia no tenía ninguna intención de vender el viñedo. Sonrió al pensar en que su madre y sus abuelos por fin podrían dormir tranquilos aquella noche. Lo que no sabía era cómo iba a dormir ella. Sobre todo, teniendo en cuenta que el hombre que tenía al lado despertaba en su interior todo tipo de turbulentas emociones.

Donnay estudió su rostro. Tenía las facciones duras y afiladas, tan afiladas como su lengua, a pesar de que esa noche se estaba conteniendo, afortunadamente. Era guapo. Eso era evidente. Todos los detalles de sus facciones: el mentón redondeado, el pelo corto y oscuro, los labios generosos, contribuían a un rostro que cualquier mujer se detendría a observar. Y luego estaba el modo en el que iba vestido. El día anterior ya se había dado cuenta de que cuidaba mucho su imagen. Seguro que debajo de aquel abrigo de piel llevaba un traje de diseño.

—¿Ha estado en Sedricks antes?

Ella parpadeó al darse cuenta de que el señor Westmoreland acababa de hablarle. Había cambiado de postura en el asiento y la estaba mirando. ¿Cuándo había hecho eso? ¿Mientras ella admiraba su ropa? Si así era, seguro que se había dado cuenta de que lo había estado observando.

—Sí, varias veces. ¿Y usted? —respondió por fin.

—En una ocasión. Me quedé impresionado con el servicio y la comida.

—La comida es excelente —comentó ella mientras se preguntaba, de repente, si necesitaba que hubiese más espacio entre ambos. Por algún motivo, le daba la sensación de que la distancia entre ellos había disminuido.

—Eso nos dará la oportunidad de hablar.

—¿De qué? —preguntó ella levantando una ceja.

—De muchas cosas.

Con un movimiento que fue tan preciso que la pilló desprevenida, se acercó. A Chardonnay empezó a latirle el corazón muy deprisa, lo miró a la cara e intentó controlar el pánico que se estaba adueñando de ella. No había querido escuchar la advertencia de su madre, y en

esos momentos se daba cuenta de que Spencer emanaba sensualidad. Robert había sido mayor que ella, guapo y la había impresionado con su inteligencia. Pero le había faltado estilo, y sofisticación, algo normal en un profesor de universidad.

Spencer Westmoreland era completamente diferente. Era un hombre de negocios, meloso, elegante y desenvuelto, guapo... arrogante. Incluso en esos momentos, su presencia dominaba el interior del coche. A Chardonnay no le cabía la menor duda de que, en su mundo, siempre era él quien decía la última palabra. Dudó que hubiese muchas personas capaces de llevarle la contraria. Y aquéllos que lo hiciesen probablemente pagasen el precio. Uno no llegaba adonde había llegado él en la vida, siendo tan joven, si no era un tanto despiadado. Tembló al pensar en ello. Ese hombre quería el viñedo de su familia. Se preguntó cómo se lo tomaría cuando se enterase que ya no estaba a su alcance.

Suspiró profundamente cuando él estiró los brazos por encima del asiento.

—No estaba seguro de que aceptase a salir conmigo esta noche —comentó con voz ronca.

—Soy una mujer llena de sorpresas, señor Westmoreland, y hay una que pretendo compartir con usted esta noche.

Donnay vio cómo la estudiaba con la mirada antes de decir:

—Tiene unos ojos muy bonitos.

—Gracias —contestó, podría haberle devuelto el piropo, pero prefirió no hacerlo.

—De nada. También es una mujer preciosa.

Ella lo miró con frialdad. Y estuvo a punto de decirle que era lo suficientemente sensata como para no dejarse engatusar con sus palabras. Se preguntó por qué estaría él perdiendo el tiempo así y qué esperaba obtener adulándola de semejante manera. Tal vez aquello funcionase con otras mujeres, pero no con ella.

—Gracias de nuevo, señor Westmoreland.

—Prescindamos de las formalidades, llámeme Spencer.

Ella asintió.

—De acuerdo, yo soy Donnay.

—Me gusta más Chardonnay.

Ella intentó no fijarse en el modo tan sensual en el que había dicho su nombre. Y notó que el olor a uva había sido reemplazado por un olor a hombre. No sabía qué colonia utilizaba, pero era muy masculina y sexy. Según había oído decir a otras mujeres, era el tipo de hombre que también era perfecto como amante, ya que le gustaba hacerlo todo bien.

Levantó la mirada y se dio cuenta de que tenía los ojos puestos exclusivamente en ella. Se preguntó qué era lo que miraba con tanta

intensidad. Entonces se dio cuenta de que eran sus labios lo que habían llamado su atención. Suspiró hondo y sintió un cosquilleo en el estómago que, poco a poco, fue extendiéndose al resto de su cuerpo.

Chardonnay entreabrió los labios para tomar aire y en un atrevido movimiento, él se acercó más y sacó la lengua para humedecérselos antes de besarla apasionadamente. El contacto había sido tan inesperado, tan repentino, que en vez de apartarse, sintió cómo todas las células de su cuerpo vibraban con aquella combinación de hormonas sobreexcitadas y deseo contenido.

Era demasiado tarde para cambiar de idea. Demasiado tarde para pensar en resistirse. Cuando la lengua de Spencer tocó la suya supo que estaba perdida y tuvo la sensación de que él lo sabía. ¿Por qué si no habría profundizado todavía más el beso y la habría apretado contra su cuerpo, haciéndola gemir de un modo completamente desconocido para ella?

Ningún otro hombre la había besado así hasta entonces. El beso la excitó, la estimuló. Y respondió a sus actos dejándose llevar por el instinto, no por la experiencia. Su lengua nunca había participado en un beso como lo estaba haciendo en esos momentos, emanando un anhelo que ni ella misma alcanzaba a comprender. Aunque él sí parecía entenderlo, porque cuanto más le pedía, más le daba el.

De repente, Spencer se apartó y ella se sintió decepcionada, como si le hubiesen echado un jarro de agua fría sobre la piel caliente. Se dio cuenta de que estaba casi encima de él, que la miraba intensamente. Chardonnay supo en ese momento, mientras intentaba recobrar la compostura y apartarse de él, que aquello era demasiado complicado para ella. Y eso que había pensado que podría manejarlo.

—Nunca olvidaré tu sabor, Chardonnay. Y espero poder disfrutar de él muchas otras veces.

Habló con seguridad, como si no estuviese dispuesto a aceptar ninguna resistencia. Del mismo modo, ella contestó inmediata e instintivamente.

—No estoy de acuerdo.

Spencer sacudió la cabeza y le sonrió.

—Estás en todo tu derecho, pero tal y como yo veo las cosas, tu lealtad será tu perdición y, al mismo tiempo, es lo que te diferencia de las demás. Es lo que más admiro de ti.

Ella frunció el ceño, no entendía lo que le estaba diciendo, ni cuál era su intención. Antes de que le diese tiempo a preguntarlo, él miró por la ventanilla, hacia el exterior, y dijo:

—Ya hemos llegado a nuestro destino y preferiría terminar con esta discusión mientras cenamos.

Capítulo Tres

Spencer supo que había elegido el restaurante apropiado nada más entrar en él con Chardonnay. Sólo el ambiente lo hacía merecedor de cinco estrellas.

Estaba situado en una colina cubierta de hierba en el corazón del valle de Napa y el edificio era una enorme estructura de estilo europeo elaborado con piedra y ladrillo. En el interior, la decoración era festiva. Y a pesar de ser martes por la noche, estaba lleno. No pudo evitar darse cuenta de que un par de hombres lo miraban con envidia. Más por instinto que por otro motivo, entrelazó su brazo con el de Chardonnay. Cuando ella le lanzó una mirada inquisitiva, Spencer sonrió y comentó:

—He reservado una mesa para que no tengamos que esperar demasiado.

Acababa de decir aquello cuando apareció el maître y los acompañó hasta un reservado que había en la parte de atrás del restaurante. Las paredes de ladrillo, con vigas de madera oscura, y las lámparas de araña le daban un toque romántico.

Después de sentarse a la única mesa que había en el reservado, les dieron la carta. Luego les dijeron que el camarero no tardaría en ir a tomarles nota.

Unos segundos más tarde estaba a sotas con Chardonnay. Spencer levantó la vista y la miró a la cara, intentando descifrar su expresión y adivinar sus pensamientos. Sabía que la había sorprendido con la actitud posesiva de agarrarla del brazo. Hasta el mismo se había sorprendido. Nunca se había sentido celoso porque otro hombre se fijase en la mujer que iba con él. No era de ésos.

Se dio unos segundos para aclararse las ideas y luego observó el reservado. Era íntimo y agradable, estaba prácticamente rodeado de cristales tintados y daba a un cenador exterior alrededor del cual había arbustos, flores y vides.

—Este lugar es precioso.

El comentario de Chardonnay llamó su atención y la miró a los ojos. Estuvo a punto de decirle que aquello no era nada comparado con ella.

—Sí, es verdad —admitió en su lugar.

Todavía tenía su sabor en los labios y dudó que ni la bebida más fuerte fuese capaz de borrarlo. Le había gustado besarla, rodearla con sus brazos y apretarla contra su cuerpo mientras unía sus labios a los de ella. Y cuando ella también lo había abrazado y la había oído gemir suavemente, había hecho lo que le había salido de un modo natural, profundizar el beso todavía más.

Aunque no se quejaba, el beso había durado más de lo que él había

pretendido. De pronto, había perdido el sentido del tiempo y del espacio y se había visto consumido por el deseo.

Dejó de divagar cuando el camarero les llevó unos vasos de agua y les preguntó qué iban a tomar.

Los dos pidieron ternera y una botella de Russell Chianti.

—¿Has probado antes nuestro vino? —le preguntó Chardonnay cuando el camarero se hubo marchado y volvieron a estar solos.

El sacudió la cabeza.

—No, pero tengo entendido que es delicioso.

Ella frunció el ceño.

—Es más que delicioso. Es espléndido. El mejor del país.

Spencer rió.

—Lo comprobaré por mí mismo dentro de un minuto —dijo apoyando la espalda en la silla—. ¿A qué te dedicas tú exactamente en el viñedo?

—Hago de todo un poco —contestó ella, encogiéndose de hombros —, dependiendo de la estación. Llevo las relaciones públicas durante los meses de invierno, y en primavera y verano trabajo en el viñedo, podando, plantando e incluso sé utilizar la maquinaria para aplastar y fermentar las uvas. Y en otoño me ocupo de catar el vino.

Chardonnay dio un trago de agua antes de preguntarle:

—¿Por qué me has invitado a cenar?

—¿Y se supone que eso significa algo? —preguntó.

El le devolvió la sonrisa y se sintió cómodo haciéndolo.

—En Atlanta, sí. Es donde están las raíces de mi familia, al igual que las de la tuya están aquí. Mi primo Daré es el sheriff de College Park, un barrio de Atlanta. Y mi primo Thore Westmoreland es...

—Fabrica motos y corre con ellas —lo interrumpió—. No me había dado cuenta hasta ahora de que teníais el mismo apellido. Tenía un póster suyo en mi habitación a los dieciséis años. Era impresionante.

Spencer rió.

—Creo que hay mujeres que siguen pensando que todavía lo es. Ahora está felizmente casado y él y su esposa, Tara, van a tener su primer hijo a finales de este mes. Va a ser un niño.

—Eso es maravilloso. ¿Y tienes hermanos?

—Sí, tengo un hermano mayor, Jared, y cuatro más jóvenes: Durango, Ian, Quade y Reggie.

—¿Y todos viven en Atlanta?

—Jared y Reggie, sí. Ian vive en el lago Tahoe y Quade trabaja para el gobierno en Washington.

—¿De verdad? ¿Y a qué se dedica exactamente?

—Trabaja en la seguridad de la Casa Blanca. Aunque no estamos seguros de lo que hace realmente, y él nunca da detalles —y para que no le hiciese más preguntas acerca de Quade, él le hizo otra a ella—:

¿Y tú? ¿Sois sólo tu madre, tus abuelos y tú?

—Sí, y estamos muy unidos.

—¿Y tu padre?

Ella se encogió de hombros.

—No nos conocemos. Final de la historia.

En ese momento volvió el camarero con el vino. Les llenó las copas y se marchó. Chardonnay, sonriente, levantó la suya para hacer un brindis.

—Por el viñedo Russell, para que funcione siempre, y con el préstamo que nos ha dado hoy el banco, estamos en camino de conseguirlo.

Lo miró por encima de la copa y dio un sorbo, sonriendo. Y Spencer supo que estaba realmente feliz, pensando que le había ganado la partida.

Chardonnay levantó una ceja y dejó la copa; era evidente que estaba decepcionada por no haber conseguido irritar a Spence.

—¿Y?

—¿Y qué? —preguntó él levantando también una ceja.

—¿No tienes nada que decir?

El sonrió antes de contestar.

—Sí, tengo muchas cosas que decir, pero prefiero hacerlo después de que hayamos disfrutado de la comida. No me gustaría que nada de lo que vayamos a decir arruinase la cena.

Pensando que había conseguido molestarlo al fin y al cabo, Chardonnay apoyó la espalda en la silla y le dijo:

—Lo superarás.

—¿Y si no lo hago?

Spencer vio cómo ella contenía la respiración y torcía el gesto. Luego, volvió a echarse hacia delante.

—Sería una pérdida de tiempo, porque no hay nada que puedas hacer al respecto.

El camarero entró con la comida. Spencer sonrió a Chardonnay y le dijo:

—Ya está aquí la cena, Chardonnay. Por favor, contente un poco hasta que hayamos terminado de comer. Luego te diré por qué estás equivocada.

Donnay no quiso postre, y pensó que se estaba cansando de jugar al gato y al ratón con Spencer. De camino al restaurante, se había sentido eufórica, confiada, contenta por ir a causarle una decepción, algo que parecía ocurrirle con muy poca frecuencia. Spencer se llevaría una gran desilusión, se sentiría frustrado y probablemente algo más que molesto al saber que el viñedo Russell estaba fuera de su alcance. Pero lo cierto era que no parecía que la noticia le hubiese

afectado en absoluto, y ella se preguntó si acaso sabría algo que ella ignoraba.

Y luego estaba el beso, en el que no podía dejar de pensar. Todavía la tenía aturdida. Tenía que admitir que había una fuerte química entre ambos, nunca antes había sentido algo así. Su sabor le había hecho perder el sentido y estaba teniendo que hacer unos esfuerzos sobrehumanos para recuperarse.

Incapaz de seguir soportando aquella tensión y presa de la curiosidad, levantó la cabeza y lo miró directamente a la cara.

—Dime por qué crees que estoy equivocada, Spencer.

Vio cómo él ponía a un lado su copa de vino. Luego, se sacó la cartera del bolsillo de la chaqueta y buscó una tarjeta de visita en ella. Se la tendió.

Donnay la aceptó, y estudió la información que había en ella antes de mirarlo inquisitivamente.

—¿Qué se supone que quieres que vea?

—Mi profesión.

Ella volvió a leer la tarjeta antes de levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Director de inversiones financieras?

—Sí, al igual que a ti, me gusta hacer muchas cosas distintas —dijo volviendo a guardarse la cartera.

Donnay se irguió en su silla. Sus miradas se unieron durante unos segundos antes de que ella preguntase:

—¿Qué quieres decir?

Spencer no apartó la mirada de la de ella. Estaba seguro de que lo que iba a decirle no le gustaría. Y todavía iba a gustarle menos la propuesta que tenía que hacerle. Por un momento, pensó en tirar la toalla y dejar que su familia y ella se quedasen con la tierra, sin más. Pero sabía que, si bien podría olvidarse de la propiedad, no podría olvidarse de ella. Después de haber pasado más tiempo con ella aquella noche, todavía la deseaba más. Nunca había deseado a nadie antes con tanta pasión.

—Hace un rato me has dicho que tu familia ha conseguido un préstamo.

—Sí, ya está aprobado.

—Lo sé.

—¿Y cómo es que lo sabes?

El no contestó inmediatamente, y Chardonnay repitió su pregunta.

—¿Por qué lo sabes, Spencer?

—A veces los bancos ofrecen préstamos a individuos cuando éstos están avalados por otros.

Guardó silencio unos segundos y vio un brillo en los ojos de Chardonnay, como si estuviese empezando a entenderlo todo.

—¿Estás diciendo que eres tú el que nos ha avalado?

El decidió responderle muy despacio y con claridad, para asegurarse de que lo entendía bien.

—Sí. El banco no pudo encontrar a ningún otro inversor que quisiera hacerlo. Así que, básicamente, cuando firmes el préstamo, seré yo el que tenga la hipoteca del viñedo.

Sus palabras tuvieron exactamente el efecto que él había imaginado. La mirada de Chardonnay se endureció.

—¿Tanto deseas nuestras tierras?

El decidió ser franco.

—Sí, pero hay algo más que quiero, Chardonnay, algo que es todavía más importante que el viñedo.

—¿Y qué es?

—A ti.

Chardonnay tardó unos segundos en recobrar la compostura. No pudo evitar respirar profundamente varias veces antes de hacerle una pregunta relativamente tonta.

—¿Y con qué fin?

El se tomó su tiempo antes de contestar.

—Quiero casarme contigo y que me des un hijo. O más bien varios.

Ella dio un grito ahogado, de sorpresa.

—¿De verdad pensabas que iba a estar de acuerdo con semejante locura?

—Sí. Tendrás que hacerlo si quieres conservar el viñedo de tu familia —contestó él mirándola a los ojos—. Es evidente que no eres consciente del aprieto en el que se os encontráis, Chardonnay. Sin el aval de una tercera parte, ningún banco os dará el préstamo que necesitáis. Habéis reducido muchos de los activos del negocio, por no mencionar que seguís siendo una empresa familiar que ha estado en números rojos la mayor parte del año. No obstante —continuó—, yo estoy dispuesto a garantizaros un préstamo por la cantidad que necesitéis. Y, para demostrarte lo generoso que soy, voy a darte dos opciones. Puedes aceptar el préstamo, pero tendréis que devolverlo en seis meses.

—¡Seis meses!

—Sí, si no lo hacéis, todo será mío. Si no, puedes considerar una segunda opción. Acceder a casarte conmigo y a darme hijos y yo permitiré que continuéis trabajando en el viñedo como queráis. De hecho, podría poner dinero para ampliar el negocio e internacionalizarlo.

Chardonnay se sintió furiosa. No podía aceptar ninguna de las dos opciones.

—Olvida las dos.

El se encogió de hombros.

—Si eso es realmente lo que quieres… Pero, de un modo u otro, Chardonnay, algún día tu tierra será mía y haré con ella lo que quiera. Así que te sugiero que aceptes la segunda opción. Es menos arriesgada. Y si lo haces, olvidaré mi sueño de construir un complejo turístico. En su lugar, dedicaré todo mi tiempo y atención, cuando no esté intentando dejarte embarazada, a darle un prestigio y una reputación al viñedo Russell.

—¡No pienso ser tu yegua de cría! —gritó Donnay poniéndose en pie, sorprendida por la ira que podía sentir contra un solo individuo —. Tienes que ser el hombre más ruin de la Tierra para proponerme algo así. Lo último que querría sería casarme contigo. Y no puedo imaginarme compartiendo una cama contigo para tener un hijo.

—¿Quieres decir que vas a rechazar todo lo que te estoy ofreciendo a pesar de saber cuál será el resultado? —preguntó él con toda tranquilidad.

—Sí, lo estoy rechazando. Toma nota, Spencer Westmoreland, porque eso es lo que estoy haciendo. Entre otras cosas, no eres mi tipo. Y no te molestes en llevarme de vuelta a casa. Llamaré un taxi.

Y con la cabeza bien alta, salió del reservado. Sin mirar atrás.

—¿Qué tal la cena con el señor Westmoreland?

Donnay levantó la cabeza y miró hacia las escaleras al oír la dulce voz de su madre. No podía contarle a ella, ni a sus abuelos, lo que había pasado realmente aquella noche con Spencer. Lo último que quería era que se preocupasen.

—Bien —contestó mientras veía cómo su madre bajaba las escaleras.

Al llegar abajo, Ruth le sonrió y le preguntó:

—¿Cómo se ha tomado la noticia de que nos han dado un préstamo?

—Mejor de lo que a mí me hubiese gustado, y me ha dado la sensación de que no está dispuesto a tirar la toalla.

—Bueno, ¿y qué más da eso? El préstamo hace que no tenga ninguna posibilidad, ya que no necesitamos su dinero.

—Eso espero —contestó Chardonnay sintiéndose culpable al oír las palabras de su madre.

Deseaba poder ser honesta con ella y contarte que Spencer y el préstamo eran uno. Lo primero que haría al día siguiente sería ir a ver a Glenn Forbes, su abogado. Estaba segura de que Spencer había tenido que hacer algo ilegal en lo referente al préstamo. Si tenía que luchar contra él por la vía legal, lo haría.

Como necesitaba cambiar el tema de la conversación, se fijó en la ropa que llevaba puesta su madre. No hacía falta ser adivino para

darse cuenta de que su madre, que no solía salir demasiado, había ido a algún sitio aquella noche.

—¿Dónde has estado tú? —preguntó con curiosidad.

Unos años antes, había querido animar a su madre a salir más, a conocer a algún hombre agradable y divertirse, a pesar de que ella decía que nunca habría ningún hombre en su vida aparte del padre de Donnay.

—He ido al McClintock Café —contestó Ruth—. Después de que te marchases me llamó una amiga a la que hacía siglos que no veía y que está de paso. Fuimos a tomarnos un café y a ponernos al día.

Donnay asintió, le gustaba que su madre se interesase por algo más que el viñedo.

—Bueno, me alegro. Estás guapa.

Su madre bostezó.

—Gracias. Y ahora, deberíamos irnos las dos a la cama. Las próximas semanas vamos a estar muy ocupadas.

Los meses de invierno solían ser menos ajetreados. A excepción de la poda de invierno, había poco más que hacer, aparte de asegurarse de que el mal tiempo no estropease la cosecha. También era el momento para discutir cómo aumentar la productividad manteniendo la calidad.

Pero en un par de semanas, la ciudad de Napa celebraría la Cata de Napa, que, para los amantes del vino, era el acontecimiento más importante del mundo. El viñedo Russell también tendría su lugar en ella.

—Sí, y estoy deseando que llegue —dijo Donnay dándole un abrazo a su madre—. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, Donnay.

Donnay había empezado a subir las escaleras cuando su madre la llamó.

—¿Sí?

Su madre la observó un momento antes de sacudir la cabeza y sonreír.

—Nada, cariño. Al menos, nada de lo que no podamos hablar en otro momento.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura. Vete a la cama y descansa.

Donnay sonrió.

—Tú también.

Capítulo Cuatro

«No eres mi tipo…».

Spencer frunció el ceño, irritado, mientras le daba un trago al café. No podía imaginar que ninguna mujer le dijese eso a un Westmoreland. Y si Chardonnay pensaba que sus palabras impedirían que él se hiciese con lo que más deseaba, a ella, estaba muy equivocada. No obstante, lo que le había dicho le había molestado mucho, aunque no alcanzaba a comprender por qué se lo había dicho.

Dio otro trago de café. No le importaba lo que dijese ella, sobre todo, porque sus labios le habían dicho algo completamente distinto. Tal vez no fuese su tipo, pero le había gustado que la besase. De eso estaba seguro. Y no pudo evitar preguntarse si ella también habría pasado la noche despierta recordándolo, como le había pasado a él. Además de su belleza, había algo tan cautivador en ella que no había podido sacarla de su mente, ni siquiera dormido.

Y eso no era bueno.

Suspiró con frustración y se levantó. ¿Cómo era posible que estuviese tan fascinado por una mujer? Y tan rápidamente. Todavía seguía recordando su olor. Era una fragancia tan excitante, que no podía olvidarla. Había dejado la boda de su prima con la intención de darle la vuelta a un negocio, y se había encontrado con una mujer que lo había afectado tremendamente. Quería casarse con ella. Quería tener hijos con ella. Lo quería todo, y no le serviría ninguna otra. Por otro lado, no esperaba que aquello fuese un matrimonio por amor. Era sólo cuestión de negocios.

No obstante, Chardonnay se lo había dejado bastante claro, no estaba interesada en él. Tendría que presionarla un poco más, porque pretendía conseguir lo que se proponía. Y no era de los que perdían el tiempo cuando tomaban una decisión. Se miró el reloj. Era casi mediodía, el momento de volver a hablar con Chardonnay.

Menos de una hora más tarde volvía a recorrer el camino que conducía a la puerta principal de la casa de los Russell. No quería pensar que, después de cómo se habían despedido la noche anterior, Chardonnay se negaría a recibirlo. Costase lo que costase, conseguiría hablar con ella a solas.

Estaba llegando a la puerta cuando esa se abrió y apareció la madre de Chardonnay, llorando, desesperada.

—Señor Westmoreland, por favor, ¡venga rápidamente! Ayúdenos. Es mi padre. Se ha caído y está inconsciente.

—¿Quieres decir que no hay nada que hacer, Glenn?

Glenn Forbes había sido el abogado de los Russell desde hacía años

y Donnay estaba haciendo todo lo posible por ocultarle su frustración.

—Desgraciadamente, así es—contestó él—. Como es el dinero del señor Westmoreland el que avala el préstamo, puede poner las condiciones que quiera. Y a mi me parece que las condiciones van a ser muy duras, porque lo cierto es que quiere vuestras tierras.

—¿Cómo de duras?

—Os pedirá que devolváis el préstamo en un periodo de tiempo demasiado corto, o subirá tanto los intereses que no podrían pagarlos. Por otro lado, si no aceptáis el préstamo, él es el único interesado en comprar la propiedad y si mantiene la oferta que os hizo hace un par de días, podríais conseguir mucho dinero.

—Pero perderíamos nuestra casa —Donnay suspiró. Estaba entre la espada y la pared—. Gracias por la información, Glenn.

—De nada. ¿Qué tal está tu abuelo?

Donnay sonrió.

—Bien. La medicación es cara, pero le está funcionando bien por el momento. Está un poco decepcionado, porque tendremos que posponer nuestros planes de expansión un poco más. Ahora mismo, lo más importante es sobrevivir.

Durante años, su abuelo, que era el maestro vinicultor de la familia, había trabajado muy duro para mejorar la calidad de sus vinos. A pesar de que los vinos Russell tenían mucho prestigio en Estados Unidos, quería empezar a venderlos también en el extranjero. Eso implicaba contratar a más personas, algunas especializadas en vinicultura. Ese era uno de los motivos por los que la oferta de Spencer de transformar la empresa familiar en una empresa internacional tenía mérito. Era lo mismo que había planeada su abuelo durante años. Pero el precio que pedía Spencer era demasiado alto. Se puso en pie.

—Bueno, tengo que marcharme, Glenn. Ya te he entretenido bastante.

—Qué tontería—dijo el abogado poniéndose también de pie—. Ten cuidado con esos urbanitas, como Westmoreland. Se aprovechará de cualquier error que cometas. Si quiere las tierras, hará todo lo que sea posible para conseguirlas.

Donnay no necesitaba que se lo advirtiesen. Ya sabía hasta dónde estaba dispuesto a llegar Spencer. Sonrió a Glenn e iba a responderle cuando le sonó el teléfono.

—Perdóname, Glenn —dijo sacándolo de su bolso y comprobando quién la llamaba—. Es mamá —lo abrió—. ¿Sí, mamá?

Unos segundos más tarde, se agarraba con fuerza al borde de la mesa de Glenn para evitar caerse.

—¡Qué! ¿Cómo está?

Luego asintió con ansiedad.

—Voy para allá.
—¿Ocurre algo, Donnay?
Ella levantó la mirada y vio a Glenn con expresión preocupada.
—Sí —dijo dirigiéndose hacia la puerta—. Es mi abuelo. Se lo han llevado al hospital.

Donnay entró corriendo por Urgencias y miró a su alrededor en busca de su madre y su abuela. Se sintió aliviada al verlas a las dos, pero se puso tensa al ver quien estaba con ellas.
¿Qué estaba haciendo Spencer Westmoreland allí? ¿Era él el responsable de lo que le hubiese ocurrido a su abuelo? ¿Le habría dicho algo que le hubiese disgustado? Su abuelo se encontraba perfectamente a la hora del desayuno, y en esos momentos estaba en el hospital.
Respiró profundamente e intentó contener la ira que sentía. Fue hacia donde estaban los tres. Spencer fue el primero en verla y se levantó después de haberles dicho algo a su madre y a su abuela. Ellas alzaron la vista y corrieron hacia Donnay.
—¿Cómo está el abuelo? —fue lo primero que preguntó.
—No lo sabemos —respondió su madre—. El médico todavía no ha salido a hablar con nosotras. Todo ha sido tan rápido... Estábamos todos en la cocina. Estaba bien y, de repente, se cayó y perdió el conocimiento.
—Tal vez haya sido un infarto —sugirió Spencer al llegar a su lado.
Donnay lo miró a los ojos, la ira la consumía.
—¿Y tú qué sabes de todo esto?
Su madre contestó por él:
—El estaba allí para...
—¡El estaba allí! —exclamó Donnay enfadada—. ¿Qué le dijiste a mi abuelo? No tenías derecho a disgustarlo. Si le ocurre algo, nunca te lo perdonaré.
—Donnay, estás equivocada. El señor Westmoreland...
—Siento que pienses tan mal de mí, Chardonnay —dijo Spencer interrumpiendo a su madre—. Y dado que mi presencia aquí te molesta tanto, me voy —se volvió y fue hacia la salida.
Ruth agarró a su hija por el brazo.
—¿Qué te pasa, Donnay? ¿Por qué le has hablado así al señor Westmoreland?
—Porque no lo soporto. Ya lo sabes, mamá.
—Sí, pero afortunadamente apareció justo en el momento adecuado; si no, tal vez tu abuelo no estuviese vivo.
Donnay estaba demasiado sorprendida para hablar.
—¿Qué quieres decir? —pudo preguntar por fin.
—Después de que tu abuelo se cayese, yo salí de casa desesperada,

en busca de algún empleado. Entonces vi al señor Westmoreland llegando a la puerta. El entró corriendo y le estuvo haciendo un masaje cardiopulmonar a tu abuelo hasta que llegó la ambulancia. No fue responsable de lo que ocurrió. Y lo que tenías que haber hecho es darle las gracias.

Donnay se sintió avergonzada y le dieron ganas de que se la tragase la tierra.

—Mamá, no lo sabía. De verdad creía que había sido culpa suya.

—No sé por qué piensas eso, pero, en cualquier caso, le debes una disculpa.

Antes de que le diese tiempo a contestar, el médico entró en la sala de espera. Donnay corrió hacia él.

—¿Cómo está, doctor Miller?

El hombre, que había sido el médico de su abuelo desde que habían descubierto sus problemas de corazón a principios de año, sonrió débilmente.

—Está descansando. Y, sí, ha tenido un infarto. Podría haber muerto si no le hubiesen hecho el masaje cardiopulmonar inmediatamente. En cuanto esté estable le haremos más pruebas. La operación de la que hablamos hace unos meses le vendría muy bien, aunque las compañías de seguros no la cubren ya que todavía está en fase experimental.

—¿Podemos ir a verlo? —preguntó la abuela.

—Sí, pero de uno en uno y durante cinco minutos como mucho. Es importante que siga descansando.

Donnay entró a ver a su abuelo después de su abuela y de su madre. Ya lo había visto así antes, conectado a varias máquinas y monitores, pero en esa ocasión le afectó más que nunca. A sus ojos, siempre había sido un hombre más fuerte y robusto que la propia vida. En esos momentos le parecía cansado y débil.

Atravesó la habitación sin hacer ruido y se quedó al lado de la cama. Lo miró y recordó todos los años durante los cuales había representado para ella su única figura paterna. No podía perderlo, como no podía dejar que se perdiese la única cosa que significaba todo para él, además de su abuela, el viñedo.

Cuando la familia no había sido capaz de enfrentarse a su situación económica, él había estado dispuesto a venderlo, a pesar de saber que eso lo haría morir por dentro. En ese momento, Donnay había sabido que tendría que ser ella la que impidiese que eso ocurriese. Y seguía llevando aquel peso sobre los hombros.

—Donnay —murmuró su abuelo.

Ella intentó contener las lágrimas al verlo abrir los ojos.

—Sí, abuelo, estoy aquí.

—Guapa.

Donnay sonrió. Su abuelo siempre le había dicho que era guapa. Vio cómo miraba a su alrededor y supo por qué.

—La abuela y mamá han venido antes. Sólo nos dejan verte de una en una.

El asintió, dándole a entender que lo comprendía.

—No os doy nada más que problemas.

—No, eso no es verdad, ni se te ocurra pensarlo. Todo va a ir bien.

—¿El viñedo?

Ella sintió que se le hacía un nudo en la garganta al asentir.

—Vamos a conservar el viñedo. Nos han dado un préstamo, ¿recuerdas?

El asintió de nuevo y luego sonrió débilmente.

—Vamos a conservarlo.

—Sí —asintió Donnay luchando por contener las lágrimas.

—Para tus hijos.

Ella sonrió. A pesar de su estado, le lanzaba indirectas acerca de su vida personal.

—Sí, algún día será para mis hijos.

—Mis bisnietos.

—Sí, abuelo, tus bisnietos

Donnay observó cómo volvía a cerrar los ojos. Parecía muy cansado después de haber hablado con ella.

—Señorita, siento interrumpirla, pero ya han pasado los cinco minutos —dijo una enfermera asomando la cabeza por la puerta.

—Gracias, ya me voy —se agachó y le dio un beso en la mejilla a su abuelo. Luego se agarró a su bolso y salió de la habitación.

Spencer observó el rojo intenso del vino antes de hacerlo girar en la copa. Era el mejor del viñedo Russell. La noche anterior Chardonnay había dicho que era espléndido y él tenía que admitir que estaba de acuerdo. No había esperado que tuviese un sabor tan afrutado y suave. Era increíblemente agradable al paladar.

En vez de beberlo, se llevó la copa a los labios y pensó: «¡Qué demonios!». Lo había pedido. El servicio de habitaciones se lo había llevado. Y en esos momentos, lo necesitaba. Le dio un buen sorbo y luego se lamió los labios mientras el líquido bajaba por su cuerpo y le hacía sentir una placentera sensación por debajo de la cintura.

Era muy sensual. Definitivamente, erótico.

Fue entonces, y sólo entonces, cuando se tomó el tiempo de recordar al detalle la escena que había tenido lugar en el hospital con Chardonnay. Apretó la mandíbula Ella lo había acusado de haber sido la causa del infarto de su abuelo y él, en vez de defenderse, se había marchado de allí. La noche anterior había descubierto que cuando a Chardonnay le molestaba algo, se enfrentaba a ello con dureza,

aunque estuviese equivocada.

Pero al contrario de lo que hacía su abogado, Stuart, él no tenía la intención de permitir que Chardonnay probase su aguante. Al fin y al cabo, le gustase a ella o no, seguía pretendiendo convertirla en su esposa. Y como ella no se lo estaba poniendo nada fácil, él tendría que ponérselo difícil.

Atravesó la habitación para mirar por la ventana, decidido a calmar su frustrada mente. La cantidad de tierra que veían sus ojos era increíble, sorprendente, sencillamente bella. El sol acariciaba con sus rayos dorados el valle, dándole una increíble sensación de paz.

Como para acabar con aquella paz, su mente volvió a Chardonnay. A Spencer le costaba pensar que hubiese podido creer que había sido él quien le había hecho daño a su abuelo. Si supiese lo mucho que había querido a su propio abuelo, habría entendido lo equivocada que estaba. Scott Westmoreland había sido muy importante para todos sus nietos, les había hecho creer que podían hacer realidad todos sus sueños, fuesen cuales fuesen. Como el abuelo de Chardonnay, había sido un maestro, no del vino, sino de la comida. Su fama como cocinero y su restaurante eran legendarios. Y Spencer lo había querido tanto como Chardonnay quería a su abuelo.

Se apartó de la ventana cuando oyó sonar su teléfono móvil. Suponiendo que sería Stuart, o uno de sus hermanos, contestó:

—¿Sí?

—Te debo una disculpa.

Spencer sintió un cosquilleo en el estómago al oír la voz de Chardonnay. Era tan sexy… No obstante, el efecto que tenía en él era demasiado intenso para su estado de ánimo, y surgió el resentimiento. Por un momento, no supo qué decir, dado que no había esperado aquella disculpa.

—¿Sí? —respondió por fin.

—Sí.

—Estoy seguro de que es algo que no haces a menudo. ¿De verdad sabes cómo se hace?

Ella dudó un momento antes de contestar un tanto irritada.

—Mira, no necesito esto.

Había conseguido enfadarla. Bien.

—Ni yo tampoco, Chardonnay. No me gusta que me acusen de haber hecho algo que no he hecho.

—Ya te he dicho que lo siento. ¿Qué más quieres?

—¿Has decidido darme alguna de las cosas que quiero? —replicó él fríamente, esperando una respuesta, y suponiendo que sería tan dura como la suya.

—Eres el hombre más...

—Ten cuidado con lo que dices, Chardonnay, o tal vez tengas que

disculparte por segunda vez.

Spencer la estaba provocando, y ella lo sabía. Había despertado en él cosas que ninguna otra mujer había despertado antes, y eso no le gustaba.

—Creo que será mejor que terminemos con esta conversación —decidió bruscamente Chardonnay.

—No estoy de acuerdo. Si he ido a tu casa hace un par de horas ha sido porque quería que hablásemos. Y sigo queriéndolo.

—Tal vez en otro momento.

—No. Esta noche.

Por un momento, no dijo nada, y luego contestó:

—¿Y si me niego?

—Entonces, ya puedes despedirte del viñedo.

Spencer había dicho aquello tranquilamente, pero estaba seguro de que ella sabía que hablaba en serio.

—Algún día te arrepentirás de lo que estás haciendo.

Probablemente tuviese razón, pero siempre y cuando ese día no fuese aquél, le daba igual.

—Cenaremos a las siete, aquí, en el complejo. Me alojo en Chablis —Spencer también sabía que sus palabras habían sonado como una orden.

Sonrió al oír un ruido al otro lado del teléfono. No se había cortado la llamada. Chardonnay le había colgado.

Varias horas más tarde, Donnay murmuraba entre dientes cosas no demasiado agradables acerca de Spencer mientras bajaba las escaleras. No le apetecía nada pasar más tiempo con él. Cuanto menos viese a aquel exasperante hombre, mejor. No obstante, tenía que admitir que tenían que hablar. Aunque no le apetecía hacerlo aquella noche.

La misma limusina del día anterior estaba aparcada en el exterior. ¿Por qué se la había mandado? Spencer le había dicho que cenarían en el Chablis, un lujoso complejo turístico con vistas a las montañas Mayacamas y al valle de Napa.

Tomó su bolso de encima de la mesa y salió por la puerta. Fue hasta donde estaba el conductor y le dijo:

—Hola, soy Chardonnay Russell, y no necesitaré sus servicios, ya que iré en mi propio coche.

El rostro del hombre no cambió de expresión.

—El señor Westmoreland me ha pedido que le diese esto si se negaba a aceptar mis servicios, señora —y le tendió un sobre.

Ella frunció el ceño, lo tomó y lo abrió. Había una nota dentro que decía:

Prefiero que hagas las cosas a mi manera, Chardonnay. Por tu seguridad, comodidad y conveniencia, te he enviado el coche y espero que lo utilices. Si no lo haces, significará

que interrumpimos nuestras conversaciones. Y que dejaré de avalar el préstamo.
Spencer

Una parte de ella prefería acabar con todo, pero sabía que no podía hacerlo, sobre todo, después de haberle asegurado a su abuelo ese mismo día que iban a conservar el viñedo.

Conteniendo su irritación, miró al conductor y le sonrió levemente.

—Parece ser que, después de todo, sí voy a tener que utilizar sus servicios esta noche.

Capítulo Cinco

Su invitada había llegado.

Spencer esbozó algo parecido a una sonrisa mientras tomaba la chaqueta del respaldo del sofá y se la ponía. Se había imaginado que Chardonnay se negaría a aceptar la limusina, así que había hecho lo necesario para que no tuviese otra opción. No quería que volviese a casa conduciendo sola aquella noche.

Cuando la limusina se detuvo, el salió a la puerta de la casa de dos pisos en la que se alojaba. Desde la puerta, observó cómo el conductor daba la vuelta al impresionante vehículo negro para abrir la puerta de atrás. Las ventanas eran tintadas, así que Spencer no podía ver a Chardonnay, aunque imaginaba que no debía de estar demasiado contenta en esos momentos. Era una mujer a la que no le gustaba que le dijesen lo que tenía que hacer, sobre todo cuando era él quien se lo decía.

Continuó observando cómo el conductor le ofrecía la mano para que saliese del coche. Esa noche llevaba el pelo recogido, aunque varios mechones rizados le caían alrededor de la cara. Spencer se llevó una desilusión al ver que se había puesto pantalones, lo que significaba que no podría disfrutar de sus piernas. Una pena, porque eran increíbles, demasiado bonitas para permanecer escondidas.

Mantuvo todos los sentidos fijos en cada uno de sus movimientos y cuando ella lo miró, lo hizo frunciendo el ceño. Spencer se sintió tentado a ir hasta ella y quitarle aquella expresión de la cara con un beso. Pero se quedó donde estaba, intentando parecer indiferente, a pesar de sentir todo menos indiferencia.

Volver a verla estaba volviendo a causar estragos en él, y sintió que le costaba mantener el control. El deseo ya era un instinto mortal. Y mezclado con la obsesión, en especial cuando ésa no le permitía pensar con claridad, significaba que estaba metido en un aprieto. Lo cierto era que la deseaba. Y que quería conseguirla fuese cual fuese el precio. No obstante, no quería que ella lo supiese.

—Me alegro de ver que vienes en el coche que te envié, Chardonnay—comentó cuando ella empezó a avanzar hacia donde él estaba.

Intentó descifrar su estado de ánimo, y llegó a la conclusión de que no estaba contenta.

—¿Acaso tenía otra opción? —preguntó ella secamente deteniéndose delante de él y mirándolo a los ojos.

—No —se limitó a contestar él, antes de apartarse para dejarla entrar.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no tomarla entre sus brazos.

—Pensé que íbamos a cenar.

Chardonnay estaba de pie en medio del salón, mirando a su alrededor. Era evidente que había esperado encontrar una mesa puesta para dos, pero no la veía por ninguna parte. El se acercó hacia ella, despacio, conteniéndose para no mirarla de los pies a la cabeza. Estaba muy guapa con aquellos pantalones negros y esa camiseta azul turquesa. Aquel tono le favorecía. Dado que por las noches podía llegar a hacer frío en el valle, se había llevado también una chaqueta de tweed, que llevaba sobre los hombros.

—Y vamos a cenar —dijo él—, pero no quería que la cena se enfriase antes de que tú llegases. El servicio de habitaciones no tardará en prepararlo todo, y espero que te guste el entrante que he pedido para los dos.

—¿Y si no me gusta?

Chardonnay buscaba pelea, y él no tenía intención de defraudarla. Estaba empezando a acostumbrarse a su carácter. Además, no tardaría en calmar aquella tormenta interna que parecía estar consumiéndola por dentro. No obstante, se encogió de hombros y contestó:

—En ese caso, te sugiero que no te lo comas.

Ella apretó los labios y frunció el ceño todavía más.

—¿Siempre te las arreglas para conseguir todo lo que quieres?

—Todo lo contrario —contestó él pensando que en esos momentos lo que quería era tenerla en su cama—. Hay cosas de las que puedo prescindir —añadió.

Luego se metió las manos en los bolsillos para evitar tomarla entre sus brazos, besarla en los labios y acariciar todo su cuerpo. Sólo de pensar en hacer todo aquello se le aceleró el pulso.

Para contrarrestar el efecto, señaló con un movimiento de cabeza la ventana y comentó:

—¿Qué te parecen las vistas?

Ella siguió su mirada y una inesperada sonrisa tocó sus labios, haciendo que a Spencer se le encogiese el estómago.

—Son preciosas —contestó en un tono cautivador—. Pero para mí es mi casa, y siempre me ha parecido que el valle era el mejor lugar del mundo para vivir.

—Yo también estoy empezando a pensarlo, a pesar de que me encanta mi casa de Sausalito.

Chardonnay se volvió y lo miró con una ceja arqueada.

—¿Vives en Sausalito?

—Sí. Pareces sorprendida.

—Y lo estoy. Pensé que preferirías el ritmo trepidante de San Francisco, en vez de la paz de una ciudad pequeña.

El rió.

—Crecí en una gran ciudad: Allanta. Y siempre quise vivir en algún lugar tranquilo.

—Me sorprende que no te aburra.

—Estoy seguro de que hay muchas cosas de mí que te sorprenderían, Chardonnay.

La expresión de ella era de indiferencia, y una parte de Spencer estaba decidido a cambiarla.

—Ponte cómoda mientras pido la cena.

Ella fue hacia el sofá y se sentó. Y él notó cómo se ponía a sudar mientras observaba el suave movimiento de sus caderas y las esbeltas curvas de su cuerpo.

Decidió que tenía que hacer algo con las manos, así que tomó el teléfono.

—Soy Spencer Westmoreland. Ya pueden traernos la cena.

—¿Cuándo vamos a hablar Spencer?

Chardonnay le hizo la pregunta nada más colgar el teléfono. Él la miró a los ojos y se dio cuenta de que volvía a estar preparada para entrar en combate. La parte más masculina de su ser tuvo que controlarse para no poner en práctica su plan de seducción antes de tiempo.

—Hablaremos después de cenar —respondió.

Ella asintió a regañadientes y Spencer supo que necesitaría toda la fuerza que tuviese, porque con Chardonnay Russell, sólo el más fuerte sobrevivía.

Donnay respiró profundamente mientras intentaba apartar la mirada de Spencer. Era difícil. Lo habían llamado por teléfono y ella había agradecido el respiro. En esos momentos tenía tiempo para estudiarlo sin que él se diese cuenta. Era rico, poderoso y sonsacado, e iba vestido con un par de pantalones y una camisa blanca de diseño, y un blasier de ante. Tenía todo el aspecto de un millonario.

Además de todo eso, tenía una complexión magnifica. Era alto, fuerte y masculino. Era el macho perfecto. Sólo su presencia le hacía sentir cosas que ella habría preferido no sentir. Aquel hombre era un depredador. Era despiadado y letal, pero en aquellos momentos le parecía el hombre más atractivo que había visto en toda su vida. Sólo chasqueando con los dedos podía destruir los medios de vida de su familia. Y ella no podía permitir que eso ocurriese. Lo que quería y necesitaba saber era por qué quería casarse y tener hijos con ella. Era un hombre tan rico como guapo, así que no debía de serle difícil encontrar a una mujer que satisficiese sus necesidades. ¿Por qué tenía que ser ella?

—Acaban de darme buenas noticias —dijo él después de colgar el teléfono, interrumpiendo los pensamientos de Chardonnay.

—¿Y cuáles son esas buenas noticias?
—El hijo de Thorn y Tara ha llegado tres semanas antes de tiempo.
—¿Y está bien?
Spencer rió.
—El bebé y Tara están bien. No obstante, no sé qué tal estará Thorn. Acabo de hablar con él y creo que sigue un tanto aturdido. Ha estado presente en el parto y dice que es una experiencia increíble.
—Estoy segura de que sí.
El guardó silencio un momento, pero su expresión era pensativa. Y luego, como si acabase de tomar una decisión, atravesó la habitación y se puso justo delante de donde ella estaba.
—Eso es lo que yo quiero, Chardonnay.
Donnay lo miró a los ojos. Aquel hombre quería muchas cosas y era difícil seguirlo.
—¿Qué es exactamente lo que quieres?
El la miró fijamente un momento antes de contestar:
—Quiero estar ahí cuando mi mujer dé a luz a nuestro hijo.
Para sorpresa de Donnay, su voz era dulce. Era evidente que hablaba con sinceridad. Y la miraba con intensidad. Con demasiada intensidad. De hecho, la estaba haciendo arder por dentro. Aquello era algo que ella no había esperado. Levantó la cabeza y frunció el ceño.
—En ese caso te sugiero que se lo hagas saber a la mujer con la que quieras casarte.
—Eso estoy haciendo.
—No te equivoques —dijo ella intentando mantener la calma—. Yo no soy la mujer con la que vas a casarte.
—¿Puedes permitirte no serlo? —preguntó él tranquila y fríamente.
Chardonnay se negó a dejarse acorralar. Se puso muy recta.
—¿Serías capaz de utilizar la tierra de mi familia para obligarme a casarme contigo?
—Sí, y lo haría sin dudarlo ni un momento.
—¿Y te casarías conmigo a pesar de saber que yo te despreciaría por ello?
El asintió.
—Sí, porque me esforzaría día a día para asegurarme de que lo superases.
Ella abrió la boca para replicar cuando llamaron a la puerta. Había llegado la cena.

El aroma de Chardonnay estaba empezando a afectar a Spencer, y le estaba haciendo pensar en todo salvo en el filete que tenía en el plato. La comida era deliciosa, pero también lo era la mujer que estaba sentada enfrente de él. La deseaba con una pasión que no había

sentido nunca antes.

Durante toda su vida nunca se había dejado llevar por la pasión, los caprichos ni las obsesiones. No lo había hecho con Lynette Marie, a pesar de que le había gustado mucho. O eso había pensado por aquel entonces. Se habían conocido y habían salido juntos en la universidad, y al terminar sus estudios, habían seguido caminos distintos. Los dos habían querido dedicar todo su tiempo a sus carreras.

Ella había estudiado periodismo y pronto había conseguido un puesto en la CNN. Habían retomado su relación diez años después, al encontrarse en un viaje de negocios a Nueva York. Luego habían comenzado una relación a distancia, que les había convenido a ambos y había durado un par de años. Cuando a Spencer le había parecido el momento adecuado, le había pedido que se casase con él, y Lynette Marie había aceptado.

Unos meses después de haber anunciado su compromiso, ella se había ido a las Bermudas tres meses. Desgraciadamente, y debido a su apretada agenda, Spencer no había podido ir a verla mientras estaba allí. Una mañana, mientras se afeitaba, lo llamaron sus padres para decirle que su prometida había sufrido un accidente mortal.

Según la autopsia, estaba embarazada de seis semanas cuando murió. Spencer había sabido que el hijo no era suyo porque llevaban cuatro meses sin hacer el amor. Aquella traición le había hecho jurar que no volvería a compartir nunca más sus sentimientos con una mujer. Y así lo había hecho... hasta entonces.

Frunció el ceño por dentro, levantó la vista y miró a Chardonnay, que estaba sentada al otro lado de la mesa. Aparte de hablar brevemente de la salud de su abuelo y de otras cosas sin importancia, no habían dicho mucho durante la cena; no obstante, ella parecía estar disfrutándola.

Spencer decidió que era el momento de contarle por qué la había hecho ir allí.

—Vamos a hablar, Chardonnay. Pero ten en mente que debemos ceñirnos a las cosas realmente importantes, y que quiero que me des una respuesta en cuarenta y ocho horas.

Ella frunció el ceño.

—No puedes esperar que tome una decisión tan pronto.

—Sí, claro que sí. Y no cambiaré de opinión. Me niego a darte más tiempo para que puedas buscar alternativas que no van a gustarme. Lo único que harías sería malgastar tu tiempo y el mío. Ya te di mis dos opciones anoche. ¿Tienes alguna pregunta que hacerme al respecto?

—Sí —contestó ella, dejando su copa de vino en la mesa—. Si llegamos a un acuerdo acerca del préstamo, ¿qué límites y restricciones pondrías? ¿Y qué ocurriría si incumpliésemos un pago?

El apoyó la espalda en la silla.

—Los intereses serían más altos que los que hay actualmente en el mercado y si incumplieseis un pago, iniciaría los trámites de embargo antes de que os diese tiempo a pestañear.

Había sido brutalmente sincero y, a Chardonnay no le había gustado nada su respuesta. Spencer quería que aquella opción fuese lo menos atractiva posible.

La vio dudar un momento, jugar con el tenedor en el plato antes de levantar la cabeza.

—¿Qué esperarías de mí con ese matrimonio de conveniencia? —preguntó en tono cortante.

El sonrió.

—Esperaría lo que cualquier hombre esperaría de su esposa. Quiero dormir contigo todas las noches, hacerte el amor, dejarte embarazada, varias veces, y crear un hogar para nuestra familia.

Ella dudó otra vez antes de continuar:

—¿Y cuando dejase de ser de interés para ti?

El reflexionó, sorprendido por la pregunta.

—¿Por qué crees que llegaría un momento en el que dejarías de interesarme?

Por la expresión de Chardonnay, era evidente que aquella pregunta le confundía, así que decidió hacerle otra:

—¿Cuánto tiempo creías que quería que durase?

Ella se encogió de hombros.

—Hasta que te hubiese dado los hijos que querías.

Spencer echó la cabeza hacia atrás y rió.

—¿Y qué pensabas que iba a hacer contigo después?

—Divorciarte de mí.

Era evidente que lo decía en serio.

—Desde que yo nací, no ha habido ningún Westmoreland que se haya divorciado. Para nosotros, el matrimonio es sagrado.

Donnay frunció el ceño.

—¿Quieres decir que esperas que estemos juntos para siempre? —preguntó con incredulidad.

—Sí, hasta que la muerte nos separe. ¿Por qué no?

Era evidente que la había pillado desprevenida.

—Porque la mayor parte de los matrimonios de conveniencia duran un tiempo, normalmente, poco.

—Pues ése no sería nuestro caso, pero necesito estar seguro de que entiendes que no habría lugar para el amor en nuestro matrimonio. Yo no lo necesito, personalmente, ni tampoco lo quiero.

Hizo una pausa para asegurarse de que ella entendía lo que le estaba diciendo. Cuando continuó hablando, lo hizo en voz baja, y escogiendo sus palabras cuidadosamente.

—Si accedes a casarte conmigo, estarías aceptando un matrimonio

sin amor. Sería, básicamente, un negocio. Yo te trataría con respeto y te ofrecería todo lo que se le ofrece a una esposa.

—Salvo amor—comentó ella.

—Sí, todo menos amor.

—Y si me caso contigo, ¿qué me garantizará que no acabarás convirtiendo el viñedo en un complejo turístico?

—La única garantía sería mi palabra. Y te la doy ahora mismo. Si accedes a casarte conmigo, Chardonnay, tú y tu familia no volveréis a tener preocupaciones económicas. Y yo me centraría en tres cosas: casarme, dejarte embarazada y conseguir que el viñedo ascienda a una escala internacional. Estoy de acuerdo contigo en que el vino Russell es excelente y pondré dinero para asegurarme de que se sepa en todo el mundo. Os ayudaré a convertir el viñedo en algo que algún día les podamos dejar a nuestros hijos.

—¿Por qué? ¿Por qué, de repente, te parece tan importante casarte y tener hijos?

—¿Por qué crees que es algo repentino?

—Porque ya lo tendrías si de verdad lo quisieras.

Spencer no podía admitir delante de ella que siempre había querido tener hijos. De hecho, ése era el principal motivo por el que le había pedido a Lynette Marie que se casase con él. Pero después de su muerte había borrado la familia de su agenda... hasta el momento en que había visto a Chardonnay. Incluso en ese instante, la idea de estar con ella en la cama, intentando dejarla embarazada, le excitaba.

—Cumpliré treinta y siete años dentro de menos de seis meses y durante los últimos años he conseguido acumular una gran riqueza. Deseo poder dejársela a mis hijos y necesito una esposa para ello.

—No, no te hace falta. Los hombres dejáis embarazadas a las mujeres sin casaros con ellas a menudo.

Spencer se preguntó si no estaría refiriéndose a su propio padre, ya que no sabía nada de él.

—Esa es otra norma de los Westmoreland —dijo convencido—. Somos responsables de nuestros actos, sean cuales sean. Sólo pretendo tener hijos con la mujer que sea mi esposa.

El corazón empezó a latirle a toda velocidad al ver que Chardonnay apartaba su plato, como queriendo decir que se había terminado oficialmente la cena. El se levantó y llamó al servicio de habitaciones para que les retirasen los platos y les llevasen otra botella de vino. Después, la miró fijamente y le dijo:

—Ahora soy yo el que quiere hacerte una pregunta. Sé que estuviste saliendo con un profesor de la universidad hace unos años. ¿Sales con alguien ahora?

Ella se ruborizó, tampoco había esperado aquello.

—Que no te moleste la pregunta, Chardonnay. Como te he dicho

antes, siempre averiguo todo lo posible acerca de mis socios, y en eso nos convertiríamos si nos casamos. En socios. No habría secretos entre nosotros.

—¿Qué más da eso? De todos modos, parece ser que yo ya no tengo secretos para ti.

—No, es probable que no los tengas —admitió él—, pero no has contestado a mi pregunta de si sales con alguien ahora mismo.

Ella lo miró fijamente.

—Pareces saberlo todo de mí. ¿Tú qué crees?

El fue hacia el otro lado de la mesa y se colocó enfrente de ella.

—Lo que yo crea no importa, Chardonnay. Lo que importa es lo que quiero saber, lo que tú me digas, lo que quiero oír de tus labios. Y si alguna vez me entero de que me has engañado, seré el primer Westmoreland que se haya divorciado en los últimos cincuenta años.

Llamaron a la puerta, era de nuevo el servicio de habitaciones. Spencer fue a abrir. Unos minutos más tarde, cuando los empleados del hotel hubieron quitado la mesa y se hubieron marchado, volvieron a quedarse solos y él esperó a que Chardonnay le contestase a la pregunta que le había hecho.

—No, no salgo con nadie.

El dio un paso atrás, satisfecho. Sonrió.

—Me alegro, sobre todo, teniendo en cuenta lo que voy a hacer —dijo quitándose la chaqueta.

—¿Y qué es lo que vasa hacer? —quiso saber ella.

—Demostrarte que estás equivocada y que sí soy tu tipo

Capítulo Seis

Donnay se puso de pie inmediatamente.

—¡No vas a hacer tal cosa!

Miró a Spencer, preguntándose si se había vuelto loco... y, al mismo tiempo, preguntándose si ella también se había vuelto loca, ya que no podía evitar arder de deseo por él. Apretó los dientes, se negó a dejarse llevar por lo que estaba sintiendo e intentó que su sentido común retomase el control.

—¿Por qué no ibas a darme la oportunidad de demostrarte que soy tu tipo? —Preguntó él quitándose los gemelos—. No obstante, si prefieres admitir directamente que estás equivocada...

—¡No estoy equivocada!

—Entonces, demuéstramelo —la retó—. O déjame que yo te demuestre lo contrario.

Ella no cedió terreno, aunque había empezado a temblar. ¿De miedo... o de deseo?

—No pretendo permitir que me demuestres nada, Spencer.

—Eso significa que, o no estás segura de lo que piensas, o te preocupa que yo sea capaz de hacerte cambiar de opinión.

Lo último era cierto y, al reconocérselo a sí misma, Donnay sintió que un escalofrío que recorría la columna vertebral. El beso de la noche anterior le había hecho sentir cosas que no había esperado. Y otro beso podría tener todavía peores consecuencias que el anterior, y ella no tenía la intención de jugar con fuego. Sólo de verlo allí de pie, mirándola con aquellos intensos ojos oscuros, ardía por dentro. De pronto, le pareció que hacía mucho calor en la habitación y se preguntó si no tendría fiebre.

—¿Quieres saber lo que pienso? ¿Lo que opino realmente? —preguntó el con voz ronca y profunda, haciéndola estremecerse.

Ella lo miró a los ojos. Estaba de pie en medio de la habitación, con las piernas separadas de un modo muy sexy y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, mirándola con una intensidad que la hacía sentir débil.

—No, no me importa lo más mínimo lo que pienses ni lo que opines, pero estoy segura de que, aun así, vas a decírmelo —respondió ella en tono cortante, tan enfadada consigo misma como con él.

¿Por qué tenía que ser él el hombre que le hiciese sentir semejantes cosas?

—Pienso que eres una mujer muy apasionada.

¿Apasionada? ¿Ella? Debía de estar de broma. Si su opinión se basaba en lo que había ocurrido la noche anterior, estaba equivocado. A pesar de que Robert nunca se había quejado, la verdad era que

nunca había sido una aficionada al sexo. Le gustaba, pero no era algo sin lo que no pudiese vivir. En su opinión, era un proceso dirigido a hacer sudar los cuerpos y a que trabajasen los músculos. Nada más y nada menos. Pero lo que no podía explicar era lo que le estaba ocurriendo en esos momentos. No creía que lo que estaba sintiendo tuviese nada que ver con la pasión. Era más bien deseo.

—Creo que me estás confundiendo con otra —decidió decir—. O eso, o has bebido demasiado vino y estás aturdido.

El no respondió, y se limitó a agacharse para quitarse los zapatos y los calcetines.

—¿Puede saberse que estás haciendo? —inquirió Donnay.

—Ya te lo he dicho, voy a demostrarte que soy tu tipo.

Ella puso los brazos en jarras.

—Es evidente que no me has escuchado cuando te he dicho que no lo eres, y no creo que seas de ésos que obligan a hacer a una chica nada en contra de su voluntad.

—No lo soy, pero si una mujer me lo ruega...

—¿Rogarte? Lo único que te ruego es que me dejes tranquila. ¿Acaso te parece que soy de las que van por ahí rogando a los hombres?

—Todavía no.

Spencer empezó a avanzar muy despacio hacia ella, como un cazador que acechase a su presa. Pero ella se negó a retroceder. El quería demostrarle que estaba equivocada y ella pretendía hacerle ver que no. Era un chulo, un hombre despiadado, dominante... tenía todo aquello que nunca le había gustado en un hombre. Así que no era su tipo. Los hombres como él le repugnaban.

Habitualmente.

¿Por qué no le repugnaba Spencer? ¿Por qué se sentía acalorada, húmeda y sorprendentemente cargada? ¿Y por qué estaba recordando el beso que habían compartido el día anterior? Un beso que le había hecho desear estar más cerca de él, sentir todo su cuerpo contra el de ella. Un beso que la había llevado a colocarse encima de él, en su regazo, mientras él la besaba de un modo en que ningún otro hombre la había besado antes.

Spencer se detuvo delante de ella y se quedó allí, casi cuerpo a cuerpo, cara a cara.

—Estás acordándote de anoche, ¿verdad? —le preguntó respirando casi contra su boca.

—No, no me estoy acordando de anoche.

—¿Y si me dejas entonces que te refresque la memoria?

Y nada más preguntarle aquello le acarició cuidadosamente la mejilla.

Ella intentó tragarse el nudo que se le había hecho en la garganta y

a causa del cual casi se le había escapado un gemido. Estaba empezando a olvidarse de todo, en especial de lo poco que le gustaba Spencer. En su lugar, lo miraba a los ojos, fascinada, y sentía algo muy intenso en el estómago.

—¿Sabes que no me importaría estar todo el día probándote?

Chardonnay se humedeció los labios con nerviosismo mientras pensaba que Robert nunca le había dicho nada parecido. Y cuando Spencer bajó la mano para acariciarla debajo de la oreja derecha, dejó de pensar. Tragó saliva y se obligó a hablar, aunque la voz que le salió no parecía la suya.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

Él rió.

—Cariño, si te soy sincero, preferiría que no hablásemos de nada en absoluto.

Donnay supo lo que ocurriría después e intentó tomar aire para prepararse, pero nada podría haber preparado a ninguna mujer para recibir los labios de Spencer, que capturaron los suyos al mismo tiempo que su dulce y deliciosa lengua bailaba entre ellos.

En vez de resistirse, ella se dejó llevar. Pensó que sabía a menta, pero que olía a hombre. Una parte de ella sintió la necesidad de saborear ambas cosas. Su mente no estaba preparada para aquello, aunque, al parecer, su cuerpo sí lo estaba. Cuando Spencer la abrazó y apretó su cuerpo contra el de él, Chardonnay se dio cuenta de que tenía el abdomen duro y musculoso, al igual que otra parte que se encontraba más abajo de su cuerpo, y eso le hizo sentir todavía más calor.

Alguna parte de su cerebro registró que las manos de él ya no estaban en su cintura, y que habían empezado a explorar todas las partes de su cuerpo que estaban a su alcance. Pero ella estaba demasiado preocupada para pensar en lo que estaban haciendo las manos de Spencer. Demasiado ocupada sumergiéndose en el cálido aroma de su colonia, en el modo en que sus lenguas se entrelazaban.

De repente, volvió a ser consciente de sus manos al darse cuenta de que le había bajado la cremallera de los pantalones y había metido la mano por la cinturilla para acariciar su piel desnuda. Esa piel crepitó bajo sus manos; toda ella se estremeció. Eran unas manos hechas para darte placer a una mujer. Eran masculinas, pero suaves al tacto.

Una parte de ella no podía creer que aquello estuviese ocurriendo, ni que estuviese permitiendo que ocurriese. Era como si hubiese perdido toda fuerza de voluntad y le hubiese dado a Spencer la libertad de hacerse con su boca, de acariciarla sin sentido, de tocarla de un modo que hacía que tuviese calor por todo el cuerpo. Nunca le habían dado un beso tan íntimo, tan placentero, que le hubiese hecho sentir aquel cosquilleo de los pies a la cabeza. Estaba sin aliento, le

temblaban las rodillas. Estaba consumida por el deseo.

Entonces se dio cuenta de que Spencer le había bajado los pantalones hasta las rodillas y le acariciaba la parte de su trasero que no cubría el tanga que llevaba puesto.

Sintió que se caía, pero pronto comprendió que era él quien la estaba haciendo tumbarse en el sofá. Y como si tuviese su propia mente, su cuerpo se volvió flexible, receptivo y dócil bajo sus manos. Cuando sintió los suaves cojines en la espalda, Donnay abrió los ojos y miró en los de él al mismo tiempo que Spencer apartaba sus labios para meterle una mano debajo de la cabeza, colocar los cuerpos de ambos en una posición más cómoda y ponerse prácticamente encima de ella.

A Donnay el corazón empezó a latirle a toda velocidad y sintió un deseo en su interior que no podía controlar. Sus rostros estaban muy cerca y sus miradas unidas. Notó cómo a él le cambiaba el ritmo de la respiración al mismo tiempo que a ella.

Muy despacio, Spencer se echó hacia delante, susurró su nombre antes de volver a besar sus labios, mordisquearlos, lamérselos y torturarla sensualmente con la lengua y los dientes. Aquello despertó en Donnay una violenta reacción y volvió a cerrar los ojos por miedo a perder la cordura.

Luego, volvió a besarla, todavía con más intensidad, haciendo que se le escapase un gemido de los labios. Donnay le devolvió el beso, como había hecho antes, necesitaba saborearlo, estar todavía más cerca de él. Era probable que se arrepintiese de aquello después, pero en esos momentos sabía lo que quería y lo que necesitaba.

Aturdida por el deseo, le devolvió el beso con una pasión y un ansia que no había conocido hasta entonces. En sus brazos se volvió descarada, libertina. Spencer había sido el único hombre capaz de robarle su sentido común y reemplazarlo por algo tan adictivo que no la dejaba pensar con claridad.

Sintió que el aire frío le daba en la piel y se dio cuenta de que le había quitado la camisa, y antes de que pudiese quejarse, él le estaba desabrochando el sujetador con los dientes. Cuando sus pechos quedaron en libertad, Spencer estaba allí para recibirlos con la boca, para darles placer con la lengua de un modo de lo más erótico.

Entonces sintió cómo le metía la mano debajo del tanga y la acariciaba, haciendo que se humedeciese todavía más. Donnay gimió su nombre, aunque había intentado no hacerlo.

Las caricias de sus manos y su boca la hicieron sentir como si estuviese flotando. Con Robert no había compartido nunca tanta pasión. Aquellos juegos previos eran los mejores que había tenido nunca y la estaban dejando sin sentido. Cerró los ojos, se dijo que se había equivocado. Spencer era su tipo, y en más de un aspecto. Estaba

compartiendo con ella una pasión que ni siquiera ella misma sabía que poseía. Una pasión prohibida, escondida, Y le estaba demostrando no sólo que existía, sino que él estaba allí para recibirla.

Spencer pasó al otro pecho mientras seguía acariciándola entre las piernas. Ella abrió los ojos, deseando recobrar el control, pero se sintió como si se estuviese ahogando en unas olas deliciosas que la arrollaban, la poseían, la obligaban a reconocer el poder que aquel hombre tenía sobre ella.

El dejó por fin su pecho para volver a besarla en los labios.

De pronto, se apartó y apoyó su frente contra la de ella, respirando profundamente. Donnay tenía la sensación de que, igual que ella, él también estaba intentando tranquilizar su pulso, lo que no era fácil. Unos momentos después, la miró, y ella sintió que se hundía todavía más en la intensidad de su mirada.

—Dime —susurró él—. Dime que estabas equivocada y que sí soy tu tipo, tu media naranja en todos los aspectos.

Después de cómo la había hecho sentir, Donnay le habría dicho todo lo que él quisiese oír, pero, por otra parte, sabía que si lo hacía él siempre pensaría que podía hacer con ella lo que quisiera Con la fuerza de voluntad que la había abandonado un rato antes, se negó a ceder, sacudió la cabeza obstinadamente y dijo con voz firme:

—Lo que acabo de sentir no significa nada. Todavía sigo pensando que no eres mi tipo, y que estás muy lejos de ser mi media naranja.

—¿Que no significa nada? —él la miró con el ceño fruncido, pero unos segundos más tarde, se puso a sonreír—. Entonces tendré que esforzarme por hacerte cambiar de opinión, Chardonnay. Espero que estés preparada, porque me encantan los retos.

—Inténtalo.

—Por supuesto que voy a intentarlo.

Spencer le abrió la puerta de atrás de la limusina y antes de que arrancase el coche, se dirigió a Donnay:

—No te olvides de que tienes cuarenta y ocho horas para darme una respuesta, Chardonnay.

Aquellas palabras la hicieron girarse hacia él. Y deseó no haberlo hecho. Estaban separados del conductor por un grueso cristal tintado. Podían verlo, pero él no podía verlos a ellos. Spencer estaba cómodamente sentado y a ella le pareció que la postura era muy sexy y, para empeorar todavía más las cosas, la miraba fijamente.

Sintió tensión y deseo y tuvo que respirar profundamente para controlarlos. En ese momento, Donnay supo que no debía tener nada con él y, mucho menos, casarse. Encontraría otro modo para sacar a su familia del lío en el que estaba metida. Lo último que quería era estar bajo el control de Spencer, porque, lo admitiese o no, él le había

demostrado esa noche que era mucho más que su tipo. Le había demostrado lo fácil que era perder el control y ceder en un momento de debilidad.

—Necesito más de cuarenta y ocho horas.

—Lo siento mucho, pero es todo el tiempo que voy a darte. Tienes que admitir que los planes que tengo para mejorar y ampliar el viñedo son bastante buenos.

—Eso no es lo único que me preocupa —dijo ella dejando de mirarlo y volviendo la cabeza hacia la ventanilla.

—Pues debería serlo. Quieras admitirlo o no, ya te he demostrado que somos compatibles.

Ella se volvió a mirarlo.

—No me has demostrado nada. No ha sido más que un beso y unas caricias que se nos han ido de las manos.

El abrió la boca para volver a hablar, se detuvo y rió antes de decir:

—Piensa lo que quieras. Estoy seguro de que las decisiones que tienes que tomar son bastante difíciles para ti, y es evidente que tu familia depende de que hagas lo más adecuado. Pero piensa una cosa, Chardonnay, ¿estarías peor conmigo… o sin mí?

La conversación entre ambos había terminado unos minutos antes y Spencer supuso que Chardonnay se había enfurruñado por lo que le había dicho. No obstante, debería haber sabido que las mujeres duras y cabezotas, como ella, no se enfurruñaban. Chardonnay se había quedado dormida.

Spencer podía tomarse aquello de dos maneras. O se había aburrido de él, o se había cansado mucho un rato antes. Y pretendía hacerle creer que lo que había pasado entre ambos había sido sólo un beso y unas caricias.

Se echó hacia atrás mientras continuaba observándola, pensando que era toda una bella durmiente. Se le hizo un nudo en el estómago al recordar lo que había pasado entre ellos esa noche. Se sintió invadido por una serie de emociones que no le eran familiares. Quería pasar más momentos como aquél con ella, y quería tener la oportunidad de ir más allá. Quería tenerla en su cama.

Sintió un escalofrío. Nunca le había gustado tanto una mujer. Todo aquello era nuevo para él. Nuevo e inquietante.

Suspiró y continuó mirándola, intentando recordar la última vez que había hecho algo así. No creía haberlo hecho con Lynette Marie. Y si lo había hecho, no había sido con tanta intensidad y concentración como en aquellos momentos. Ni con tanto anhelo. Chardonnay despertaba en él un deseo y una necesidad tan fuerte que Spencer sintió la tentación de tomarla entre sus brazos y despertarla con

caricias. ¿Por qué no hacerlo?

Se acercó más a ella y le acarició la cara con cuidado.

—Chardonnay, ya hemos llegado a tu casa.

Vio cómo ella abría los ojos muy despacio y lo miraba, estaban muy cerca.

—Deja que te dé un beso de buenas noches antes de que salgas del coche —le pidió con voz ronca.

Ella siguió mirándolo y, por un momento, Spencer se dijo que iba a contestarle que se metiese el beso donde le cupiese. Pero, en su lugar, se dio cuenta de que se le aceleraba la respiración y se le dilataban las pupilas.

Y cuando acercó sus labios a los de él, Spencer sintió la caricia de su aliento. El decidió en ese momento que sería un beso lento y natural, pero que tendría un fervor que no estaba acostumbrado a compartir. Decidió que necesitaba abrazarla, así que la levantó un poco y la colocó en su regazo al mismo tiempo que le pasaba un dedo por el pelo.

Cuando sus bocas se tocaron, conectaron, Spencer sintió una oleada de calor por todo el cuerpo. La apretó más contra él. Chardonnay tenía un sabor único, rico, embriagador, que lo hacía agonizar. Intentó recuperar su sentido común, pero perdió toda esperanza cuando su lengua se entrelazó con la de él.

Le levantó las caderas para acariciarle el trasero y gimió de placer. La próxima vez que estuviese con ella, quería que llevase un vestido. Le resultaría más sencillo desnudarla, ya que pretendía desnudarla y acariciar todo su cuerpo. Quería hacerle el amor a todas las partes de su cuerpo.

Era sólo en aquellos momentos, cuando compartían una satisfacción mutua, cuando estaban de acuerdo con los deseos y necesidades del otro. Lo quisiera aceptar o no, Chardonnay se estaba entregando a él, como ya lo había hecho un rato antes. Sus actos hablaban más alto que cualquier cosa que pudiese decirle, así que tal vez accediese a convertirse en su esposa. En cualquier caso, Spencer no aceptaría un «no» por respuesta. Quería volver a ver ese fuego en sus ojos, a oír su respiración entrecortada, que significaba que ardía de deseo tanto como él. Quería hacer que se humedeciese con sus caricias y compartir con ella todo tipo de intimidades. Quería hacerla llegar al clímax mientras él estaba en su interior.

Estaba tan absorto en el beso que no se dio cuenta de que el coche se había detenido hasta que el conductor dio un golpe en el capó. Spencer rompió el beso a regañadientes y se echó hacia atrás para mirarla. Chardonnay no podía decirle nada. No podía rechazarlo, ni acusarlo, ni decirle que había jugado sucio. Esa vez, no.

Ella había deseado aquel beso y lo había disfrutado tanto como él,

y ambos lo sabían. Además, durante las siguientes cuarenta y ocho horas, los dos tendrían muchas cosas en las que pensar. Spencer necesitaba entender por qué había sentido cosas hasta entonces desconocidas para él.

—Cuarenta y ocho horas —le susurró dulcemente contra los labios.

En vez de replicar, tal y como él habría esperado, Chardonnay asintió, se apartó de él y se estiró la ropa. Suspiró profundamente antes de mirarlo de nuevo.

—¿Estás seguro de que quieres que sea tu esposa? Creo que no sabes lo que me estás pidiendo.

El pensó en todas las satisfacciones que habían compartido en el complejo y en la limusina y pensó en todas las satisfacciones que podría darle en un futuro.

—Sí, quiero que seas mi esposa, y sé perfectamente lo que te estoy pidiendo.

Capítulo Siete

Cuarenta y ocho horas.

A Donnay ya sólo le quedaban diez y todavía no había tomado una decisión.

Suspiró mientras salía de la ducha y agarraba una toalla para secarse el cuerpo. Volvió a pensar en el apuro en el que se encontraba su familia y, a pesar de no querer admitirlo, se dijo que casarse con Spencer era la única solución, sobre todo, después de haber hablado con el médico de su abuelo el día anterior. Estaba mejor, pero antes o después necesitaría una operación que no cubría el seguro médico. Eso significaba que aunque se decidiese por el préstamo, correrían el riesgo de no poder asumir los pagos.

Entonces pensó, mientras terminaba de vestirse, en las ventajas e inconvenientes de casarse con Spencer. Tendría que soportar un matrimonio sin amor, que era lo único que le molestaba. Tendría que pasar el resto de su vida con un hombre que no la quería y que nunca lo haría. Dada la actitud que Spencer tenía en lo referente al amor, se preguntó quién le habría roto el corazón.

Por otro lado, si accedía a casarse con él acabaría con los problemas económicos de su familia. Y conseguiría mejorar la situación del viñedo. Si quería situarlo en el mercado internacional, tendrían que hacer cambios, y esos cambios sólo serían posibles con el dinero de Spencer.

Suspiró profundamente. Se sentía como un chivo expiatorio. Si les contaba a su madre y abuelos la propuesta de Spencer, se escandalizarían. Pero si les contaba alegremente que se había enamorado de él e iban a casarse, sospecharían de ella, ya que les había dejado claro que lo detestaba

Afortunadamente, no había vuelto a tener noticias suyas desde la noche que la había acompañado a casa en la limusina. Lo último que necesitaba era que la confundiese todavía más. Había estado a punto de tener su primer orgasmo de verdad entre sus manos y sólo de pensar en ello volvía a sentir toda una oleada de sensaciones. Lo que no le faltaría a su matrimonio sería pasión. Spencer tenía más en su boca y manos que muchos hombres en todo el cuerpo. Quería tener hijos y seguramente la dejaría embarazada el primer año que estuviesen juntos. Pero ella también había querido siempre tener hijos, y un marido que la quisiera. Tener al menos una de las dos cosas no sería tan malo, al fin y al cabo.

Volvió a pensar en la pasión. Spencer le había hecho sentir cosas que ningún otro hombre había despertado en ella hasta entonces. No entendía qué le pasaba cuando estaba con él. ¿Por qué le era tan fácil conseguir que hiciese cosas que, en realidad, no quería hacer? ¿Y por qué le excitaba la idea de estar casada con él?

Lo que sí sabía era que se estaba ganando el cariño de su familia poco a poco. Según su abuela y su madre, había ido al hospital a ver a su abuelo el día anterior, y a los tres les parecía que había sido un gesto muy amable por su parte.

Donnay se volvió al oír que llamaban a la puerta.

—¿Sí?

—Ha llegado algo para usted, señorita Russell.

Se sintió aliviada al oír la voz de Janice, el ama de llaves, y no la de su madre o abuela, que, sin duda, tendrían preguntas que hacerle acerca del préstamo. Hacía tres días que les había dicho que se lo habían aprobado, y no había hecho nada al respecto. Para ellas, el préstamo era el único modo de salvar el viñedo.

—Entra, Janice.

El ama de llaves entró con un jarrón de rosas rojas casi tan grande como ella, que era más bien pequeña. Llevaba años, junto a su familia, trabajando para ellos.

—¡Qué...! —exclamó Donnay yendo hacia la puerta para ayudar a Janice.

La mujer sonrió.

—Acaban de llegar. ¿No le parecen preciosas?

Donnay sonrió. Sí, lo eran, y no le costaba adivinar quién las había enviado.

—Sí, son bonitas —dijo tomando la tarjeta y haciendo sitio para el jarrón en la mesa que había frente a la ventana.

—Bueno, tengo que bajar a preparar los desayunos de la señora Ruth y la señora Catherine.

En cuanto la puerta se hubo cerrado detrás de Janice, Donnay leyó la tarjeta, que sólo decía:

Pienso en ti. Spencer

Donnay puso tos ojos en blanco. En realidad, quería recordarle con aquello que estaba esperando que le diese una respuesta. Pero mientras miraba las rosas, se dijo que era una manera muy bonita de recordárselo.

Pensó en las palabras que Spencer le había dicho dos noches antes y tuvo que admitir que tenía razón. Tenía que decidir si estaría mejor con él o sin él.

Spencer se sacó la BlackBerry de la chaqueta para comprobar los resultados de la Bolsa después de darse cuenta de que Daniel Russell

se había quedado dormido. Todavía recordaba haber estado sentado en el hospital, al lado de la cama de su abuelo, unos años antes.

Scott Westmoreland había muerto de un cáncer de pulmón. Su pérdida había sido muy dura porque había sido el pilar de la familia. Todos sus nietos, y la que por entonces era su única nieta, Delaney habían aprendido de él algo que los ayudaría a enfrentarse a todos los retos y dificultades de la vida.

Volvió a guardarse el aparato en la chaqueta y miró de nuevo al abuelo de Chardonnay. El día anterior había hablado con él y Daniel le había preguntado si podía volver al día siguiente a afeitarlo. Y eso había hecho. También el día anterior, el anciano había estado mucho más hablador. Había compartido con él todos sus sueños y esperanzas acerca del viñedo y le había dicho que sentía no habérselo vendido, pero que el terreno tenía que seguir en la familia Russell. De acuerdo con sus palabras, Chardonnay todavía no le había contado su propuesta a su familia. No sabía si aquello era buena o mala señal, pero una parte de él confiaba en que todo acabaría saliendo bien y se casaría con él.

De repente, se dio cuenta de que había alguien observándolo. Levantó la vista y se le hizo un nudo en el estómago al descubrir que era Chardonnay. Le dio la sensación de que no podía respirar. Ella estaba en la puerta, mirándolo. No lo estaba fulminando con la mirada. Sólo lo observaba. Spencer estaba seguro de que se estaba preguntando qué hacía allí, y antes de que le diese tiempo a preguntárselo, se puso de pie y le hizo un gesto para que lo siguiese al pasillo para que pudiesen hablar en privado, sin molestar a su abuelo.

—He pasado esta mañana a afeitarlo —dijo Spencer en cuanto hubieron salido al pasillo.

Ella asintió.

—Lo sé. Mi madre me contó que el abuelo te lo había pedido ayer. Podíamos haberlo hecho cualquiera de nosotras, pero supongo que es una cosa de hombres —luego sonrió tímidamente—. O, tal vez, que la última vez que lo afeitamos le hicimos unos cuantos cortes.

—Qué daño.

Su respuesta la hizo reír y Spencer se relajó... y se fijó en cómo iba vestida. Llevaba unos vaqueros y un jersey fino de color azul claro. Las dos cosas le sentaban bien y el jersey resaltaba el color de sus ojos.

—Gracias por las flores. Son preciosas —comentó Chardonnay.

—De nada.

Luego hubo un momento de silencio.

—Tenemos que hablar, Spencer —anunció ella por fin— He tomado mi decisión, pero no quiero hablar de ello aquí.

—De acuerdo. Cenemos juntos esta noche —propuso él.

—Está bien, pero prefiero que no lo hagamos en tu casa.

El iba a decirle que no estaba en posición de exigir nada, pero se lo pensó mejor. En la cena de aquella noche hablarían acerca de las decisiones de Chardonnay, y él quería hacerlo, fuese donde fuese.

—Prefiero que nos veamos en algún sitio, pero no te molestes en mandarme un coche, porque no lo aceptaré.

—De acuerdo, no te enviaré el coche. Pasaré a recogerte yo mismo. A las cinco.

Ella había apretado la mandíbula al oír aquello. Miró hacia el suelo, probablemente intentando controlar su ira. No le gustaba que le diese órdenes.

—¿Te parece bien a las cinco, Chardonnay? —insistió él, para asegurarse de que estaban de acuerdo.

Ella levantó la mirada, que era de piedra.

—¿Acaso tengo elección?

—No.

—Tengo que pedirte algo —dijo Chardonnay.

Por la manera en que lo miraba, Spencer supo que no iba a gustarle.

—¿El qué?

—Que me prometas que mantendrás tus manos y tus labios a raya esta noche.

El no pudo evitar sonreír.

—¿Significa eso que no podré besarte... ni acariciarte?

—Sí, eso es exactamente lo que significa.

Spencer se encogió de hombros.

—En ese caso, no puedo prometerte nada, porque tengo planeado besarte, Chardonnay. Me gusta besarte, y siempre y cuando tú me devuelvas los besos y me demuestres que te gustan tanto como a mí, no veo por qué iba a tener que dejar de hacerlo. Y tengo que recordarte que fuiste tú la que empezaste el último beso de ayer. Tal vez mi boca estuviese en el lugar oportuno, en el momento oportuno, pero fuiste tú quien dio el primer paso.

Odiaba recordarle aquello, pero tenía que hacerlo. Chardonnay tenía que saber que él era consciente de que le gustaban sus besos.

—Pero no volveré a acariciarte como el otro día si tú no me das motivos para pensar que quieres que lo haga, ya conseguí con ello lo que quería.

—¿El qué? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Reivindicar lo que es mío —antes de que a ella le diese tiempo a hacer ningún comentario al respecto, añadió—: Dile a tu abuelo que volveré mañana.

—¿Por qué? —le preguntó Chardonnay cuando ya se había dado la vuelta para marcharse.

—Sobre todo, porque me cae bien. Me recuerda mucho a mi

abuelo, al que estaba muy unido. Todos sus nietos lo estábamos. Dejó un gran vacío en nuestras vidas cuando murió. Era un buen hombre, y tú abuelo también lo es.

Sin decir nada más, se fue hacia los ascensores.

***

—¿Se despertó tu abuelo y preguntó por mi?

Donnay, que estaba mirando por la ventanilla, se volvió hacia Spencer, que había detenido el coche en un semáforo. Había ido a recogerla exactamente a las cinco. Y ella había estado lista.

—Sí, y pareció alegrarle oír que volverías mañana —contestó, aunque no le gustaba, tenía que ser sincera con él. Era evidente que a su abuelo le gustaba Spencer. Y a su madre y a su abuela también—. No me has dicho adónde vamos.

—A San Francisco. Hay un restaurante muy agradable al que quiero llevarte. Creo que te gustará.

De eso estaba segura, Spencer Westmoreland nunca hacía nada a medias.

—Háblame de esa operación que quieren hacerle a tu abuelo —dijo él poco después.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo han contado tu madre y tu abuela. Parecían preocupadas porque no la cubriese el seguro.

Chardonnay deseó que no le hubiesen contado aquello a Spencer. Pero lo habían hecho sin saber que podría utilizarlo para su provecho.

—Lo más probable es que no esté cubierta, ya que es una operación que todavía está en fase experimental.

—Y si no está cubierta, ¿qué harás?

Ella suspiró profundamente.

—Si la compañía de seguros se niega a pagarla, tendremos que pagarla de nuestro bolsillo. De todos modos, si el abuelo necesita la operación, la tendrá.

Supo que Spencer estaría grabando todo aquello en su mente e imaginando que sólo tenía una salida. La salida que él quería que tomase. Debía de haberse puesto muy contento al saber que su familia estaba entre la espada y la pared.

—Tienes razón —comentó él—. Si la necesita, tienen que hacérsela. Yo asumiré los gastos, sea cual sea tu decisión.

Donnay giró la cabeza, pensando que no había podido oír bien. Habían llegado a otro semáforo y él la estaba mirando.

—¿Y por qué ibas a hacer algo así? —preguntó sorprendida.

—¿Me creerías si te digo que porque soy un buen tipo?

—No. Creo que puedes llegar a serlo, pero que normalmente no lo

eres.

Spencer rió.

—Mi familia no estaría de acuerdo contigo. Soy un buen hombre en mi vida personal, otra cosa son los negocios.

—No creo que pienses que los Russell somos una obra de caridad para ti, Spencer.

—Te agradezco que me digas eso, Chardonnay, pero lo cierto es que, en cualquier caso, tu familia necesita mi ayuda económica y yo estoy dispuesto a dársela. ¿Acaso te causa eso algún problema?

Chardonnay no podía decirle que sí. Una cosa era el orgullo y otra el sentido común.

—No, no tengo ningún problema en que nos ayudes. Gracias por ofrecerte.

—De nada. Y ahora, creo que hemos llegado a nuestro destino.

Spencer frunció el ceño mientras observaba cómo Chardonnay se terminaba el postre. Lo que le había dicho en el coche era verdad, pasase lo que pasase, pero le daba la sensación de que también se estaba portando bien con ella en sus relaciones profesionales. No le había pedido nada más sentarse a cenar que le diese su respuesta. Ni le había hablado del tema durante la cena. En su lugar, había hablado de otras cosas, de cosas que normalmente no le importaban.

En esos momentos, no podía seguir esperando, ni quería hacerlo.

—Entonces, ¿qué has decidido, Chardonnay?

Ella levantó la cabeza y lo miró con sus ojos grises. Dejó el tenedor, tomó la servilleta y se limpió los labios. De repente, la habitación pareció quedarse en silencio y Spencer se concentró en una sola cosa. En su decisión.

Ella siguió mirándolo fijamente. Era evidente que, hubiese tomado la decisión que hubiese tomado, no le había sido fácil hacerlo. Pero él le había puesto las cosas difíciles a propósito. No obstante, si su respuesta era la que deseaba escuchar, ya no volvería a tener dificultades nunca más. Se lo garantizaría... O casi. Quedaba pendiente la cuestión de la lealtad. Para Spencer era importante y quería estar seguro de tenerla.

—He decidido casarme contigo.

Aquello hizo que a Spencer se le encogiese el corazón y le latiese el pulso con más velocidad. Chardonnay bajó la cabeza y siguió comiendo. El frunció el ceño. ¿Se lo había dicho de verdad? Apretó la mandíbula al pensar que podía estar tomándole el pelo.

—¿Chardonnay?

—¿Sí?

Ella levantó la cabeza de nuevo y él la miró a los ojos. De repente, el deseo de tenerla lo superó todo. Se lo había dicho en serio. Se

casaría con él. Para bien o para mal. Aceptaba un matrimonio sin amor. El se reprendió mentalmente, no tenía que sentirse culpable. La decisión la había tomado ella.

—Tenemos que hacer planes. Quiero que la boda sea en el valle, antes de Navidad.

Chardonnay abrió los ojos de par en par.

—Eso es imposible. Faltan menos de tres semanas.

—Ya lo sé. El año pasado se casó mi primo Chase el día de Navidad. Todo el mundo tuvo que cambiar de planes para ir a la boda. Avisando con tan poca antelación, habrá muchas personas que ya tengan otros planes. Y yo prefiero que nos casemos en privado antes de Navidad, que vengan sólo nuestras familias.

—¿Por qué tienes tanta prisa?

—Me sorprende que me preguntes eso, Chardonnay.

Ella entendió la indirecta y se ruborizó.

—Supongo que no quieres que nos conozcamos mejor antes de dar el paso —comentó en voz baja.

—No, claro que no —dijo él rápidamente, quería dejar clara su postura—. Quiero tenerte, Chardonnay. Nunca te lo he ocultado. Y quiero tener hijos. Casándome contigo tendré todo lo que quiero y tú también te beneficiarás del matrimonio.

—¿Y qué le dirás a tu familia acerca de nosotros? ¿Qué se supone que debo decirte yo a la mía? —preguntó frunciendo el ceño.

—Les diremos que fue amor a primera vista. Será mentira, por supuesto, pero teniendo en cuenta...

—¿Y se supone que van a creernos? —lo interrumpió—. ¿Así, sin más?

—Sí, así, sin más. A mi madre no le costará mucho creerlo, es toda una romántica.

Luego, Spencer se irguió en su silla y dijo:

—Tengo que ir a Los Angeles un par de días para asistir a varias reuniones de negocios. Cuando vuelva, tengo planeado ir a vivir a tu casa, así que ve haciendo sitio.

—¿Qué?

—Ahora que me has dicho cuál es tu decisión, empezaremos a trabajar en el viñedo en cuanto vuelva y, para ello, necesito estar allí. Si no hay sitio para mí en la casa principal, me instalaré en una de las casas de invitados. Y me quedaré allí hasta que nos casemos.

A juzgar por la expresión de Chardonnay, estaba claro que pensaba que las cosas estaban yendo demasiado deprisa, pero Spencer no tenía intención de echar el freno.

Donnay estaba delante de la puerta de la habitación de su madre, intentando controlar sus nervios. Casi no había hablado con Spencer

en el camino de vuelta a casa. Ambos habían preferido guardar silencio.

En esos momentos tenía que convencer a su familia de que, milagrosamente, se había enamorado de él. Tal vez sus abuelos se creyesen la historia, pero su madre se daría cuenca de que algo no encajaba. Tomó aire y llamó a la puerta.

—Adelante.

Donnay abrió la puerta, entró en la habitación y se quedó quieta. Su madre se había vestido para salir y estaba impresionante. No se acordaba de la última vez que la había visto con otra cosa que no fuese unos pantalones y una camisa. Esa noche se había puesto un vestido color tabaco que le sentaba como un guante.

—¿Vas a salir, mamá? —preguntó Donnay, a pesar de que la respuesta era obvia.

Su madre sonrió.

—Sí. ¿Qué tal estoy?

—Preciosa.

—Me alegro. He quedado a cenar con esa amiga que te dije que estaba de paso.

—En ese caso, estás demasiado guapa para haber quedado con una vieja amiga. Deberías haber quedado con un hombre.

—¿No hemos tenido antes esta conversación? —rió Ruth.

—Sí, varias veces —admitió ella, apoyándose contra la puerta.

Su madre siempre le había dicho que no podría amar a otro hombre como había amado a su padre, y que estaba contenta de no necesitar a ningún otro hombre en su vida, sobre todo, a otro hombre al que no podría amar. Donnay se preguntó si le habría ocurrido lo mismo a Spencer. ¿Amaba a otra mujer y por eso no podía enamorarse de nadie más?

—Te preocupa algo, Donnay—le dijo su madre sacándola de sus pensamientos—. Ven, vamos a sentarnos a hablar

Ruth se sentó en la cama.

Donnay suspiró y atravesó la habitación para colocarse a su lado.

—Está bien, dime qué es lo que te preocupa.

Donnay no estaba segura de lo que iba a decirle. Pero decidió lanzarse.

—Mamá, se trata de Spencer Westmoreland.

—¿Qué pasa con el señor Westmoreland? ¿Sabes que hoy también ha ido a ver a tu abuelo?

—Sí, lo sé.

—Creo que a tu abuelo le gusta.

—Eso parece.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

Donnay sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—Me ha pedido que me case con él. Mamá, y quiere que hagamos una ceremonia privada aquí en el valle antes de Navidad.

Ruth parecía sorprendida.

—Estás de broma, ¿verdad, cariño?

—No, mamá. No estoy de broma. Y es la única opción.

—¿La única opción?

Donnay se pasó los siguientes veinte minutos contándoselo todo a su madre, incluyendo los detalles del préstamo y la propuesta de Spencer.

Su madre no dijo nada durante unos segundos, y luego comentó con toda tranquilidad:

—Has debido de malinterpretar al señor Westmoreland.

Donnay puso los ojos en blanco. Spencer había convencido a su madre y a sus abuelos de que era un santo.

—No, mamá, he entendido a Spencer perfectamente.

Ruth sacudió la cabeza.

—Si lo que dices es verdad, Donnay, ¿cómo puedes pensar que tus abuelos y yo querríamos que te embarcases en semejante matrimonio? Para nosotros eres más importante que el viñedo.

Instintivamente, Donnay tomó una de las manos de su madre entre las suyas.

—Lo sé, mamá, pero tengo que hacerlo.

—¿Y no será que, en parte, también quieres hacerlo?

Donnay no podía creer que su madre le hubiese preguntado eso.

—Claro que no. Sabes mejor que nadie lo que pienso de ese hombre.

—¿No te he contado nunca que a mí tu padre tampoco me gustaba al principio?

Donnay miró a su madre sorprendida.

—No, no me lo habías contado nunca. Había dado por hecho que fue amor a primera vista.

Ruth rió.

—Ni mucho menos. Lo veía como una amenaza.

—¿Una amenaza? ¿Para qué?

—Una amenaza para mi relación con mi padre. El abuelo lo había contratado y pronto habían empezado a llevarse muy bien los dos. Yo veía a Chad como al hijo que tu abuelo nunca había tenido.

Donnay pensó en lo que acababa de contarle su madre.

—¿Y sabia mi padre lo que pensabas?

—Sí. No le puse las cosas nada fáciles. O, al menos, eso intenté. Pero él consiguió ver más allá. Y entenderlo todo.

Su madre guardó silencio y Donnay supo que estaba acordándose de aquella época. Tenía que ser muy duro para ella. Donnay deseó poder convencerla de dejar el valle e ir en busca del hombre al que

amaba y al que había permitido salir de su vida. Había habido veces, mientras estaba en la universidad, que había pensado en intentar localizar a Chad Timberlain y conocer a un padre que ni siquiera sabía que ella existía. Pero nunca lo había hecho.

Lo único que sabía, que era lo que sospechaba su madre, era que debía de estar casado y tener hijos. Unos hijos que eran sus hermanastros. Ella nunca había tenido el valor de buscarlo porque no quería ser quien descubriese que su madre tenía razón y que el hombre al que amaba la había dejado para tener otra vida con otra mujer y otros hijos.

—Mamá, te agradezco que me lo hayas contado, pero la situación entre Spencer y yo es completamente diferente. Agradezco mucho lo que hizo por el abuelo, pero no es el hombre que la abuela y tú pensáis que es.

Su madre le tocó el brazo.

—Ya mí me parece que tampoco es el hombre que tú crees que es, Donnay.

Capítulo Ocho

Spencer sintió un vivo deseo mientras rodeaba la esquina del edificio en el que le habían dicho que encontraría a Chardonnay haciendo una cata de vino. Hacía casi una semana que no la había visto y le sorprendía lo mucho que la había echado de menos, tanto que, en cuanto su avión había aterrizado en San Francisco, se había ido derecho al viñedo.

Siguió el sonido de unas voces y entró en una sala llena de gente. Chardonnay tenía que probar el primer vino de la temporada que iba a embotellarse. Si el vino pasaba su inspección, luego se dejaría envejecer.

Sintió deseo nada más verla. Estaba subida a una plataforma, enfrente de las demás personas: una Russell iba a dictar su veredicto acerca de uno de sus vinos. Tenía delante una mesa con cuatro copas de vino. El sol entraba por las enormes ventanas y hacía que le brillase el pelo. Spencer se emocionó al verla. Era la mujer más guapa que había conocido nunca, la mujer que iba a convertirse en su esposa y en la madre de sus hijos. No había dejado de pensar en ella desde que se había marchado del valle, pero ningún recuerdo podía compararse con la mujer de carne y hueso.

Observó cómo hacía girar una copa varias veces en la mesa. De acuerdo con lo que él sabía acerca de la cata, hacía aquello para mezclar el vino con el aire. El movimiento haría que el compuesto aromático que había en el vino se evaporase y le diese un aroma único.

Momentos después, tomó la copa y olió su contenido. A Spencer aquello le pareció muy erótico, y despertó su imaginación. Mientras Chardonnay estaba concentrada en el olor del vino, él estaba recordando el de ella.

Spencer intentó controlarse y observó cómo ella cerraba los ojos antes de dar un sorbo. Recordó otra ocasión en la que la había visto hacer eso. La noche que había estado en su casa. La misma noche que él había decidido que, le costase lo que le costase, Chardonnay Russell sería suya.

Abrió los ojos y sonrió de un modo increíble. Spencer supo que el vino había superado la prueba. Evidentemente, tendrían que probarlo otras personas, pero todo el mundo sabía que la opinión de Chardonnay era la que más contaba. Ella asintió y pasó a la siguiente copa.

Spencer se apoyó en la pared. Desde allí la veía bien, pero dudaba que ella se hubiese dado cuenta de su presencia. De todos modos, no

tardaría en notarla en todos los aspectos de su vida.

Su viaje a Los Angeles había sido muy productivo. Se había reunido con Steve Carr, el hombre cuya empresa constructora sería la responsable de llevar a cabo la ampliación del viñedo. Las obras comenzarían pronto y Spencer estaba muy contento, también estaba deseando compartir la noticia con Chardonnay.

Cuando oyó aplausos a su alrededor, volvió a concentrarse en Chardonnay. Había probado las cuatro copas y había dado su visto bueno a todas. Al mirar a la gente que tenía delante, lo vio a él. Sus miradas se encontraron sólo un segundo, pero Spencer vio que la de ella se ensombrecía. El, por su parte, sintió una oleada de deseo.

Estaba hechizado, completamente cautivado. Y volvía a preguntarse cómo una mujer podía provocarle semejantes sensaciones.

—Has vuelto —dijo Chardonnay en un tono de voz que no indicaba si estaba contenta o decepcionada.

—Hablé ayer con tu abuelo. Me pareció que estaba bien.

Ella sonrió.

—Sí, estamos muy contentos con sus avances. Si sigue así podrá volver a casa a finales de esta semana. El médico quiere que se ponga fuerte antes de comenzar la siguiente fase del tratamiento.

—¿La operación?

—Sí. Quiere planearla para después de las vacaciones, si su salud sigue mejorando. Voy a ir a verlo luego al hospital. ¿Quieres venir conmigo?

A Spencer le sorprendió la invitación, y no tenía la intención de rechazarla.

—Sí, me encantará, pero antes tengo que organizarlo todo para que traigan mis cosas de Chablis.

—¿Sigues queriendo venir a vivir aquí? —preguntó ella, tensa.

—Sí, nada ha cambiado. Sigo teniendo los mismos planes. Tanto para el viñedo, como para nosotros. Por cierto, tu madre me ha dicho que vas a enseñarme tú el lugar en el que voy a alojarme.

—Sí, supongo que sí —contestó ella, volviéndose y dándose cuenta de que todo el mundo había empezado a marcharme.

—Por supuesto que sí, cariño —dijo Spencer cariñosamente.

Donnay se volvió hacia Spencer, intentando que su ronco tono de voz no la privase de su sentido común y le hiciese olvidar que había puesto patas arriba toda su vida. Pero, además del tono de voz, la había llamado «cariño». Había sonado bien, aunque fuese una palabra que, en su situación, no tuviese ningún significado.

Oyó que cerraban la puerta y se dio cuenta de que se habían quedado solos. Y eso no era bueno. En especial, cuando el mero hecho de estar cerca de él le hacía tener todo tipo de ideas calenturientas.

—Si estás listo, te acompañaré a la casa de invitados dónde vas a quedarte. No está lejos de aquí —dijo dando un paso atrás, alejándose de él.

Spencer se movió rápidamente hacia ella y la agarró por el brazo, sin darle tiempo a reaccionar.

—¿Sabes cuántas noches he pasado despierto pensando en ti? —susurró Spencer acercándole los labios a la mejilla.

Donnay sintió el calor de su aliento debajo de la oreja.

—Demasiadas noches —añadió él, sin esperar su respuesta.

Y atrapó sus labios de un modo certero, borrando todos los pensamientos sensatos de su mente. Ella se concentró en una sola cosa en la lengua de él, que le hacía sentir escalofríos, que le ponía los pelos de punta y volvía a conseguir calarle hondo. Aquel hombre la conmovía de un modo que ningún otro podría hacerlo. Y una parte de ella sabía que debía frenar aquello, pero no podía, ni quería hacerlo. La estaba besando de un modo tan profundo, sensual e íntimo que era muy difícil no responder. Así que lo hizo.

Puso los brazos alrededor de su cuello y sintió cómo él enredaba los dedos en su pelo. También sintió cómo su cuerpo se apretaba contra el de ella. Donnay estaba sintiendo un deseo físico que le había sido desconocido hasta que no había estado con él.

Sus labios se separaron finalmente. Spencer la abrazó y se quedó así, en silencio, unos segundos.

Sabiendo que no podía permitirse ningún tipo de debilidad, Donnay se apartó de él.

—Creo que deberíamos poner ciertas normas —dijo con voz temblorosa.

—Pues yo creo que no —respondió él mientras le apartaba un mechón de pelo de la cara—. Cada vez que te beso así, me entran ganas de desnudarte.

—Yo casi preferiría seguir vestida, me parece más seguro.

—Más seguro, pero menos satisfactorio. Creo que deberías dejar de luchar contra mí, Chardonnay, y entregarte a tus propios deseos.

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes, y acabarás haciéndolo. Estamos hechos el uno para el otro.

Ella inspiró profundamente mientras reflexionaba acerca de aquello. Ella no estaba de acuerdo. Se negaba a enamorarse de otro hombre, a dejar que controlase su mente y sus ideas. Además de eso, Spencer era de los que sabían cómo llegar al corazón de las mujeres. Debía tener cuidado. Si no, se enamoraría de él a pesar de saber que su amor nunca sería correspondido.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo convencida—. Y ahora,

sugiero que vayamos a ver tu nueva casa.

Y esperó ser capaz de empezar de cero. Por mucho que respondiese a sus besos y caricias, tenía que demostrarle que nada había cambiado. Seguía pensando que Spencer era una amenaza para su felicidad.

Mientras avanzaban por el camino, Donnay se sorprendió de lo relajada que se sentía a pesar de la presencia de Spencer. Era como si el tórrido beso que habían compartido unos minutos antes hubiese sido lo que necesitaba para liberar la tensión.

—¿Cuántas casas de invitados tenéis? —preguntó Spencer rompiendo el silencio que los rodeaba.

—Cuatro. Y una casa para el jardinero que está en el límite del viñedo —contestó ella, recordando el día que había plantado su primera vid cerca de ella. Su abuelo se la había dado para que cuidase de sus uvas y no tocase las que utilizaban para hacer vino.

—La casa en la que vas a quedarte es en la que iba a vivir yo cuando volví de la universidad. Al final no me mudé allí porque preferí quedarme en la casa principal con mi madre y mis abuelos. Me habría sentido demasiado sola allí.

—Pero vendrás a vivir allí conmigo, cuando estemos casados.

Ella lo miró. No le había hecho una pregunta, había hecho una afirmación. Donnay sintió ganas de rebelarse, pero sabía que no le serviría de nada. Al final, Spencer acabaría teniendo lo que quería.

—Sí, iré a vivir allí contigo.

El sonrió, aparentemente satisfecho.

—¿Vas a ayudarme a instalarme hoy? —le preguntó.

Dado que parecían atraerse como dos imanes cuando estaban a solas, Donnay pensó que no sería buena idea.

—Tengo cosas que hacer antes de ir a ver al abuelo al hospital.

El asintió.

—Lo entiendo, y me parece bien. Pero espero que puedas ayudarme más tarde, seguro que todavía me quedan cosas por desempaquetar cuando volvamos del hospital.

Ella sabía que Spencer le estaba haciendo saber que no dejaría que se alejase de él. Le gustase o no, iban a pasar tiempo juntos esa noche.

—Pusimos el teléfono y la electricidad en marcha hace unos días —comentó ella.

—De acuerdo.

Luego ambos guardaron silencio durante unos segundos. Un silencio que Spencer no tardó en romper.

—¿Así que ya has decidido una fecha?

—Sí, dentro de dos sábados. ¿Qué te parece?

El rió.

—Me parece que va siendo hora de que llame a mi familia y les hable de ti. Querrán venir a la ceremonia, por supuesto. Mamá no se lo perdería por nada del mundo —luego miró a Chardonnay—. He visto que tú ya se lo has dicho a los tuyos, porque tu madre y tu abuela me han dado la enhorabuena y la bienvenida a la familia nada más llegar hoy.

Ella se encogió de hombros.

—No había motivos para no hacerlo. A mi madre le he contado la verdad, pero a mi abuela le he dicho que me había enamorado.

—¿Y a tu abuelo?

—Todavía no le he dicho nada —comentó dejando de andar y levantando la vista para mirarlo—. Y mamá y la abuela me han prometido que tampoco lo harían. Me pareció que sería mejor esperar a que estuviese en casa, para poder decírselo juntos.

Spencer asintió.

—¿Y cómo crees que se tomará la noticia?

Donnay no pudo evitar sonreír.

—Oh, se pondrá contento, ya que tenéis los mismos planes con respecto al viñedo. Y lleva mucho tiempo intentando convencerme de que encuentre un hombre y le dé bisnietos. Así que vas a darle algo que desea de verdad.

—Y que yo también deseo —dijo él sonriendo—. Y estoy más que contento por ir a conseguirlo.

Siguieron andando y Donnay se alegró de llegar por fin al camino privado que llevaba a la casa de invitados en la que iba a alojarse Spencer. En cuanto lo dejase allí, iría directa a darse una ducha de agua fría. Cada vez le costaba más trabajo resistirse a él.

—Este es el camino que lleva a la casa —anunció—. Está rodeada de una valla de hierro forjado y está lo suficientemente aislada como para asegurarte privacidad. Es como un pequeño mundo dentro de un universo más grande.

El sonrió.

—Me recuerda a un castillo francés, me gusta mucho —comentó al llegar a la puerta y ver la casa de dos pisos.

A juzgar por su expresión, no se había esperado algo así.

—¿Para quién se construyó este lugar? —preguntó cuando Donnay abrió la puerta.

—Para nadie en particular. Las otras casas de invitados son relativamente más pequeñas en comparación con ésta y el abuelo quiso hacer construir una más amplia. Como ya te he dicho antes, creo que se hizo para mí, aunque el abuelo nunca admitiría que habría intentado hacer todo lo posible por convencerme de que me quedase aquí si yo hubiese decidido que quería irme. Se sintió bastante mal después de lo que pasó entre mi madre y mi padre.

—¿Qué pasó?

—Se conocieron mientras mi padre trabajaba aquí un verano, era militar, y estaba esperando a que le dieran un nuevo destino. Se enamoraron. El intentó convencer a mi madre de que se casasen y viajasen juntos por todo el mundo. A pesar de que mi madre lo quería, no aceptó su propuesta porque no quería dejar solos a mis abuelos. Sentía que su lugar estaba aquí, con ellos, en el viñedo. Y no se dio cuenta de que estaba embarazada de mí hasta que mi padre se hubo marchado.

—¿Así que él no sabe de tu existencia?

—No. Mi madre intentó escribirle, pero le devolvieron las cartas.

—¿Y tú nunca has intentado encontrarlo?

Donnay sacudió la cabeza.

—No. Y no es que no haya querido conocer a Chad Timberlain, sino que sé que si lo hiciese le estaría recordando a mi madre constantemente que dejó marchar al amor de su vida. Y eso le haría daño, sobre todo, si él se hubiese casado con otra persona. Mi abuelo siempre ha sentido que mi abuela y él eran, sin querer, responsables de que mi madre le hubiese dado la espalda al amor, aunque intentaron convencerla de que estarían bien solos y de que ella debía hacer lo que le dictase su corazón.

Donnay terminó de abrir la puerta y dio un paso atrás.

—No hace falta que te enseñe la casa, así que te dejo solo.

—¿A qué hora quieres que vayamos al hospital?

—Después de las cinco. La abuela va a pasar la noche allí. Mamá y yo preferiríamos que no lo hiciese, pero ella está empeñada. Después de cincuenta años de matrimonio, creo que lo echa de menos.

—Es comprensible. Aunque mis padres no llevan tanto tiempo casados, también están muy unidos.

—¿Sí?

—Sí. Como ya te he dicho, los matrimonios en la familia Westmoreland duran muchos años y están muy unidos.

Sí, ya se lo había dicho atices.

—Bueno, luego nos vemos —dijo ella retrocediendo—. Si quieres, puedes venir a comer. La abuela suele poner la comida sobre la una. Para volver a la casa principal sólo tienes que seguir el camino. No tiene pérdida.

—De acuerdo. Y gracias por la invitación. Tal vez me pase.

—De nada —contestó ella forzando una sonrisa y marchándose rápidamente.

***

—Te agradezco que te hayas ofrecido a ayudarme —dijo Spencer

más tarde esa misma noche, mientras abría la puerta de la casa en la que se estaba alojando.

Sabía que Chardonnay estaba pensando que no se había ofrecido. En realidad, él no le había dado otra alternativa.

Ella dudó antes de entrar, pero él la empujó y cerró la puerta tras ellos.

Chardonnay miró a su alrededor y luego se volvió hacia él, divertida.

—Esperaba ver cajas por todas partes.

—¿Sí?

—Sí. Me dijiste que necesitabas que te ayudase a ordenar cosas.

—Y es cierto, pero no ha llegado todo hoy, así que tengo tiempo.

—En ese caso, ¿qué hago aquí? —preguntó poniéndose con los brazos en jarras—. ¿Por qué me has hecho creer que me necesitabas esta noche?

A Spencer te pareció mentira que se preguntase.

—Porque te necesito esta noche.

Donnay inspiró profundamente. El tono de voz de Spencer y la intención de sus palabras eran como una caricia para su piel. Sus miradas se encontraron y Donnay vio el deseo reflejado en la de él. Pasó un instante, y luego otro y sintió que se quedaba sin aliento ante la atracción que ejercían el uno sobre el otro. Aunque quisiese negarlo, no podía.

Abrió la boca para decirle que lo que necesitase esa noche no era problema suyo, pero la cerró al sentir que un escalofrío le recorría la espalda. Y eso que todavía no la había tocado, ni siquiera se había movido de delante de la puerta.

Sintió que se le endurecían los pezones y recordó su boca, su lengua y sus dientes sobre ellos. También recordó cómo la había acariciado entre las piernas. Sacudió la cabeza intentando olvidarse de todo aquello, pero no lo consiguió. Entonces llegó a la conclusión de que el problema de Spencer era también el suyo.

Observó cómo se acercaba a ella y quiso retroceder, pero no pudo. Todo su cuerpo se sentía atraído hacia él, excitado por él. No podía ni quería seguir resistiéndose.

—Te deseo y te necesito, Chardonnay —susurró Spencer con voz ronca deteniéndose delante de ella.

Donnay echó la cabeza hacia atrás y lo miró, sintió el calor que desprendía su mirada. Le puso las manos alrededor de la cintura para atraerla contra su cuerpo duro y ella tomó aire al sentir su erección a pesar de llevar puesta una falda vaquera.

La mantuvo contra su cuerpo unos segundos, como si necesitase aquel contacto tanto como ella, Donnay entendió en ese momento que

su vida y su futuro iban a estar unidos a él. Spencer le había dicho que quería un matrimonio para toda la vida y un montón de hijos, y ella lo creía. ¿Por qué no aceptaba su destino y seguía adelante? ¿Por qué continuar peleando contra algo que no podía cambiar? Sus abuelos estaban contentos con la noticia de su matrimonio, aunque su madre parecía más preocupada que otra cosa.

—¿Chardonnay?

Ella levantó la mirada para mirarlo a la cara.

—¿Sí?

Era un hombre sorprendentemente guapo. La idea de tener hijos que se pareciesen a él le tocó la fibra sensible.

—Ya te he dicho lo que deseo y necesito. Ahora te toca a ti. Dime qué puedo hacer por ti esta noche. Si me dices que no hay nada que quieras ni necesites, lo aceptaré y te acompañaré de vuelta a casa, pero si tienes algún deseo, lo satisfaré.

Donnay tragó saliva. Aquello era precisamente lo que le preocupaba Spencer había desenmarañado sus emociones como Robert nunca lo había hecho. Lo que debería hacer era darle las buenas noches y marcharse. Pero, en su lugar, no pudo evitar preguntarle:

—¿Qué te hace pensar que puedes hacerlo?

—¿El qué?

—Satisfacerme.

Él sonrió con confianza.

—¿Y por qué iba a pensar que no iba a poder?

Dado que pronto estarían casados y compartirían cama, Donnay decidió ser sincera con él.

—Porque Robert nunca lo consiguió.

—¿El profesor de universidad?

—Sí, el único hombre con el que me he acostado.

—No puedo imaginarme que un hombre no haya sido capaz de hacerte sentir una explosión de placer, como si todo tu cuerpo volase más allá de las estrellas.

Donnay no podía imaginar que nadie fuese capaz de hacerla sentir así.

—¿Y tú serás capaz?

Por la manera en que la estaba mirando, a Spencer le había sorprendido que le preguntase aquello. No obstante, le contestó.

—Primero, te desnudaré y besaré todo tu cuerpo, entreteniéndome más en unos lugares que en otros. Después te llevaré al dormitorio y te estimularé de tal manera que acabarás suplicándome que te dé más.

Ella sacudió la cabeza. Casi lo había conseguido la noche que había estado con él en Chablis.

—¿Eso piensas, que me harás suplicarte?

—No es que lo piense, cariño, es que lo sé. Además de por los matrimonios duraderos, los Westmoreland también son conocidos por otra razón.

—¿Cuál?

—Porque saben satisfacer a sus parejas. Somos seres extremadamente físicos, a los que nos encanta hacer el amor. Nuestras necesidades sexuales son a veces inagotables.

—Gracias por la advertencia.

—Me parece lo más honesto, ya que planeo tenerte bastante tiempo metida en la cama cuando nos casemos.

Donnay se preguntó si estaría bromeando, aunque, por su mirada, parecía hablar en serio.

—¿Y tengo yo algo que opinar al respecto?

—Supongo que siempre podrías decirme que te duele la cabeza, pero dudo que sea eso lo que quieras.

Ella también lo dudaba, aunque no iba a admitírselo a él. Ya estaba bastante seguro de sí mismo.

—¿Sabes qué? —preguntó Spencer interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Qué?

—Que ya estoy cansado de hablar.

A Donnay se le hizo un nudo en la garganta.

—Y si quieres marcharte, será mejor que lo hagas ya, porque ya sabes lo que va a pasar si te quedas —añadió.

Ella no se movió. No dijo nada. Se quedó allí, mirándolo, y cuanto más lo miraba, más calor sentía, más cerca estaba de perder el control.

Entonces, él dijo con voz muy sexy algo que la hizo decidirse.

—Chardonnay Russell, pronto te convertirás en Chardonnay Westmoreland, bienvenida a mi mundo de pasión prohibida.

Y le tendió una mano sin dejar de mirarla a los ojos. Ella pensó en todo lo que le había dicho y en que, si se quedaba y le daba la mano, sería suya. Pero, por algún extraño motivo, aquello había dejado de molestarle.

Respiró profundamente y le dio la mano. El se la agarró y se la llevó a los labios para besarle los dedos. Y luego, la tomó entre sus brazos muy despacio y la besó con una intensidad que la habría hecho caer al suelo si él no hubiese estado sujetándola por la cintura.

Donnay sintió un escalofrío cuando su lengua tocó la de ella de un modo distinto a otras ocasiones. Con cuidado y control. Era como si se estuviese adueñando de toda su boca, haciéndose con todos sus gemidos. Y el efecto era fascinante.

Notó cómo le bajaba la cremallera de la falda y unos momentos después se echaba hacia atrás sin dejar de besarla. La falda cayó al suelo y Donnay se quedó con la blusa, una enagua y un tanga. Y se

dijo que Spencer tenía unos dedos sorprendentes y sabía muy bien cómo utilizarlos. Sintió cómo metía la mano debajo de la enagua para acariciarle el trasero.

Gimió al sentir su mano e, instintivamente, su cuerpo se fundió con el de él, sintió su erección. Spencer estaba tomando de ella más de lo que estaba preparada para darle, estaba preparándola muy bien para lo que vendría después. Y Donnay hizo lo único que podía hacer. Dejarse llevar.

De pronto, Spencer se echó hacia atrás y la tomó en brazos. Subió las escaleras de dos en dos, entró en el dormitorio y la dejó en la enorme cama. A ella el corazón empezó a latirle desenfrenadamente cuando vio que él empezaba a desabrocharse la camisa.

Se quedó sin aliento al ver su pecho y, al mismo tiempo, se sintió orgullosa. Aquel pecho tocaría el suyo cada vez que hiciesen el amor; le acariciaría la cara siempre que ella quisiese olerlo. Y sus hombros, anchos y fuertes, serían a los que se agarrase cuando sintiese la explosión en su interior. Porque, por algún motivo que no llegaba a comprender, estaba segura de que la sentiría.

Notó otro escalofrío al ver cómo Spencer se quitaba los pantalones y se le hizo un nudo en la garganta. Por fin consiguió respirar mientras lo observaba, más concentrada que nunca. Debajo de los calzoncillos de seda negra parecía haber un hombre muy bien dotado, y que parecía saber perfectamente cómo hacer uso de sus atributos.

Se concentró en aquella parte de él que pronto haría que sus cuerpos, sus mentes y sus seres se uniesen por completo. En el poco tiempo que hacía que lo conocía, se había dado cuenta de que no era un hombre que hiciese las cosas a la ligera. Era un hombre intenso, exigente, difícil de controlar. Pero, por otro lado, también era un hombre entregado. No la decepcionaría, como había hecho Robert.

—¿En qué estás pensando?

Las palabras de Spencer rompieron el silencio y ella lo miró a la cara. Decidió decirle la verdad sólo a medias.

—Me preguntaba cómo iba a manejarte. A manejarla.

—¿Te parece un reto? —preguntó él con una sonrisa en los labios.

—Sí.

—Pues no te preocupes.

Spencer debió de decidir en ese momento que todavía no iba a quitarse los calzoncillos. Volvió a la cama y la hizo levantarse y ponerse de rodillas. Luego la besó. Le quitó la blusa y volvió a tumbarla en la suave colcha. Después, se sentó a horcajadas sobre su cuerpo.

Levantó las caderas rápidamente para quitarle la enagua, e hizo lo mismo con el tanga y el sujetador. Antes de que a Donnay le diese tiempo a respirar, los labios de Spencer ya estaban recorriendo su

cuerpo e iban de camino hacia sus pechos. Empezó a besarlos, a devorarlos, a jugar con la lengua, los labios y los dientes hasta hacerla gemir. Donnay ardió en llamas de deseo al notar que su boca empezaba a bajar después hacia el ombligo. Spencer descubrió que llevaba un pendiente.

Levantó la cabeza y sonrió de oreja a oreja. Ella no pudo evitar devolverle la sonrisa y, en ese momento, pasó algo importante entre ambos. Aceptaron los gustos y valores del otro.

Spencer agachó la cabeza y le dibujó un círculo con la lengua alrededor del ombligo. Luego, siguió bajando. Donnay se puso tensa al sentir que le besaba el interior de los muslos y le acariciaba la pantorrilla.

Lo oyó murmurar unas palabras justo antes de que, con la otra mano, le hiciese abrir las piernas. Y entonces sintió su lengua allí, acariciándola íntimamente de un modo que le hizo levantar las caderas. El se aprovechó del movimiento para agarrárselas y acercar su cuerpo todavía más a su boca. Luego le puso las piernas sobre sus hombros para poder profundizar más la caricia.

Aquello hizo que todo el cuerpo le temblase a Donnay. Cada vez que él movía la lengua, ella sentía un tirón en su interior, como si estuviese acabando así con su resistencia, con cualquier intención de rebelarse. Era un sentimiento insoportable, intenso, increíblemente erótico. Lo agarró de los hombros. Y entonces lo sintió. Era una increíble sensación que no había experimentado nunca antes. Una sensación que le hizo gritar su nombre.

—¡Spencer!

El no paró. Su lengua continuó acariciándola con fuerza y Donnay arqueó la espalda al sentir la explosión en su interior. Todos los músculos de su cuerpo se contrajeron mientras ella se movía contra su boca, incapaz de seguir quieta.

Se sintió perdida cuando él se apartó y observó con ojos brillantes cómo se quitaba los calzoncillos. Con un movimiento suave, la penetró. La reacción de su cuerpo ante aquella invasión fue espontánea. Spencer se movió y ella se movió con él. Cada empujón fue tan potente, profundo y estremecedor como el anterior. Piel contra piel, se deslizó dentro de ella sin parar. En ese momento se rompieron todas las barreras que Donnay había intentado poner.

Y entonces, volvió a ocurrir, otra explosión la desgarró por dentro. Gritó su nombre por segunda vez, al mismo tiempo que él gritaba el de ella. Y Donnay sintió cómo su cuerpo ascendía más allá de las estrellas. Antes de poder recuperarse, Spencer la besó despacio, impidiéndole pensar.

Y volvió a sentirse inmersa, de nuevo, en la pasión prohibida de Spencer.

***

Donnay se despertó al sentir el roce de una mano masculina sobre su muslo, fue una caricia lenta y cariñosa. Abrió los ojos muy despacio. Por si se le había olvidado con quién estaba, la dureza de aquel cuerpo desnudo se lo recordó.

Se quedó quieta, sabiendo que la mano de Spencer tenía el objetivo de excitarla, como había descubierto la noche anterior. El ya le había advertido que era incombustible a la hora de hacer el amor y, durante las tres últimas horas, le había demostrado que era verdad. Era un hombre tan viril que Donnay se preguntó si sería capaz de aguantar. Pero, por el momento, había aguantado. En cada ocasión que él la había buscado, ella había respondido gustosamente, sabiendo el placer que la esperaba. Y no la había decepcionado ni una sola vez. Cada vez que habían hecho el amor se había sentido completamente satisfecha

Sintió que le metía la mano entre las piernas y ponía en funcionamiento sus eficaces dedos. Donnay gimió su nombre suavemente.

—Veo que estás despierta —susurró Spencer apoyándose en un codo para mirarla.

Ella observó su pecho desnudo, moreno y musculoso, cubierto de una fina capa de pelo oscuro. Recordó haber hundido la cara en ese pecho, y haberlo acariciado con la lengua mientras él le hacía el amor en una extraña posición. Spencer no sólo tenía mucha energía, también tenía mucha imaginación.

—¿De verdad esperabas que estuviese dormida? —preguntó mirándolo a la cara y casi sumergiéndose en la profundidad de sus ojos.

El sonrió de un modo muy sexy.

—No quiero que tengas problemas.

—¿Problemas?

—Sí, es bastante tarde. Y aunque me encantaría que te quedases aquí toda la noche, no quiero que tu madre y tu abuela se enfaden si no vuelves a casa a una hora decente.

Ella miró el reloj que había en la mesita de noche. Ya eran las dos de la madrugada. No pudo evitar reír.

—¿Qué es para ti una hora decente?

—Cualquier hora antes de que amanezca —contestó él también divertido.

Donnay se estremeció al sentir que volvía a acariciar su sexo, que volvía a humedecerse.

—No tienes de qué preocuparte. La abuela está en el hospital y mamá ha ido a ver a una amiga a San Francisco y va a pasar la noche allí.

—¿Quieres decir que puedes quedarte toda la noche?

Ella lo miró a los ojos y vio su intensidad y su deseo. Le gustó saber que después de haberle hecho el amor varias veces aquella noche seguía sin saciarse de ella. Robert siempre había tenido prisas por echarla de su apartamento después de terminar. Aunque Donnay acabaría enterándose de por qué. Asintió.

—Sí, eso es exactamente lo que he querido decir.

La expresión de Spencer reflejó su satisfacción, y que no iba a dejar que se marchase de su cama en esos momentos… y ella estaba de acuerdo.

Cuando bajó la cara hacia ella, Donnay separó los labios para recibirlo.

Y en su interior se dio cuenta, de repente, de algo horrible. Si no tenía cuidado con su corazón, no tardaría en enamorarse de Spencer Westmoreland.

Capítulo Nueve

A la mañana siguiente, Donnay se despertó al oír el ruido de alguna maquinaria pesada. Se levantó de la cama, agarró la camisa de Spencer y se la puso mientras iba hacia la ventana. El sol ya estaba en el horizonte y Donnay vio unos enormes camiones avanzando por el camino que llevaba al viñedo.

—Veo que los hombres de Steve han llegado a su hora, como siempre.

Se volvió y vio a Spencer saliendo del baño. Era evidente que se había dado una ducha. Llevaba una toalla alrededor de la cintura y todavía tenía gotas de agua en los hombros y en el pecho. Donnay entrecerró los ojos e intentó no recordar el papel que habían jugado esos hombros y ese pecho mientras hacían el amor durante la noche. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse en esos momentos.

—¿Qué están haciendo aquí esos camiones?

El fue hacia el armario y sacó algo de ropa antes de dejar caer la toalla.

—Me parece que es evidente lo que están haciendo aquí, Chardonnay.

Ella inspiró profundamente cuando la toalla llegó al suelo. Spencer estaba delante de ella desnudo, intentó no mirarlo mientras se ponía los calzoncillos. Había visto su cuerpo desnudo durante toda la noche, pero verlo a la luz del día era otra cosa. Los recuerdos de lo que aquel cuerpo le había hecho, de lo que había compartido con ella, hacían que se derritiese por dentro. Sacudió la cabeza e intentó aclararse la mente y volver a la conversación.

—Pues para mí no es evidente, así que dímelo.

—Esos camiones pertenecen a la empresa que he contratado para ampliar el viñedo.

—¡Cómo te has atrevido!

—¿Cómo me he atrevido a qué?

—A tomar el mando. ¿Qué crees que te da derecho a hacer semejante cosa sin consultarlo antes con ningún miembro de mi familia? Todavía no estamos casados y ya...

—Lo consulté con tu abuelo.

Donnay cerró la boca, pero sólo un momento.

—¿Con mi abuelo?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que mi abuelo está al corriente de lo nuestro?

—Por supuesto que no. Cuando iba a visitarlo, él hablaba y yo lo escuchaba, y compartió conmigo sus sueños acerca del viñedo. Tomé nota de todo lo que me decía. El me contó sus sueños y esperanzas. Con ellos, yo hablé con el mejor arquitecto que conozco e intenté hacer que los deseos de tu abuelo fuesen viables. Anoche, después de que le dijésemos que íbamos a casarnos, yo le dije que haría sus sueños realidad.

Donnay lo miró fijamente y luego frunció el ceño. No recordaba que Spencer le hubiese dicho nada a su abuelo.

—¿Cuándo se lo dijiste?

—Cuando te marchaste de la habitación para pedir- le una manta a las enfermeras.

—¿Y qué te contestó él?

—Me dio las gracias.

A Donnay le entraron ganas de llorar. Sabía mejor que nadie lo mucho que había soñado su abuelo con ampliar el viñedo, y lo mucho que se había deprimido la primera vez que se había puesto enfermo y había visto sus sueños desvanecerse al tener que gastarse el dinero en otra cosa No hacía falta que nadie le dijese que Spencer le estaba devolviendo la vida a su abuelo, le estaba dando un motivo para ponerse mejor, una razón para aceptar la operación.

Lo miró a los ojos.

—Me parece que te debo una disculpa.

—¿Otra?

Allí estaba él, vestido sólo con un par de calzoncillos negros, en una postura muy sexy. A juzgar por su expresión, le había molestado que Donnay sacase una conclusión precipitada.

—Bueno, ¿qué querías que pensase? —dijo ella para defenderse.

—Podría decirte lo que no esperaba que pensases. No esperaba que pensases mal de mí.

Era cierto, tal vez no hubiese debido pensar mal de él, pero lo había hecho. ¿Pero qué esperaba Spencer, teniendo en cuenta el motivo por el que había entrado en sus vidas? Su matrimonio no iba a ser nada más que un contrato.

Como si le estuviese leyendo la mente, le dijo:

—Soy un hombre de palabra, Chardonnay.

Ella atravesó la habitación muy despacio, en dirección hacia donde estaba él.

—Y yo soy una mujer que no tiene ningún problema en admitir que se ha equivocado.

—¿Y lo estás admitiendo?

—Sí, en ciertos aspectos acerca de ti, sí —dijo mirándolo fijamente.

—¿Y en otros?

—Todavía están por juzgarse, pero eres inocente hasta que no se

demuestre lo contrario.

Spencer la agarró de la muñeca y se la llevó a los labios para besarla.

—Tienes suerte de que sea un hombre comprensivo.

—¿Lo eres? —preguntó Chardonnay en voz baja, sintiendo una oleada de calor cuando sus labios le tocaron la piel.

—Sí, en algunos aspectos.

—¿Y en otros?

—Todavía están por juzgarse, pero no tendré ningún problema en sobornar al jurado para que dicte el veredicto que yo quiera —contestó mientras le quitaba a Chardonnay su camisa.

Ella se quedó desnuda ante él, pero no hizo ningún amago de cubrirse. Y a juzgar por la forma en la que él la miraba, le estaba gustando lo que veía.

Y quería volver a tener eso que veía. Inmediatamente.

—Estás muy suave —dijo ella dando un paso hacia él y rodeándolo con sus brazos por el cuello—. Y eres insaciable.

—No me digas que no te lo advertí —contestó Spencer tomándola en brazos y llevándola de nuevo hasta la cama.

—No lo diré —murmuró ella.

Horas después, tras haber pasado la mañana haciendo el amor, Donnay y Spencer se vistieron y fueron a la casa principal. Tanto su madre como su abuela estaban allí, pero ninguna les preguntó dónde habían estado.

Spencer fue luego a hablar con Ray Stokes, el jefe de obra de Carr Construction Company. Fred Akron, el arquitecto al que había contratado, les presentaría sus planes de ampliación del viñedo a finales de semana. Mientras tanto, Ray y sus hombres limpiarían la tierra para extender los límites del viñedo para que en primavera se pudiesen plantar más vides.

Era más del mediodía cuando Spencer volvió a su casa. Nada más abrir la puerta olió el perfume de Chardonnay y lo asaltaron recuerdos de la noche anterior. Había bebido chardonnay en numerosas ocasiones pero nunca le había gustado tanto como la noche anterior. Se suponía que el buen vino dejaba un regusto en la boca, se absorbía en la lengua, en las papilas gustativas. Se lamió los labios, todavía tenía su sabor en los labios. Era delicioso.

Oyó su teléfono móvil y lo sacó del bolsillo. Miró el número. Era su hermano Ian, el gemelo de Quade, y se había casado en junio. Spencer solía referirse cariñosamente a su hermano como «el jugador», ya que tenía mucha suerte con los juegos de azar. Era propietario de un casino en el lago Tahoe, aunque su más preciada posesión era, sin duda, su esposa Brooke.

—¿A qué debo el honor? —bromeó Spencer.

Desde que se había casado, su hermano casi no llamaba, ya que decía que tenía cosas mejores que hacer con su tiempo. Spencer podía imaginarse cuáles eran esas cosas.

—Sólo quería ver si seguías vivo. Stuart estuvo aquí la semana pasada y me comentó que te había mandado a enfrentarte a una víbora.

Spencer rió y se preguntó cómo se tomaría Stuart la noticia de que iba a casarse con Chardonnay.

—No es tan mala —contestó, decidiendo que Ian sería el primero de la familia en enterarse de la noticia—. De hecho, es bastante buena. Se llama Chardonnay y voy a casarme con ella.

—Es una broma, ¿verdad?

—No.

—¿Te vas a casar con una mujer que se llama Chardonnay? ¿Quién le pondría a su hija el nombre de un vino?

—La propietaria de un viñedo, imagino.

—¿Lo del matrimonio también va en serio?

—Sí. Llamaré al resto de la familia hoy mismo. Tú eres el primero en enterarte.

—¿Cuándo la conociste?

—Hace unas semanas.

—¿Ha sido amor a primera vista?

—No —respondió él con total sinceridad—. Ya me conoces.

—Sí, pero también sé que el amor puede llevarnos a hacer locuras.

—Es posible, pero yo no estoy enamorado.

—Entonces, ¿por qué te casas? No es posible que ya esté embarazada.

Aquello le recordó a Spencer que no habían utilizado protección la noche anterior. La idea no le molestó, ya que quería hijos, y muchos.

—Voy a casarme porque quiero casarme. No voy a dejar que os divirtáis sólo Jared, Durango y tú. Además, así haré sonreír de nuevo a mamá.

—Sí, pero después seguirá persiguiendo a Reggie y a Quade —comentó Ian.

—Bueno, pero ya son unos hombres. Tendrán que ocuparse solitos de Sarah Westmoreland.

Spencer se miró el reloj y vio que eran casi las dos de la tarde. Quería ir al hospital a ver al abuelo de Chardonnay e informarlo de las actividades del día.

—Escucha, Ian, tengo que ir a un sitio de aquí a una hora. No le cuentes nada de esto a nadie. Quiero ser yo quien les dé la noticia

—De acuerdo, mis labios estarán sellados... hasta que vaya a darle un beso a mi preciosa esposa.

Spencer puso los ojos en blanco.
—Como quieras.
Y colgó.

—¿Que os vais a casar dentro de dos semanas? ¿Por qué tenéis tanta prisa?
Donnay miró a Spencer, que estaba sentado a su lado en la mesa del comedor, preguntándose cómo responder a la pregunta de su madre. Fue él quien miró a Ruth a los ojos y respondió:
—Porque no quiero esperar.
Tanto la madre de Donnay como su abuela asintieron con la cabeza, como si, en el fondo, lo entendiesen.
Donnay puso los ojos en blanco, ella era la que no lo entendía. No era que no pudiesen esperar más para acostarse juntos, porque ya lo habían hecho. Así que lo único que se le ocurría era que Spencer quisiese dejarla embarazada cuanto antes.
—A mí me parece muy romántico.
Donnay apretó los labios con fuerza e ignoró el comentario de su abuela. O de verdad lo pensaba, o estaba de muy buen humor porque le iban a dar el alta a su marido a finales de semana. Notó que Spencer la miraba y se volvió hacia él. Sintió que le ardía la sangre en las venas con aquella mirada. Suponía que él debía de estar preguntándose por qué casi no la había visto durante los últimos días. Había estado evitándolo para no caer bajo su hechizo. ¿Qué había más patético que enamorarse de un hombre que no tenía la intención de enamorarse de ella?
—Daniel va a ponerse muy contento cuando vea el trabajo que están haciendo esos hombres en el viñedo —comentó la abuela.
Spencer se volvió a mirar a Catherine Russell.
—Eso espero. He intentado seguir sus indicaciones.
Donnay tenía que admitir que lo había hecho. Sabía que Spencer iba a verlo todos los días y lo mantenía al corriente de las obras. Un día había ido a ver a su abuelo y se lo había encontrado sentado en la cama con un montón de planos en el regazo mientras Spencer le explicaba algo.
Ambos estaban tan absortos en los papeles que no se habían dado cuenta de su presencia. Por un momento, Donnay había notado lo unidos que estaban los dos, y había entendido cómo se había sentido su madre con su padre. Era como si Spencer se hubiese convertido en el nieto que Daniel nunca había tenido. Ella no había sabido cómo tomarse aquello y dado que también había empezado a sentir algo por Spencer, había decidido que lo mejor sería pasar el máximo tiempo posible alejada de él.
Después de la cena, mientras recogían la mesa, Spencer se acercó a

ella. Su madre y su abuela habían salido a dar un paseo.

—¿Qué te pasa, Chardonnay? —le preguntó preocupado.

Ella no respondió inmediatamente. ¿Qué iba a decirle? ¿Que se estaba enamorando de él y que no quería hacerlo? Se encogió de hombros.

—¿Qué te hace pensar que pasa algo?

—Has estado evitándome.

Donnay decidió hacer como si no supiese de qué hablaba.

—¿Evitándote, en qué sentido?

—No has vuelto a la casa.

¿Acaso había esperado que fuese a meterse en su cama a la menor oportunidad? Se le hizo un nudo en el estómago al recordar el feroz apetito sexual que tenia Spencer. Sí, probablemente había esperado que hiciese algo así.

—He estado ocupada —respondió ella, enfadada y frustrada.

Sólo llevaban solos un par de minutos y ya podía sentir la atracción entre ambos.

—Ven a verme a media noche —susurró él con voz ronca, cargada de sensualidad.

Se acercó a ella y la atrajo contra sí.

Ella no se apartó y, a pesar de que por dentro estaba temblando, consiguió contestar:

—No.

—Sí —replicó él.

Y su boca la atrapó antes de que le diese tiempo a protestar. Cuando le metió la lengua en la boca, Donnay recordó y se rindió.

Finalmente se apartó de él y Spencer tuvo que agarrarla para que no se cayese.

—No me iré a dormir hasta que no vengas —le susurró contra los labios.

Ella lo miró y se dijo que cuando ella fuese, tampoco se iría a dormir. Era evidente que pretendía mantenerla despierta y muy entretenida.

Spencer volvió a besarla, y ella dejó de pensar.

Donnay no podía dormir.

Llevaba varias horas dando vueltas en la cama. Tenía el cuerpo caliente. Muy sensible. Le dio una patada a las sábanas y salió de la cama. Anduvo por la habitación. Spencer Westmoreland le había calado hondo y estaba dividida entre lo que quería hacer y lo que sabía que debía hacer. Había menospreciado a Spencer.

Estaba resultando ser el hombre opuesto al que ella creía que era. Era evidente que era desenvuelto, pero también cariñoso. La prueba estaba en su abuelo. No sólo pasaba tiempo con él, sino que compartía

con él los planes de ampliación del viñedo, a pesar de no estar obligado a hacerlo. Donnay había empezado a ver otra cara de Spencer y había empezado a respetarlo.

Además, sentía algo más, algo que ya no podía negar. Amor. Lo amaba. Suspiró. Se casaría con él, le daría hijos y sería una buena esposa. Y viviría con la esperanza de que, algún día, él también aprendiese a quererla.

Miró el reloj que había en su mesita de noche y vio que era casi medianoche. Se preguntó qué estaría haciendo Spencer. ¿Estaría en la cama pensando en ella? ¿Esperándola? ¿Deseándola?

Sintió un escalofrío sólo de pensarlo. Fue al armario y se puso una falda y una camisa, no se molestó en buscar ropa interior. Era un conjunto sencillo, fácil de quitar e incluso un poco sexy. Unos momentos después se calzaba unas sandalias, abría la puerta de su habitación y salía en silencio.

Spencer se negaba a dormir.

Estaba inquieto y sentía una necesidad que sólo Chardonnay podía satisfacer. Miró el reloj que había en la pared. Eran casi las doce. ¿Y si no iba? Respiró profundamente, se negaba a considerar esa posibilidad.

Había hablado con su madre un rato antes y le había dado la noticia. Tal y como él había esperado, le había hecho preguntas, pero también se había mostrado encantada. Otro de sus hijos iba a casarse. Sabía que al día siguiente toda la familia se enteraría. Lo llamarían, probablemente le harían más preguntas, en especial sus hermanos y primos que lo conocían mejor, pero eso no le importaba. Como le había dicho a su madre, Chardonnay era la mujer que quería y la mujer con la que iba a casarse dos semanas más tarde.

Se sintió completo al pensar que había conseguido las cosas que eran más importantes para él. Y en esos momentos, la principal era Chardonnay. Pensaba en ella a menudo, incluso cuando no quería hacerlo. Lo que le había dicho a Ruth Russell durante la cena era verdad. El motivo por el que quería que se casasen tan pronto era que no quería esperar… a hacerla suya.

Decidió que si Chardonnay decidía ir a verlo, prefería que no lo hiciese sola, así que salió de la cama y se puso unos vaqueros y una camisa. Tenía la piel caliente, y se preguntó si aquel calor que lo estaba consumiendo también estaría consumiéndola a ella. Había sentido su respuesta cuando la había besado esa noche, había probado su deseo, inhalado su calor.

Lo quería.

Lo necesitaba.

Se estaba obsesionando por ella, su cuerpo se estaba volviendo

adicto a ella. Habían hecho el amor una noche, muchas veces, y después de aquello no podía evitar excitarse cuando la tenía cerca. Salió del dormitorio y empezó a bajar las escaleras pensando sólo en una cosa. En hacerle el amor a Chardonnay.

Momentos después estaba saliendo por la puerta y tomaba el camino que llevaba a la casa principal.

Estaba oscuro y la única luz que lo iluminaba era la de la luna. El aire era fresco y pensó que tenía que haberse puesto una chaqueta. Había estado lloviendo después de que hubiese vuelto a casa. No había llovido demasiado, pero lo suficiente para humedecer la tierra y que oliese a hierba mojada, a plantas floreciendo, a vides y a tierra.

Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. Aguzó la vista al oír un ruido. Pensó que era Chardonnay, e iba a llamarla cuando vio que era su madre. Luego apareció otra figura, era un hombre alto y musculoso, que había salido de las sombras y se había puesto delante de ella.

Spencer se puso en alerta, pero entonces vio que el hombre la abrazaba y la besaba, y que ella le devolvía el beso.

Spencer bajó la cabeza, no quería entrometerse en un momento tan íntimo. Cuando la levantó, vio que se marchaban hacia la casa del jardinero, que estaba vacía.

Aunque no fuese asunto suyo, se preguntó si Chardonnay sabría que su madre tenía una aventura. Si no lo sabía, él tampoco se lo diría. Era un hombre discreto, que sabía guardar secretos. No obstante, no pudo evitar preguntarse por la identidad del hombre. ¿Sería uno de los trabajadores del viñedo?

Siguió andando, seguro de que la pareja ya no lo vería. Había mucho silencio, así que no le costó oír nuevos pasos. Se detuvo y volvió a aguzar la mirada. Entonces, la vio.

Chardonnay todavía no lo había visto a él, así que se apoyó en un árbol para observarla a la luz de la luna. Era preciosa Se le aceleró el pulso al pensar que, aunque probablemente ella no quisiese ir a verlo, el deseo la había empujado a hacerlo.

Algo lo delató, posiblemente, que se le entrecortó la respiración al ver cómo iba vestida. Chardonnay se detuvo y lo miró, y él se separó del árbol y fue hacia ella.

Spencer se había pasado las tres últimas horas preguntándose si iría, y en esos momentos le ardía la sangre sólo de pensar cómo iban a pasar el tiempo que estuviesen juntos. No estaba acostumbrado a que una mujer controlase así sus pensamientos.

—Has venido —fue lo único que pudo decir.

—Sí, he venido —susurró ella.

A Spencer se le hizo un nudo en el estómago al oír su voz. Se contuvo para no tomarla allí mismo.

—Hace frío.

Vio cómo ella se frotaba los brazos y se dio cuenta de que tampoco llevaba chaqueta. Sonrió.

—Vamos a mi casa, allí te daré calor. Aunque no es lo único que tengo pensado darte esta noche, Chardonnay.

—¿Y qué más tienes pensado darme? —preguntó ella con voz sexy.

Tenía derecho a preguntarlo. Y a saberlo.

—Voy a probar cada centímetro de tu cuerpo. A acariciarte. Voy a dejar que mi cuerpo te haga el amor de varios modos y en distintas posiciones. ¿Me vas a dejar que lo haga?

—Sí.

La besó y luego decidió que tenía que llevarla a su casa. No quería que su madre los sorprendiese allí.

Aunque no esperaba encontrar el amor, como les había ocurrido a sus tres hermanos, Jared, Durango e Ian, sí era hora de que se estableciese, se casase y asegurase su futuro con un hijo que algún día pudiese heredar todo lo que tenía.

—Cuando te marches de mi cama esta noche, quiero que estés completamente convencida de que soy el único hombre al que desearás y necesitarás en toda tu vida —la tomó en brazos y empezó a andar hacia su casa.

Iban por la mitad del camino y Spencer no podía más. Tenerla entre sus brazos, notar sus pechos apoyados contra el de él, oler su perfume, el modo en el que ella había metido las manos debajo de su camisa para calentarse, lo excitaba cada vez más. Si daba un paso más, explotaría.

Inspiró profundamente y la dejó en el suelo. Ella lo miró un momento y, como si entendiese lo que le pasaba, lo tomó de la mano y le dijo:

—Ven conmigo, voy a enseñarte algo.

Lo llevó a través de unos matorrales y apartó varias vides que les bloqueaban el paso para guiarlo por un camino de hierba. Al final de ese camino había un invernadero situado entre vides, helechos, robles y palmeras. Chardonnay levantó la mirada y él no pudo evitar sonreír.

—Mi abuelo lo hizo construir hace muchos años para mi abuela, para que tuviese un lugar donde estar sola, coser, leer y descansar. Casi no lo ha utilizado durante los últimos años. Pero la temperatura es siempre la misma y debería hacer calor dentro.

Entraron y cerraron la puerta tras de ellos. Hacía calor y allí tenían privacidad.

Chardonnay encendió una lámpara. El recorrió el lugar con la mirada durante un segundo; luego, vio que ella fruncía el ceño y le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Esto… Supongo que nada. Sólo que yo soy la única que viene aquí de vez en cuando a leer y echar una siesta, pero juraría que han cambiado la colcha del sofá-cama desde la última vez que estuve.

Spencer se imaginó quién lo habría hecho, pero no lo dijo.

—¿Acaso importa?

Ella lo miró a los ojos y sacudió la cabeza.

—No, en estos momentos, nada importa. Sólo tú.

A él se le hizo un nudo en el estómago. No pudo evitarlo. A pesar de que no lo comprendía. Le abrió los brazos para recibirla y ella avanzó en su dirección y levantó la cabeza para besarlo en el mismo momento en que él bajaba la suya.

Spencer sintió que un violento deseo se adueñaba de él y susurró algo sobre sus labios, sin saber el qué, pero no le importaba. Lo único que le importaba era aquel deseo que recorría su cuerpo.

Como si no fuese capaz de controlarse, Spencer dio un paso atrás y le quitó la blusa a Chardonnay por la cabeza. Cuando la vio sin sujetador, le acarició los pechos. Luego se agachó a besárselos, satisfaciendo el hambre que tenía de ella.

Pero pronto descubrió que no era suficiente.

Se puso de rodillas delante de ella y le bajó la falda. Casi se cae de espaldas al ver que no llevaba puesto nada más.

Se echó hacia delante para probar su sexo, la olió antes de meterle la lengua y agarrarla por el trasero para apretarla más contra él. Se perdió en aquella felicidad mientras la oía gemir, mientras sentía cómo le clavaba las uñas en los hombros, pero se negaba a soltarla.

Era su Chardonnay y pretendía disfrutar de ella todo lo que pudiera. Incluso cuando sintió que su cuerpo explotaba sobre su boca, siguió allí.

Cuando por fin notó que dejaba de temblar, se apartó de ella. Levantó la vista para mirarla a los ojos y sonrió mientras se relamía.

—Ha sido el mejor Chardonnay que he tenido el placer de probar —susurró antes de ponerse de pie y tomarla en brazos.

La llevó hasta el sofá-cama, la dejó allí y empezó a desvestirse rápidamente. Había empezado a llover de nuevo y se oía el ruido de las gotas golpeando los cristales. El aire parecía oler a flores, uvas y a sexo. Inspiró. Se relamió y sintió el sabor todavía en sus labios. Necesitaba hacerle el amor. No podía esperar más. La deseaba.

Volvió a su lado. Ella, en vez de abrazarlo por el cuello, como él había esperado, tomó su erección y se la acarició con cuidado. Aquello era lo último que necesitaba Spencer, pero era exactamente lo que quería. Gimió y sintió que perdía las fuerzas, que se entregaba a las necesidades de su cuerpo.

Aquellas caricias le calaron hasta los huesos, hicieron que se excitase todavía más. Y cuando Chardonnay lo hizo tumbarse en la

cama y lo tomó con la boca, Spencer tuvo que agarrarse a la colcha y apretar la mandíbula para evitar gritar. Se sintió invadido por una oleada de sensaciones, y se entregó a ellas.

¡Dios santo! ¿Qué le estaba haciendo? Tenía que pararla antes de que acabase con él. Se le escapó un profundo gemido de los labios cuando cambió de postura, la empujó para tumbarla de espaldas y luego se sentó a horcajadas sobre ella. La penetró antes de que le diese tiempo a protestar y los dos gimieron de placer al mismo tiempo, sólo unos segundos antes de empezar a perder el control.

Spencer le levantó las caderas mientras entraba y salía de ella y Donnay arqueó la espalda con cada empellón para unirse a él, creando una sensual mezcla de perfecta armonía.

—Increíble —murmuró Spencer segundos antes de devorar sus labios. Entonces sintió cómo ella apretaba sus músculos más íntimos alrededor de él con el fin de exprimirlo, de sacarlo todo de él, y lo consiguió.

—¡Chardonnay!

Spencer sintió como si el cuerpo le hubiese estallado en mil pedazos y sus semillas se hubiesen derramado dentro de ella. Era la primera vez que le daba tanto a una mujer, y sin arrepentimientos ni limitaciones. Prefirió no pensar demasiado en ello. Sólo quería pensar en cómo se sentía estando dentro de ella y en cómo su cuerpo seguía disfrutando de los efectos del orgasmo más intenso que había tenido en toda su vida.

Se miraron a los ojos y Spencer sintió como si se estuviese hundiendo en arenas movedizas. Se aferró a ella, preocupado por si la soltaba y se acababa aquello... lo suyo.

La abrazó y notó que Chardonnay seguía temblando, y se dio cuenta de que ya no podía imaginarse vivir sin aquella mujer entre sus brazos.

Donnay se despertó y descubrió que Spencer la estaba mirando. Parpadeó, preguntándose durante cuánto tiempo habría dormido. Lo último que recordaba era haberse deshecho entre sus brazos, con él en su interior.

—Tengo algo para ti —le susurró Spencer.

—¿El qué?

—Esto.

Y le puso algo en el dedo. Chardonnay supo inmediatamente lo que era. Su anillo de compromiso. El enorme diamante brilló bajo la luz de la luna y Donnay se quedó sin palabras. Era una joya exquisita, el anillo más bonito que había visto nunca.

No supo qué decir, así que hundió la cabeza en su pecho, y él la abrazó. Donnay sabía que amar a Spencer sin que el sentimiento fuese

recíproco no siempre sería fácil. Era un hombre duro, un hombre al que le habían hecho daño en el amor. Ella tendría que reparar su corazón, sobre todo porque sabía que era un corazón que merecía la pena.

—Es precioso, Spencer—dijo por fin—. Muchas gracias.

—De nada. Ha dejado de llover. ¿Estás preparada para vestirte y que vayamos a mi casa?

Ella lo miró. Aunque no la amase, era evidente que la deseaba.

—Sí. Estoy preparada.

Capítulo Diez

Spencer miró por la ventana de su habitación. Hacía cuatro días que le había dado a su madre la noticia de su boda y seguía sonándole el teléfono. Hasta su prima Delaney lo había llamado desde su casa en Medio Oriente para felicitarlo.

Se apoyó contra el marco y se dijo que los últimos días habían sido una bendición. Chardonnay parecía haber aceptado por fin las cosas tal y como iban a ser entre ambos, y ya no seguía resistiéndose a pensar que iban a casarse en menos de dos semanas.

Y su relación había mejorado mucho. En esos momentos eran una pareja comprometida y actuaban como tal. Habían empezado a desayunar y cenar juntos todos los días, a dar paseos juntos por la tarde mientras él le contaba cómo habían avanzado las obras durante el día, y compartían la cama por las noches. Ya no tenía que seducirla para que fuese a verlo. Chardonnay iba hasta él cada noche, como si supiese que allí estaba su lugar.

Spencer bajó la cabeza, sintió algo muy intenso en su interior, algo que llevaba varios días intentando ignorar. Siempre que estaba con Chardonnay ya fuese dentro o fuera de la cama, se sentía distinto, feliz. Sentía que estaba empezando a vivir por primera vez, a apreciar las cosas buenas de la vida. Estaba enamorado.

Dejó de respirar. El nunca había pretendido enamorarse, pero le había ocurrido. Se frotó la cara y aceptó lo que su corazón había estado intentando decirle últimamente.

Si alguien le hubiese dicho unos meses antes que iba a entregarle su corazón a una mujer, él se habría reído, habría dicho que era imposible.

Volvió a mirar por la ventana al oír las máquinas removiendo la tierra para plantar más vides en primavera. Esperaba que hubiese una buena cosecha al año siguiente, y también esperaba convertirse en padre. Pero, sobre todo, esperaba ser un buen marido para Chardonnay y tenía la esperanza de que, con el tiempo, ella aceptase las circunstancias de su matrimonio y el hecho de que estaban juntos.

El abuelo de Chardonnay había salido del hospital unos días antes y Spencer también había pasado bastante tiempo con él. La salud de Daniel había mejorado mucho y se había sentido muy feliz al volver a casa y ver sus sueños haciéndose realidad.

Spencer se volvió al oír sonar su teléfono. Fue a responder.

—¿Dígame?

—Ha pasado algo interesante que creo que deberías saber.

Spencer arqueó una ceja al ver que su abogado parecía muy serio.

—¿Y qué es, Stuart?

—Alguien ha ingresado más de un millón de dólares en la cuenta bancaria de tus viñedos Russell esta mañana.

Spencer se puso tenso y sintió que las preguntas se le agolpaban en la mente.

—¿Quién ha hecho el ingreso?

—Ha sido una transferencia desde un banco coreano. Es una cuenta internacional a nombre de BOSS.

—Averigua de quién es la cuenta y por qué ha hecho semejante transferencia a la de los Russell.

—De acuerdo. ¿No crees que Chardonnay Russell haya conseguido el dinero en otra parte, a pesar de saber que tú habías accedido a financiar la ampliación del viñedo?

Aquélla era una posibilidad que Spencer no quería considerar. Durante las últimas semanas había bajado la guardia y había hecho algo que había jurado no volver a hacer después de la traición de Lynette Marie: había confiado en otra mujer. Y se había enamorado de ella.

Tenía que admitir que últimamente sólo había pensado en hacerle el amor. ¿Había utilizado ella ese momento de debilidad para conseguir el dinero de otro modo?

—¿Spence?

La voz de su abogado le recordó que no había contestado a su pregunta.

—No estoy seguro de lo que está pasando, Stuart, pero quiero que lo averigües.

—Lo haré, pero, mientras tanto, ten cuidado.

Spencer sabía a lo que se refería Stuart. Colgó el teléfono y se dijo que tal vez el consejo de su abogado llegase demasiado tarde.

Un par de horas después, Spencer cerraba su maleta y se apartaba de la cama. Stuart no había vuelto a llamarlo. Eso significaba que la información que necesitaban era difícil de obtener. ¿Por qué iba nadie a ingresar semejante suma de dinero en la cuenta de los Russell? Y dado que era Chardonnay la que estaba al frente del negocio, tenía que haber sido ella la que lo hubiese obtenido.

La duda y las sospechas que no quería sentir lo estaban consumiendo por dentro y no pudo evitar pensar en el momento en el que había recibido el informe forense de Lynette Marie. Estaba empezando a sentirse del mismo modo.

Fue hacia la ventana y observó las colinas y los valles. Sintió asco e ira. A pesar de que las circunstancias eran diferentes, el resultado era el mismo. Había permitido que otra mujer lo traicionase. Y en esa

ocasión le dolía más, porque la amaba.

Ella le había sugerido desde el principio que se acabaría arrepintiendo de obligarla a casarse. Lo había debilitado cada vez que hacía el amor con él, había ido haciendo lo que quería con él hasta el punto de que, durante la última semana, Spencer sólo había pensado en casarse con ella, en complacerla, en hacerla feliz y en demostrarle que la vida a su lado no sería tan horrible.

Se apartó de la ventana al oír que abrían la puerta en el piso de abajo. Tenía que ser Chardonnay. Antes de dejar su cama aquella mañana le había prometido que volvería antes del mediodía para enseñarle la parte del viñedo que todavía no conocía, y para presentarle a todos los empleados.

La oyó subir las escaleras. Sintió una ira imposible de contener.

Cuando la vio aparecer detrás de la puerta, sintió que se le rompía el corazón.

—Te dije que volvería —comentó ella sonriendo. Entró en la habitación y cerró la puerta.

El no dijo nada, se limitó a mirarla. Y Chardonnay vio que tenía la maleta encima de la cama. Dejó de sonreír.

—¿Tienes un viaje de negocios?

El respiró profundamente.

—Sí, me marcho, pero no por negocios. Me marcho para no volver nunca más.

Ella sacudió la cabeza, como si no lo hubiese oído bien.

—¿Y la boda?

—No habrá boda.

Ella se quedó pálida, se puso la mano en el corazón y lo miró con incredulidad.

—¿Por qué? No lo entiendo. ¿Qué ha pasado?

—Dejémonos de tonterías, Chardonnay. ¿Cuánto tiempo creías que tardaría en averiguarlo?

—¿Averiguar el qué? —preguntó ella confundida.

Spencer sacudió la cabeza y rió. No podía creer que le estuviese preguntando aquello. Estaba delante de él con cara de no entender nada, pero sabía muy bien de qué le estaba hablando.

—Tengo que reconocer que eres una estupenda actriz. ¿De dónde has sacado el dinero, Chardonnay? ¿Te estás acostando con él como te acuestas conmigo?

—No sé de qué me estás hablando —dijo ella mientras sacudía la cabeza.

—¿No? ¿Quieres hacerme creer que no sabes quién ha hecho una transferencia de un millón de dólares en la cuenta del viñedo esta mañana?

—¿Qué? ¿Un millón de dólares? Estás equivocado. Debe de haber

un error.

—Oh, sí, el error fue fijarme en ti.

—No, Spencer, escúchame. Tiene que haber un error.

Chardonnay estiró la mano para rogarle y él la agarró con firmeza por la muñeca y se la llevó al pecho.

—Me has tomado el pelo, Chardonnay. Nunca tuviste la intención de casarte conmigo. Tenías otro plan, ¿verdad?

—No, eso no es verdad. ¿Cómo puedes pensar que soy tan fría y calculadora? ¿Cómo puedes...?

—¡Ya basta! No quiero oírte más.

Spencer soltó su mano y fue a tomar la maleta que había encima de la cama. Se dirigió hacia la puerta, se detuvo allí y se volvió a mirarla de nuevo.

—Dile a tu abuelo que continuaré pagando a esos hombres para que limpien el terreno, tal y como le prometí. También asumiré los gastos de su operación, porque no creo que esté al corriente de tus juegos, ni que sepa lo embustera que eres. Y si ya te he dejado embarazada, ten por seguro que volverás a tener noticias mías. Si no, espero no volver a verte en toda mi vida.

Se dio la vuelta y se marchó sin mirar atrás.

—¡Donnay! ¿Qué pasa? —Ruth se puso de pie de un salto nada más ver entrar a su hija.

Donnay había tenido la esperanza de que su madre no estuviese en casa. Se limpió las lágrimas de los ojos y fue hacia las escaleras. Nada de lo que le había dicho Spencer tenía sentido. ¿Cómo podía pensar que lo había engañado? No obstante, había llamado al banco y le habían confirmado lo del dinero.

—¿Donnay?

—Estoy bien, mamá —contestó ella con voz temblorosa.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—Spencer ha cancelado la boda. Cree que lo he engañado.

—¿Que lo has engañado? ¿Por qué iba a pensar algo así?

Donnay intentó evitar que le temblasen las manos mientras volvía a limpiarse los ojos. Estaba enfadada y decepcionada.

—Piensa que nunca tuve la intención de casarme con él porque iba a conseguir el dinero necesario para salvar el viñedo de otra parte. Incluso ha sugerido que me he estado acostando con otra persona para conseguirlo.

—¿Cómo puede haber dicho algo tan des- preciable?

—Porque alguien ha ingresado un millón de dólares en nuestra cuenta y yo...

Donnay vio cómo su madre inspiraba profundamente y se ponía colorada. Algo no iba bien.

—Mamá, ¿sabes de dónde ha salido el dinero?

Ruth asintió muy despacio.

—Sí, se de dónde ha salido. Me dijo que iba a hacerlo, aunque yo le pedí que no lo hiciese, porque pensaba que todo acabaría saliendo bien entre Spencer y tú.

Donnay no acababa de entender lo que le estaba diciendo su madre.

—¿A quién te refieres, mamá?

Ruth suspiró.

—A tu padre.

Sorprendida, Donnay sólo pudo mirar a su madre mientras su mente intentaba negar lo que acababa de oír. No era posible. Pero algo la empujó a pedir una aclaración.

—¿Mi padre?

—Sí, le conté la descabellada propuesta que te había hecho Spencer y Chad dijo que...

—Guau. Espera un momento, mamá. Me está costando seguirte. ¿Me estás diciendo que has visto a mi padre? ¿Qué has hablado con él?

Ruth volvió a asentir.

—Sí, me llamó hace un par de semanas y me dijo que estaba por la zona y que quería verme.

—¿Por la zona?

—Sí. Estaba en San Francisco por negocios y decidió alquilar un coche y venir al valle. No sabía si yo seguiría viviendo aquí, o si me habría casado y me habría ido a vivir a otra parte.

Donnay tomó aire.

—Supongo que le hablaste de mí.

—Sí. Al principio no le gustó saber que tenía una hija a la que no conocía, pero luego le expliqué que me habían devuelto las cartas que le había escrito. Como todavía las tengo, se las enseñé.

—¿Y qué ha estado haciendo durante todos estos años? ¿Está casado? ¿Tiene otros hijos?

—Es viudo. Estuvo casado quince años, pero su mujer murió hace cinco, y no tuvieron hijos. Se retiró del ejército y se puso a trabajar por cuenta propia; tiene una empresa internacional de electrónica con la que le ha ido bien. Y quiere conocerte, Chardonnay.

Ruth sonrió.

—Deberías haberlo visto la primera noche que le hablé de ti —continuó—. Quería venir a verte inmediatamente, pero yo lo convencí para que esperase. Además, necesitaba hablar con él, saber qué había hecho durante todos estos años. Cuando le conté los problemas que tenía el viñedo y que tú estabas dispuesta a sacrificarte, insistió en que él nos daría el dinero. Yo le pedí que no lo hiciese, pero es muy

cabezota, así que lo hizo. Siento que eso haya provocado una discusión entre Spencer y tú.

Donnay sacudió la cabeza después de oír la explicación de su madre.

—No importa. Nuestro matrimonio habría estado condenado desde el principio, mamá. Esto ha demostrado lo poco que confía en mí. Yo podría haber sobrevivido sin amor, pero un matrimonio sin confianza no es un matrimonio.

Donnay se volvió para subir las escaleras, pero Ruth la detuvo.

—Te quiere, ¿lo sabes?

—¿Quién, mamá?

—Spencer.

Donnay volvió a luchar por contener las lágrimas.

—No, nunca me ha querido, mamá. Nuestro matrimonio no iba a ser más que un contrato, ya te lo dije.

—Sí, pero yo tengo ojos en la cara, Donnay. La noche que vino a cenar no apartaba la mirada de ti. Tal vez tú no te hayas dado cuenta, pero tu abuela y yo sí. Spencer Westmoreland te quiere.

Donnay miró hacia su mano izquierda. Se había quitado el anillo de compromiso y lo llevaba en el puño. Luego miró a su madre.

—No, mamá, no me quiere, ¿pero sabes qué es lo más triste? Que yo sí estoy enamorada de él y estaba deseando casarme y ser la madre de sus hijos.

Sabiendo que no podría contener las lágrimas mucho más, añadió:

—Creo que me iré a la ciudad. Necesito que me dé el aire.

Y luego subió corriendo las escaleras.

Spencer se puso tenso al oír sonar el teléfono. Tenía que ser Stuart. Dejó la copa de vino en la mesa y fue a responder.

Se había sentido aliviado al llegar a su casa de Sausalito. Se había pasado las dos últimas horas abriendo ventanas y contraventanas para disfrutar de las vistas de la bahía. Y para mantenerse entretenido, se había puesto a trabajar inmediatamente en un negocio en el que también participarían sus primos y hermanos. Su primo Clint había dejado su puesto como policía de Texas y estaba utilizando el rancho que había heredado de su tía para poner en marcha un negocio parecido al de Durango y McKinnon.

—¿Dígame?

—Tengo la información que querías, Spence.

—Está bien, ¿quien ha hecho la transferencia?

—Un hombre llamado Chad Timberlain.

Spencer intentó recordar dónde había oído ese nombre antes. Y lo recordó justo en el momento en el que alguien llamaba a su puerta. Sintió que se le hacía un nudo en el estómago al darse cuenta de que

tal vez se había equivocado al acusar a Chardonnay.

—Escucha, Stuart, luego te llamo. Creo que ya sé lo que está pasando, pero tengo que comprobarlo.

Colgó el teléfono y fue hacia la puerta, preguntándose quién podría ser, ya que nadie sabía que había vuelto a Sausalito. Abrió la puerta y se encontró con un hombre de cincuenta y pico años, alto y de complexión fuerte.

Spencer inspiró profundamente al reconocer el perfil del hombre. Era el mismo al que había visto aquella noche en el camino del viñedo, besando a Ruth Russell.

—¿Chad Timberlain? —preguntó Spencer, pillando al hombre por sorpresa.

—Sí —respondió él frunciendo el ceño.

Spencer se echó a un lado.

—Entre. No esperaba verlo aquí, aunque acabo de darme cuenta de lo que ha pasado. Supongo que ha venido porque quiere que hablemos.

El hombre lo miró como si quisiese algo más que hablar con él. Y Spencer lo entendió. A él le habría pasado lo mismo en su lugar.

—Y tenemos que llegar a un acuerdo —añadió Spencer.

Chad pareció relajarse un poco y entró en la casa. Spencer cerró la puerta tras de él.

—Así que, como puede ver —le dijo Spencer a Chad Timberlain un rato después, los dos sentados en su salón, compartiendo una botella de vino Russell—, di por hecho que Chardonnay sabía de dónde había salido el dinero.

—¿Incluso cuando ella le dijo que no lo sabía?

—Sí, incluso cuando ella me lo negó.

Chad lo miró con dureza.

—Me sentí obligado a hacer esa transferencia porque no podía consentir que obligase a mi hija a casarse con usted.

—Lo entiendo, señor.

—¿Y qué va a hacer para arreglarlo? Ruth cree que usted quiere a Chardonnay y que lo que ha ocurrido ha sido un grave error por su parte.

Spencer tragó saliva. El error había sido más que grave. Le había pedido a Chardonnay que creyese y confiase en él, pero no había hecho lo mismo con ella. Miró a su padre a los ojos.

—Es verdad, amo a su hija y seré el primero en admitir que me equivoqué. Eso, si ella quiere volver a hablar conmigo. Aunque, como la amo, voy a luchar por ella, y espero que quiera darme otra oportunidad.

Chad Timberlain sonrió.

—Yo todavía tengo que conocer a mi hija oficialmente; de hecho, tenía pensado hacerlo esta noche. Ruth me ha contado que es bastante obstinada, así que no se lo pondrá fácil.

Spencer ya sabía lo testaruda que podía llegar a ser Chardonnay.

—Lo sé, pero haré todo lo posible.

Donnay se miró en el espejo mientras intentaba ignorar el cosquilleo que sentía en el estómago. Iba a conocer a su padre aquella noche. Todavía no lo había visto nunca, pero ya lo quería. El había acudido en su ayuda dándole el dinero necesario para salvar el viñedo, demostrándole que sería un padre que siempre estaría ahí para su hija.

Había creído que conocer a su padre le haría olvidarse temporalmente de Spencer. Al día siguiente tendría que cancelar todos los preparativos de la boda. Se preguntó si él ya habría llamado a su familia para decírselo, y qué les habría contado. Seguro que había dicho que no era una mujer digna de su confianza.

Miró el reloj que había colgado en la pared. Eran casi las seis. Esa noche su familia daría una pequeña fiesta para celebrar la mejoría de su abuelo, y la vuelta a sus vidas de su padre. Su madre le había dicho que tenían una relación seria, y Donnay se sentía muy contenta por ella.

Llamaron a la puerta, y pensando que serían su madre o su abuela, Donnay contestó:

—Adelante.

Se volvió al ver que se abría la puerta y se quedó de piedra al descubrir que se trataba de Spencer.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué quieres? —le preguntó enfadada.

El se puso delante de ella y le dijo con voz ronca y cariñosa:

—He venido a pedirte perdón por todo lo que te dije. Y lo que quiero... es a ti, Chardonnay. A ti.

Spencer se dio cuenta de que la disculpa no había suavizado nada a Chardonnay. Seguía enfadada. Y no llevaba puesto el anillo de compromiso.

—Me acusaste de cosas horribles. No confiaste en mí. No...

El intentó tocarle la mano, pero ella la retiró enfadada.

—¡No! Incluso me acusaste de haberte engañado con otro hombre. ¿Cómo pudiste pensar eso de mí?

Spencer vio lágrimas en sus ojos y se le hizo un nudo en la garganta. Le había hecho daño.

—Te amo, Chardonnay —dijo en voz baja, de todo corazón—. Nunca quise enamorarme de ti, pero ocurrió. No era la primera vez que me traicionaban. Hace unos años murió la mujer con la que iba a casarme, y descubrí que se había quedado embarazada de otro

hombre. Entonces, me prometí a mí mismo que nunca volvería a amar a otra mujer. Pero tú me demostraste que estaba equivocado, porque conseguiste, sin querer, que me enamorase de ti. Y cuando descubrí lo de la cuenta del viñedo, me sentí utilizado y traicionado porque me di cuenta de que ya no tenías nada que ganar con nuestro matrimonio y que ya no me necesitabas... pero yo sí te necesitaba a ti.

Donnay inspiró profundamente. Las palabras que Spencer le había dicho esa mañana habían sido crueles e injustificadas, pero en esos momentos entendía que la hubiese juzgado mal.

Vio dolor en su rostro. Había admitido que la amaba, algo que no se había esperado. Y lo creía, porque no debía de serle nada fácil confesarle su amor a una mujer. Y ella también lo amaba. Lo amaba con todo su corazón.

—Si yo acepto tus disculpas, y te creo cuando me dices que me amas, ¿qué esperas tú de mí?

El se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y la miró fijamente.

—Espero... que me des otra oportunidad para que te demuestre lo equivocado que estaba, y para hacer las cosas bien. Me gustaría que nos casásemos, pero cuando tú quieras. Si prefieres esperar, no me importará.

Suspiró antes de continuar:

—Y me gustaría que me dieses la oportunidad de amarte como me gustaría que tú me amases a mí —sonrió—. Te lo pondré muy difícil. Y si no estás embarazada ya, dejaré que decidas tú cuándo quieres tener hijos. Quiero pasar tiempo contigo y quererte como te mereces.

Donnay guardó silencio unos segundos, luego ladeó la cabeza y lo estudió. Las facciones de su rostro estaban tensas, tenía los labios apretados, pero fueron sus ojos lo que llamaron su atención. Estaban llenos de amor... por ella.

—¿Y si te dijese que yo también estoy enamorada de ti?

—Entonces, te pediría que me dieses la oportunidad de demostrarte que nunca te arrepentirás de darme otra oportunidad. Nunca te arrepentirás de ser mi esposa y la madre de mis hijos. ¿Me das esa oportunidad?

Ella asintió muy despacio.

—Sí.

Spencer cambió de expresión, se sacó las manos de los bolsillos y abrió los brazos para recibirla. Ella no lo rechazó, y él la abrazó con fuerza, como si no fuese a dejarla marchar, y luego la besó.

Cuando su lengua tocó la de ella, Spencer sintió una oleada de sensaciones, el placer caló en sus huesos y el deseo llenó todo su cuerpo. Si no hubiese una cena en casa de Chardonnay aquella noche se habría sentido tentado a encerrarse con ella en su habitación para

siempre. Pero su padre no se lo permitiría. Chad Timberlain le había dicho que si no bajaba en veinte minutos, subiría a rescatar a su hija.

—Quiero hacerte el amor —le susurró a Chardonnay en los labios.

—Y yo quiero que me lo hagas.

—¿Quedamos luego? ¿En la casa de invitados?

—Sí, luego.

Momentos después, Spencer seguía a Chardonnay escaleras abajo. Justo en el momento adecuado, porque su padre ya estaba al pie de las escaleras, esperándolos. Spencer la agarró de la mano, en la que volvía a brillar el anillo de compromiso.

Al llegar a la mitad de las escaleras, se detuvo y la miró:

—Es vuestro momento, ve con tu padre.

Ella sonrió cuando Spencer le soltó la mano y continuó bajando sola las escaleras. Chad Timberlain sonreía de oreja a oreja, de felicidad, y abrió los brazos para recibir a su hija. Ella lo abrazó.

—Papá —susurró Chardonnay.

Al otro lado de la habitación estaban su madre y sus abuelos con lágrimas en los ojos. Aquella noche era muy especial. Acababa de conocer a su padre y el hombre del que estaba enamorada también la quería.

Se sentía completamente feliz.

Más tarde esa misma noche, Donnay se abrazó a Spencer. Después de haber hecho el amor con intensidad, habían estado hablando. Dado que él no había llamado a su familia para cancelar la boda y que ella tampoco había anulado nada, decidieron seguir con los planes de casarse la semana antes de Navidad. Además, cada vez que hacían el amor corrían el riesgo de empezar a formar una familia, algo que ambos seguían queriendo hacer.

Donnay sonrió, pensando en lo que Spencer le había contado.

—No puedo creer que mi padre fuese a verte.

—Bueno, quería hacerme saber que no permitiría que me aprovechase de su hija.

—Es muy especial. Ha tenido el detalle de darnos el dinero para ayudarnos.

Su padre le había contado que después de dejar el ejército había montado una empresa de electrónica llamada BOSS con otros tres socios, y que estaba funcionando muy bien.

Chad estaba prácticamente retirado y, a principios de año pretendía dejar su puesto como director general de la empresa y dejar el trabajo diario a sus tres socios, que eran casi como sus hijos. Donnay los conocería en la boda.

—¿Cuándo crees que se casarán tus padres? —le preguntó Spencer.

—Antes del día de San Valentín. No creo que puedan esperar más. Y seguro que mi madre se decide por fin a viajar con él, después de la operación de mi abuelo, por supuesto. Está muy satisfecha, ahora que nosotros le hemos dicho que vamos a instalarnos aquí y que podremos estar al tanto de mis abuelos. Mamá se merece estar por fin con el hombre al que ama, y ser feliz.

—Tú también mereces ser feliz. Te quiero.

—Yo también te quiero.

—¿Estás preparada de nuevo?

Ella rió. No podía quejarse de que Spencer no le hubiese advertido que era inagotable en la cama. Le puso los brazos alrededor del cuello y le dijo:

—Para ti, Spencer Westmoreland, siempre estaré preparada.

Epílogo

Spencer estaba de pie al lado de Reggie, el más joven de sus hermanos, que seguía soltero y era su testigo, observando cómo avanzaba su preciosa novia por el pasillo, del brazo de su padre. Estaba guapísima de blanco.

Sintió un amor que nunca habría pensado que sería capaz de sentir y deseó que llegase la noche de bodas. Al día siguiente, volarían a París, donde iban a pasar dos semanas.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —le preguntó Reggie.

Spencer sonrió sin apartar la mirada de Chardonnay.

—Claro que sí.

Su hermano Jared, que estaba cerca, le dio un codazo en las costillas para que se callase. Spencer no se molestó. Era el día de su boda y nada podía molestarle.

Cuando Chardonnay llegó a su lado y le dio la mano, él se la tomó y le dio un beso en ella, pero luego se lo pensó mejor, la abrazó y le dio un beso en los labios. Ella le devolvió el beso hasta que un par de invitados se aclararon las gargantas para recordar a la pareja dónde estaban.

Spencer se irguió y miró al pastor, que tenía el ceño fruncido.

—Se supone que deben esperar a que los declare marido y mujer —los reprendió.

—Lo sé, señor —respondió Spencer—. Y lo siento, me he dejado llevar.

Entonces empezó la ceremonia.

Cuando terminó, el pastor los declaró por fin marido y mujer, y Spencer volvió a besar apasionadamente a la novia.